

Michel Houellebecq

Sumisión



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Índice

Portada

I

II

III

IV

V

AGRADECIMIENTOS

Créditos

Notas

I

Un guirigay le devolvió a Saint-Sulpice; la escolanía se marchaba; iban a cerrar la iglesia. Debería haber intentado rezar, se dijo; hubiera sido mejor que soñar despierto sentado en una silla; pero ¿rezar? No me apetece; el catolicismo me fascina, su atmósfera de incienso y de cera me embriaga, merodeo a su alrededor, conmovido por sus plegarias hasta que se me saltan las lágrimas y exprimido hasta el tuétano por sus cantos y salmodias. Estoy asqueado de mi existencia, hartado de mí mismo, pero ¿de ahí a llevar otra vida, hay mucho trecho! Y además... además... aunque en las capillas me sienta turbado, en cuanto salgo de ellas vuelvo a quedarme indolente y seco. En el fondo, se dijo, levantándose y siguiendo a las pocas personas que conducidas por el bedel se dirigían hacia la puerta, en el fondo, tengo el corazón endurecido y ahumado por las parrandas, no valgo para nada.

J.-K. HUYSMANS, *En camino*

Durante todos los años de mi triste juventud, Huysmans fue para mí un compañero, un amigo fiel; jamás dudé, jamás estuve tentado de abandonar ni de decantarme por otro tema; al fin, una tarde de junio de 2007, después de esperar mucho tiempo, después de mucho vacilar y más incluso de lo admisible, defendí mi tesis doctoral ante el tribunal de la Universidad de París IV-Sorbona: *Joris-Karl Huysmans, o la salida del túnel*. A la mañana siguiente (o tal vez esa misma noche, no puedo asegurarlo, pues la noche de mi defensa fue solitaria y muy alcoholizada), comprendí que acababa de concluir una parte de mi vida y que probablemente sería la mejor.

Eso es lo que les ocurre, en nuestras sociedades todavía occidentales y socialdemócratas, a cuantos acaban sus estudios, pero la mayoría no adquieren conciencia de ello o no lo hacen de forma inmediata, pues están hipnotizados por el deseo de dinero, o quizá de consumo los más primitivos, aquellos que han desarrollado una adicción más violenta a ciertos productos (son una minoría, pues la mayoría, más reflexivos y pausados, desarrollan una simple fascinación por el dinero, ese «infatigable Proteo»), y más hipnotizados aún por el deseo de demostrar su valía, de labrarse un estatus social envidiable en un mundo que imaginan y esperan competitivo, galvanizados por la adoración de iconos variables: deportistas, diseñadores de moda o de portales de Internet, actores y modelos.

Por diferentes razones psicológicas que no tengo ni la capacidad ni el deseo de analizar, me alejaba sensiblemente de ese esquema. El 1 de abril de 1866, cuando contaba dieciocho años, Joris-Karl Huysmans inició su carrera como funcionario de sexta clase en el Ministerio del Interior y de los Cultos. En 1874 publicó a expensas del autor un primer libro de poemas en prosa, *Le drageoir à épices*, que fue objeto de pocas reseñas aparte de un artículo, extremadamente fraternal, de Théodore de Banville. El inicio de su existencia, como puede verse, no fue atronador.

Transcurrió su vida administrativa, y en general su vida. El 3 de septiembre de 1893 se le concedió la Legión de Honor por sus méritos en el seno de la función pública. En 1898 se jubiló habiendo cumplido –una vez deducidas las excedencias voluntarias por interés particular– los treinta años

de servicio reglamentarios. Mientras tanto halló la manera de escribir varios libros que, a más de un siglo de distancia, me habían hecho considerarle un amigo. Muchas cosas, demasiadas cosas quizá se han escrito sobre la literatura (y, como universitario especialista en la cuestión, me siento más capacitado que otros para hablar de ello). Sin embargo, la especificidad de la literatura, «arte mayor» de ese Occidente que está llegando a su fin ante nuestros ojos, no es difícil de definir. Al igual que la literatura, la música puede determinar un cambio radical, una conmoción emocional, una tristeza o un éxtasis absolutos; al igual que la literatura, la pintura puede generar asombro, una nueva mirada ante el mundo. Pero sólo la literatura puede proporcionar esa sensación de contacto con otra mente humana, con la integralidad de esa mente, con sus debilidades y sus grandezas, sus limitaciones, sus miserias, sus obsesiones, sus creencias: con todo cuanto la emociona, interesa, excita o repugna. Sólo la literatura permite entrar en contacto con el espíritu de un muerto, de manera más directa, más completa y más profunda que lo haría la conversación con un amigo, pues por profunda, por duradera que sea una amistad, uno nunca se entrega en una conversación tan completamente como lo hace frente a una hoja en blanco, dirigiéndose a un destinatario desconocido. Por supuesto, tratándose de literatura, la belleza del estilo y la musicalidad de las frases tienen su importancia; no cabe desdeñar la profundidad de la reflexión del autor ni la originalidad de sus pensamientos; pero ante todo un autor es un ser humano, presente en sus libros, y en definitiva poco importa que escriba muy bien o muy mal, lo esencial es que escriba y que esté, efectivamente, presente en sus libros (es extraño que una condición tan simple, tan poco discriminatoria en apariencia, lo sea tanto en realidad, y que ese hecho evidente, fácilmente observable, haya sido tan poco explotado por los filósofos de corrientes diversas: dado que los seres humanos poseen en principio, a falta de cualidad, una misma cantidad de ser, en principio todos están más o menos igualmente «presentes»; no es ésa sin embargo la impresión que dan a unos siglos de distancia, y con demasiada frecuencia vemos, a lo largo de las páginas que sentimos dictadas por el espíritu del tiempo más que por una individualidad propia, cómo se deshilacha un ser incierto, cada vez más fantasmagórico y anónimo). Igualmente, un libro que nos gusta es ante todo un libro del que nos gusta el autor, al que deseamos conocer y con el que apetece pasar los días. Y durante los siete años que duró la redacción de mi tesis viví en

compañía de Huysmans, en su presencia casi permanente. Huysmans nació en la rue Suger, vivió en la rue de Sèvres y en la rue Monsieur, murió en la rue Saint-Placide y fue inhumado en el cementerio de Montparnasse. En suma, su vida se desarrolló casi entera en los límites del distrito VI de París, al igual que su vida profesional, durante más de treinta años, se desarrolló en los despachos del Ministerio del Interior y de los Cultos. Vivía yo entonces también en el distrito VI de París, en una habitación húmeda y fría, sobre todo extremadamente oscura: las ventanas daban a un patio minúsculo, casi un pozo, y había que encender la luz desde buena mañana. Era pobre y de haber tenido que responder a una de esas encuestas que regularmente pretenden «tomar el pulso de la juventud», sin duda habría definido mis condiciones de vida como «más bien difíciles». Sin embargo, la mañana siguiente a mi defensa de la tesis (o quizá la misma noche), mi primer pensamiento fue que acababa de perder algo inapreciable, algo que nunca volvería a recuperar: mi libertad. Durante varios años, los últimos residuos de una agonizante socialdemocracia me permitieron (mediante una beca de estudios, un amplio sistema de descuentos y de ventajas sociales, unas comidas mediocres pero baratas en el restaurante universitario) consagrar mis días a la actividad que había elegido: la libre frecuentación intelectual de un amigo. Como escribe con propiedad André Breton, el humor de Huysmans constituye un caso único de un humor generoso que permite al lector ir un paso por delante, que invita al lector a burlarse anticipadamente del autor, del exceso de sus descripciones quejumbrosas, atroces o risibles. Y disfruté más que nadie de esa generosidad al recibir mis raciones de ensalada de apio con salsa *rémoulade* o de puré de bacalao en los compartimentos de la bandeja metálica de hospital que el restaurante universitario Bullier entregaba a sus desafortunados usuarios (aquellos que manifiestamente no tenían ningún otro lugar adonde ir, que sin duda habían sido rechazados en todos los restaurantes universitarios aceptables pero que, sin embargo, contaban con su carnet de estudiante y eso no se lo podían quitar), pensando en los epítetos de Huysmans, el *desolador* queso, el *temible* lenguado e imaginando el partido que Huysmans, que no los conoció, hubiera podido sacar de aquellos compartimentos metálicos carcelarios, y me sentía un poco menos desgraciado, un poco menos solo, en el restaurante universitario Bullier.

Pero todo eso había acabado; mi juventud, de forma más general, había

acabado. Pronto (y sin duda bastante deprisa) tendría que incorporarme al proceso de inserción profesional. Y no me hacía ninguna ilusión.

Como es sabido, los estudios universitarios de letras no ofrecen casi ninguna salida, salvo a los estudiantes más capacitados para hacer carrera en la enseñanza universitaria en el campo de las letras: se trata en resumidas cuentas de una situación bastante chusca en la que el único objetivo del sistema es su propia reproducción y que genera una tasa de desechos superior al 95 %. Esos estudios, sin embargo, no son nocivos e incluso pueden tener una utilidad marginal. Una chica que aspire a un trabajo de dependienta en Céline o Hermès deberá, ante todo, cuidar su presencia; pero una licenciatura o un máster de letras modernas pueden constituir una baza accesoria que, a falta de competencias prácticas, garantice al empleador cierta agilidad intelectual que permita augurar la posibilidad de una evolución en la carrera: la literatura, además, siempre ha tenido una connotación positiva dentro de la industria del lujo.

Por mi parte, era consciente de formar parte de la reducida franja de los «estudiantes más capacitados». Había escrito una buena tesis, lo sabía, y esperaba una mención honorífica; quedé gratamente sorprendido por la *felicitación unánime del tribunal* y sobre todo cuando descubrí mi informe de tesis, que era excelente, casi ditirámico: con ello tenía muchas posibilidades, si lo deseaba, de conseguir una plaza de profesor. En resumidas cuentas, mi vida, por su previsible uniformidad y banalidad, seguía pareciéndose a la de Huysmans un siglo y medio atrás. Había pasado los primeros años de mi vida adulta en una universidad; probablemente allí pasaría también los últimos, y quizá en la misma (no fue exactamente así: obtuve mi titulación en la Universidad de París IV-Sorbona y fui nombrado profesor en la de París III, un poco menos prestigiosa, pero igualmente situada en el distrito V, a unos cientos de metros de distancia).

Nunca tuve la menor vocación docente y, quince años más tarde, mi carrera no había hecho más que confirmar esa falta de vocación inicial. Las pocas clases particulares que di con la esperanza de mejorar mi nivel de vida me convencieron enseguida de que en la mayoría de las ocasiones la transmisión del saber es imposible, la diversidad de las inteligencias es extrema y que nada puede suprimir ni siquiera atenuar esa desigualdad

fundamental. Más grave aún: no me gustaban los jóvenes, y nunca me habían gustado, ni siquiera en los tiempos en que se me podía considerar un miembro de sus filas. A mi entender, la idea de juventud implicaba cierto entusiasmo respecto a la vida, o tal vez cierta rebelión, todo ello acompañado de una vaga sensación de superioridad respecto a la generación a la que tendríamos que reemplazar; nunca sentí, dentro de mí, algo semejante. Sin embargo, en mi época de juventud tuve amigos o más exactamente hubo algunos condiscípulos con los que podía contemplar, sin disgusto, ir a tomar un café o una cerveza entre clases. Sobre todo, tuve amantes –o mejor, como se decía en la época (y como quizá aún se diga), tuve *ligues*– a razón más o menos de una por año. Esas relaciones amorosas se desarrollaron siguiendo un esquema relativamente inmutable. Nacían al principio del curso universitario a raíz de un seminario, de un intercambio de apuntes, o de una de las múltiples ocasiones de socialización, tan frecuentes en la vida de estudiante, y cuya desaparición consecutiva a la incorporación a la vida profesional sume a la mayoría de los seres humanos en una soledad tan asombrosa como radical. Seguían su curso a lo largo del año, pasando noches en casa del uno o del otro (sobre todo en casa de ellas, pues el ambiente tétrico e insalubre de mi habitación se prestaba mal a *citas amorosas*), llevando a cabo actos sexuales (con una satisfacción que me complace imaginar mutua). La relación acababa después de las vacaciones de verano, es decir, al inicio del nuevo curso universitario, casi siempre por iniciativa de las chicas. Habían *vivido algo* durante el verano, ésa era la explicación que solían darme, sin precisiones complementarias; algunas, a las que sin duda no les importaba herirme, me precisaban que habían *conocido a alguien*. Sí, ¿y qué? Yo también era *alguien*. Con la distancia, esas explicaciones factuales me parecen insuficientes: efectivamente, y no lo niego, habían *conocido a alguien*; pero lo que les había hecho atribuir a ese encuentro un peso suficiente para interrumpir nuestra relación y para entablar una nueva relación era simplemente la aplicación de un modelo de comportamiento amoroso poderoso pero implícito, y más poderoso aún por ser implícito.

Según el modelo amoroso imperante en mis años de juventud (y nada me hacía pensar que las cosas hubieran cambiado significativamente), se suponía que los jóvenes, después de un periodo de vagabundeo sexual correspondiente a la preadolescencia, se comprometían con relaciones amorosas exclusivas, acompañadas de una estricta monogamia, en las que

entraban en juego actividades no sólo sexuales sino también sociales (salidas, fines de semana, vacaciones). Esas relaciones, sin embargo, no eran definitivas y había que considerarlas aprendizajes de la relación amorosa, en cierta medida *prácticas* (al igual que se habían generalizado los periodos de prácticas profesionales como paso previo al primer empleo). Se suponía que debían sucederse relaciones amorosas de duración variable (la duración de un año que yo había observado podía considerarse aceptable) y en número variable (una media de diez a veinte parecía una aproximación razonable) para desembocar en una apoteosis en la relación última, la que tendría un carácter conyugal y definitivo, y conduciría, mediante el engendramiento de hijos, a la constitución de una familia.

La perfecta inanidad de ese esquema no se me haría patente hasta mucho más tarde, muy recientemente de hecho, cuando tuve ocasión, con unas semanas de intervalo, de encontrarme por casualidad de nuevo con Aurélie y luego con Sandra (aunque estoy convencido de que haber vuelto a ver a Chloé o a Violaine no hubiera modificado sensiblemente mis conclusiones). En cuanto llegué al restaurante vasco al que había invitado a cenar a Aurélie, comprendí que iba a ser una velada siniestra. A pesar de las dos botellas de Irouléguay blanco que me bebí prácticamente solo, sentí una creciente dificultad, que pronto se volvió insalvable, para mantener un nivel razonable de comunicación calurosa. Sin que lograra verdaderamente explicármelo, enseguida me pareció indelicado y casi impensable evocar recuerdos comunes. En cuanto al presente, era evidente que Aurélie no había logrado entablar una relación conyugal, que las aventuras ocasionales cada vez la hastiaban más, en resumen, que su vida sentimental se encaminaba a un desastre irremediable y absoluto. Sin embargo, lo había intentado por lo menos una vez, como comprendí por diversos indicios, y no se había recuperado de ese fracaso, el resentimiento y la acritud con que evocaba a sus colegas masculinos (a falta de algo mejor, nos pusimos a hablar de su vida profesional, era responsable de comunicación en el sindicato interprofesional de los vinos de Burdeos y por consiguiente viajaba mucho, en particular a Asia, para promocionar los vinos franceses) revelaban con cruel evidencia que estaba *muy castigada*. Me sorprendió cuando, sin embargo, me invitó, justo antes de salir del taxi, a «tomar una última copa», está realmente para el arrastre, me dije, ya sabía en cuanto se cerraron las puertas del ascensor detrás de nosotros que no pasaría nada, no me apetecía siquiera verla

desnuda, hubiera preferido evitarlo pero, sin embargo, ocurrió y no hizo más que confirmar lo que ya presentía: no sólo estaba *castigada* en el terreno emocional sino que su cuerpo también había sufrido daños irreparables, sus nalgas y sus senos eran superficies de carne enflaquecidas, reducidas, flácidas y colgantes, ya no podía, ya no podría ser considerada nunca un objeto de deseo.

Mi cena con Sandra se desarrolló más o menos siguiendo el mismo esquema, salvo variaciones individuales (restaurante de marisco, cargo de secretaria de dirección en una multinacional farmacéutica) y la conclusión fue a grandes rasgos idéntica salvo que Sandra, más rolliza y jovial que Aurélie, me dio una sensación de desamparo menos profunda. Su tristeza era muy grande, irremediable, y sabía que acabaría anegándolo todo; al igual que Aurélie, en el fondo no era más que un *pájaro cubierto de chapapote*, pero conservaba, por así decirlo, mayor capacidad para batir las alas. En uno o dos años habría dejado de lado cualquier ambición matrimonial, su sensualidad aún no extinguida del todo la empujaría a buscar la compañía de jóvenes, se convertiría en lo que en mi juventud se llamaba una *cougar* y eso duraría sin duda unos años, una decena en el mejor de los casos, hasta que el decaimiento esta vez insalvable de sus carnes la conduciría a una soledad definitiva.

A mis veinte años, en aquellos tiempos en que me empalmaba con cualquier pretexto y a veces incluso sin razón alguna, cuando en cierta manera me empalmaba *porque sí*, podría haberme tentado una relación de ese tipo, a la vez más satisfactoria y más lucrativa que mis clases particulares, creo que en esa época hubiera podido *cumplir*, pero ahora por descontado estaba fuera de discusión, pues mis erecciones, más raras y más azarosas, exigían cuerpos firmes, ligeros y sin defectos.

Mi propia vida sexual, los primeros años que siguieron a mi nombramiento como profesor de la Universidad de París III-Sorbona, no conoció una evolución notable. Seguía acostándome, año tras año, con alumnas de la facultad, y el hecho de que me hallara en la posición de docente respecto a ellas no cambiaba mucho las cosas. La diferencia de edad con esas alumnas, sea como fuere, era al principio bastante pequeña y sólo poco a poco se introdujo una dimensión de transgresión, ligada más a la evolución de mi estatus universitario que a mi envejecimiento real o incluso aparente. Gozaba

a fin de cuentas de esa desigualdad de base que hace que el envejecimiento en el hombre sólo altere muy lentamente su potencial erótico, mientras que en el caso de la mujer el hundimiento se produce con una asombrosa brutalidad, en unos años, a veces en unos meses. La única verdadera diferencia con respecto a mis años de estudiante era que, por lo general, ahora era yo quien ponía fin a la relación al inicio del curso universitario. No lo hacía en absoluto por donjuanismo ni por un desenfrenado deseo de libertinaje. Contrariamente a mi colega Steve, encargado como yo de enseñar la literatura del siglo XIX en primero y segundo, no me precipitaba con avidez ya el primer día de clases a ver las «novedades» de las alumnas de primer curso (con sus sudaderas, sus zapatillas Converse y su aspecto vagamente californiano, Steve me recordaba a Thierry Lhermitte en la película *Les Bronzés*, cuando sale de su cabaña para asistir a la llegada al club de las veraneantes de la semana). Si interrumpía mi relación con esas chicas era sobre todo a causa del desánimo y la fatiga: ya no me sentía realmente en condiciones de mantener una relación amorosa y deseaba evitar desengaños y desilusiones. Cambiaba de opinión durante el curso universitario, bajo la influencia de factores externos y muy anecdóticos, en general una minifalda.

Y luego también eso se acabó. Corté con Myriam a finales de septiembre, estábamos a mediados de abril, pronto se acabaría el curso universitario y aún no la había reemplazado. Había obtenido la cátedra y con ello mi carrera alcanzaba una especie de culminación, pero no pensaba que hubiera relación entre una cosa y otra. Fue por el contrario poco después de mi separación de Myriam cuando volví a ver a Aurélie, y luego a Sandra, y ahí había una conexión inquietante, y desagradable, e incómoda. Porque dándole vueltas a lo largo de los días me di cuenta de que mis ex y yo estábamos en una situación más parecida de lo que imaginábamos, las relaciones sexuales esporádicas no inscritas en una perspectiva de pareja duradera habían acabado inspirándonos un sentimiento de desilusión comparable. Al contrario que ellas, yo no podía hablar de ello con nadie, puesto que las conversaciones sobre la vida íntima no forman parte de los temas considerados admisibles en la sociedad de los hombres: hablan de política, de literatura, de los mercados financieros o de deportes, según su naturaleza; guardan silencio sobre su vida amorosa, hasta su último aliento.

¿Era, al envejecer, víctima de una especie de andropausia? Podría ser, y para tener la conciencia tranquila decidí pasar las noches en YouPorn, que

con los años se había convertido en la página porno de referencia en Internet. El resultado fue, de entrada, extremadamente tranquilizador. YouPorn respondía a las fantasías de los hombres normales, repartidos por la superficie del planeta, y yo era, como se confirmó al cabo de los primeros minutos, un hombre de una absoluta normalidad. A fin de cuentas no era algo evidente, pues había consagrado gran parte de mi vida al estudio de un autor considerado a menudo una especie de *decadente* cuya sexualidad no era por ello un asunto muy claro. La verdad es que salí muy tranquilizado de esa prueba. Aquellos vídeos magníficos (rodados por un equipo de Los Ángeles que contaba con profesionales, iluminadores, tramoyistas y cámaras) o cutres pero *vintage* (los amateurs alemanes) se basaban en unos pocos guiones idénticos y agradables. En uno de los más usuales, un hombre (¿joven o viejo?, existían las dos versiones) dejaba dormitar tontamente su pene en el fondo de un calzoncillo o de unos shorts. Al percatarse de tal incongruencia, dos chicas de raza variable no cejaban hasta liberar al órgano de su refugio temporal. Para alegrarlo le prodigaban enloquecedoras carantoñas que perpetraban con un espíritu de amistad y complicidad femeninas. El pene pasaba de una boca a otra, las lenguas se entrecruzaban como se cruzan los vuelos de las golondrinas, ligeramente inquietas, en el cielo oscuro del sur de Sena y Marne, cuando se disponen a marcharse de Europa en su peregrinación de invierno. El hombre, anonadado por esa asunción, sólo pronunciaba unas débiles palabras; tremendamente débiles en el caso de los franceses («¡Oh, joder!», «¡Oh, joder, me corro!»), eso era cuanto podía esperarse de un pueblo regicida), más bellas e intensas en el caso de los norteamericanos («Oh my God!», «Oh Jesus Christ!»), exigentes testigos, en cuya boca parecían una conminación a no desatender los dones de Dios (las felaciones, el pollo asado), sea como fuere, yo también me empalmaba detrás de mi pantalla iMac de 27 pulgadas, así que todo iba bien.

Desde mi nombramiento como profesor, mis horarios lectivos reducidos me permitieron concentrar el conjunto de las tareas universitarias el miércoles. Empezaba, de las ocho a las diez, dando una clase de literatura del siglo XIX a los alumnos de segundo, y al mismo tiempo, en un aula vecina, Steve daba una clase análoga a los de primero. De las once a la una, daba el máster 2 sobre los decadentes y los simbolistas. Luego, de las tres a las seis, animaba un seminario en el que respondía a las preguntas de los doctorandos.

Me gustaba tomar el metro poco después de las siete de la mañana, dándome la fugaz ilusión de pertenecer a la «Francia que madruga», la de los obreros y artesanos, pero debía de ser prácticamente el único en ese caso, puesto que daba clase a las ocho ante una sala casi desierta, aparte de un compacto grupo de chinas, de una glacial seriedad, que hablaban poco entre ellas y nunca a otras personas. En cuanto llegaban, encendían sus smartphones para grabar mi clase íntegramente, y ello no era óbice para que tomaran apuntes en unos grandes cuadernos de 21 × 29,7 con espiral. Nunca me interrumpían, no hacían pregunta alguna, y las dos horas pasaban sin que me diera la sensación de haber empezado de verdad. Al salir de clase me encontraba con Steve, que había tenido una asistencia comparable, con la diferencia de que en su caso en lugar de a las chinas tenía a un grupo de muchachas magrebíes con velo pero igualmente serias e igualmente impenetrables. Siempre me invitaba a ir a tomar algo, generalmente un té a la menta en la gran mezquita de París, que estaba situada a pocas calles de la facultad. No me gustaba el té a la menta, ni la gran mezquita, y tampoco me caía bien Steve, pero, aun así, le acompañaba. Creo que me agradecía que aceptara puesto que no era muy respetado por sus colegas en general, y de hecho cabía preguntarse cómo había llegado a profesor a pesar de no haber publicado nada, en ninguna revista importante, ni siquiera de segunda categoría, y de ser autor sólo de una vaga tesis sobre Rimbaud, un *tema chollo* por excelencia, pues, como me explicó Marie-Françoise Tanneur, otra de mis colegas, reconocida especialista en Balzac, se han escrito miles de tesis sobre Rimbaud, en todas las universidades de Francia, de los países francófonos e incluso más allá, Rimbaud es quizá el tema de tesis más

machacado en el mundo entero, tal vez con la excepción de Flaubert, así que basta buscar dos o tres tesis antiguas, defendidas en universidades de provincias, e intercalarlas vagamente, ya que nadie cuenta con los medios ni las ganas de bucear en los cientos de miles de páginas en las que estudiantes carentes de personalidad sueltan incansablemente el rollo sobre el *vidente*. La carrera universitaria más que honorable de Steve se debía únicamente, siempre según Marie-Françoise, a que le *comía el chichi a la Delouze*. Era posible, por sorprendente que pareciera. Con sus hombros cuadrados, su cabello gris a cepillo y sus estudios universitarios implacablemente *gender studies*, Chantal Delouze, rectora de la Universidad de París III-Sorbona, me parecía una lesbiana de tomo y lomo, pero podía equivocarme, o tal vez sintiera rencor hacia los hombres y lo exteriorizara con fantasías de dominación; quizá el hecho de obligar al bueno de Steve, con su cara bonita e inofensiva, su media melena ensortijada y fina, a arrodillarse entre sus muslos macizos, le procuraba éxtasis de otro tipo. Fuera verdad o no, esa mañana, en el patio del salón de té de la gran mezquita de París, no podía evitar pensar en ello viéndole chupar su asqueroso narguile aromatizado a la manzana.

Su conversación versaba, como de costumbre, sobre los nombramientos y las evoluciones de las carreras en el seno de la jerarquía universitaria, no creo que nunca haya tratado motu proprio otro tema. Su motivo de preocupación esa mañana era el nombramiento como profesor de un tipo de veinticinco años, autor de una tesis sobre Léon Bloy, que según él estaba «relacionado con el movimiento identitario». Encendí un cigarrillo para ganar tiempo, preguntándome qué coño podía importarle. Por un momento incluso me pasó por la cabeza que se despertaba en él *el hombre de izquierdas*, y luego cambié de opinión: el hombre de izquierdas estaba tan profundamente dormido en Steve que ningún acontecimiento menor como un cambio político de las instancias dirigentes de la universidad francesa podría despertarlo. Tal vez fuera una señal, prosiguió, puesto que Amar Rezki, conocido por sus trabajos sobre los autores antisemitas de principios del siglo XX, acababa de ser nombrado profesor. Además, insistió, la conferencia de rectores se había sumado recientemente al boicot de los intercambios con profesores israelíes, iniciado en un primer momento por un grupo de universidades inglesas.

Aprovechando que se concentraba en el narguile, que tiraba mal, consulté discretamente mi reloj y constaté que sólo eran las diez y media, así que difícilmente podía argüir la inminencia de mi segunda clase para despedirme,

y se me ocurrió una idea para relanzar la conversación sin grandes riesgos: desde hacía unas semanas volvía a hablarse de un proyecto de por lo menos cuatro o cinco años atrás que contemplaba la implantación de una réplica de la Sorbona en Dubái (¿o era en Bahrein?, ¿o en Qatar?, los confundía). Un proyecto similar se hallaba en estudio con Oxford y la antigüedad de nuestras dos universidades debía de haber seducido a alguna petromonarquía. En esa perspectiva, que ciertamente prometía reales oportunidades financieras para un joven profesor, ¿contemplaba significarse dando muestras de posturas antisionistas? ¿Y pensaba que yo podía tener interés en adoptar la misma actitud?

Dirigí a Steve una mirada brutalmente inquisitiva, y como ese muchacho no poseía una gran inteligencia y era fácil desestabilizarlo, mi mirada causó un efecto inmediato. «Como especialista en Bloy», farfulló, «seguramente sabrás cosas acerca de esa corriente identitaria, antisemita...» Suspiré, agotado: Bloy no era antisemita, y yo no era para nada un especialista en Bloy. Por supuesto hablé de él con motivo de mi investigación sobre Huysmans y comparé la utilización de la lengua por parte de los dos en mi única obra publicada, *Vértigos de los neologismos*, sin duda la cumbre de mis esfuerzos intelectuales terrenales, que obtuvo además críticas excelentes en *Poétique* y en *Romantisme*, y a la que probablemente debía mi nombramiento como profesor. De hecho, gran parte de las palabras extrañas que se encuentran en Huysmans no son neologismos sino palabras raras tomadas del vocabulario específico de ciertas corporaciones artesanales o de algunos dialectos regionales. Huysmans, ésa era mi tesis, fue hasta el fin un naturalista, preocupado por incorporar el habla real del pueblo a su obra, quizá incluso en cierto sentido siguió siendo el socialista que en su juventud participó en las veladas de Médan en casa de Zola, su creciente desprecio hacia la izquierda nunca borró su aversión inicial hacia el capitalismo, el dinero y todo lo que pudiera parecerse a los valores burgueses, era en resumidas cuentas un caso único de *naturalista cristiano*, mientras que Bloy, siempre ávido del éxito comercial o mundano, con sus incesantes neologismos sólo buscaba singularizarse, establecerse como una luz espiritual perseguida, inaccesible al mundo, eligió un posicionamiento místico-elitista en la sociedad literaria de su época y no cesó luego de sorprenderse de su fracaso y de la legítima indiferencia que sus imprecaciones suscitaban. Era, escribió Huysmans, «un hombre desgraciado, de un orgullo verdaderamente

diabólico y con un odio inconmensurable». Desde el principio, Bloy me pareció en efecto el prototipo del «católico malo», cuya fe y entusiasmo sólo se exaltan verdaderamente cuando puede considerar que sus interlocutores están condenados. Sin embargo, en la época en que redactaba mi tesis, mantuve contacto con diversos círculos católicos realistas de izquierdas que divinizaban a Bloy y a Bernanos, y me tentaban con alguna carta manuscrita hasta que me di cuenta de que no tenían nada que ofrecerme, ningún documento que no pudiera encontrar fácilmente por mí mismo en los archivos normalmente accesibles al público universitario.

«Estás sobre la pista de algo... Relee a Drumont», le dije, sin embargo, a Steve, más que nada para complacerle, y me dirigió una mirada obediente e ingenua de niño oportunista. Delante de la puerta del aula –ese día había previsto hablar de Jean Lorrain– tres tipos de unos veinte años, dos árabes y un negro, bloqueaban la entrada, no iban armados y parecían bastante tranquilos, su actitud no era amenazadora, pero obligaban a pasar entre ellos para acceder al aula y me vi obligado a intervenir. Me detuve frente a ellos: a buen seguro debían de tener por consigna evitar las provocaciones y tratar con respeto a los docentes de la facultad, en fin, eso esperaba.

–Soy profesor de esta universidad y ahora tengo que dar una clase –dije en un tono firme dirigiéndome a todo el grupo.

Fue el negro quien me respondió, con una gran sonrisa.

–No hay problema, señor, sólo hemos venido a visitar a nuestras hermanas... –dijo señalando el aula con un gesto tranquilizador.

Como hermanas sólo había dos chicas de origen magrebí, sentadas una al lado de la otra, arriba y a la izquierda del aula, vestidas con un burka negro, con los ojos protegidos por una rejilla, y que a mi parecer tenían una actitud absolutamente irreprochable.

–Pues ya está, ya las habéis visto... –concluí jovialmente–. Ya podéis marcharos –insistí.

–No hay problema, señor –respondió con una sonrisa aún más amplia, luego se volvió sobre sus talones, seguido por los demás, que no habían pronunciado ni una palabra. Tres pasos más adelante, se volvió hacia mí–. La paz sea con usted, señor... –dijo inclinándose ligeramente.

«Ha salido bien...», me dije al cerrar la puerta de la clase, «esta vez ha salido bien.» No sé qué esperaba exactamente, circulaban rumores de agresiones a profesores en Mulhouse, en Estrasburgo, en Aix-Marsella y en

SaintDenis, pero nunca había conocido a un colega agredido y en el fondo no me lo acababa de creer, y según Steve los movimientos de jóvenes salafistas y las autoridades universitarias habían llegado a un acuerdo y veía una prueba de ello en que los golfos y los traficantes habían desaparecido por completo, desde hacía ya dos años, de los alrededores de la facultad. ¿El acuerdo comportaba una cláusula que prohibía el acceso de las organizaciones judías a la facultad? Eso también era sólo un rumor, difícilmente verificable, pero el hecho era que desde el último inicio de curso la Unión de Estudiantes Judíos de Francia ya no estaba representada en ningún campus de la región parisina, mientras que las juventudes de la Hermandad Musulmana habían multiplicado sus delegaciones por todas partes.

Al salir de mi clase (¿por qué Jean Lorrain, aquel marica asqueroso que se proclamaba a sí mismo *enfilanthrope*,¹ podía interesarles a las dos vírgenes en burka?, ¿estaban al corriente sus padres del contenido exacto de sus estudios?, la literatura tenía las espaldas muy anchas) me encontré con Marie-Françoise, que propuso que almorzáramos juntos. Iba a ser, decididamente, un día de vida social.

Aquella vieja bruja divertida, extremadamente ávida de habladurías, me caía bien; su antigüedad como profesora y su posición en ciertos comités consultivos daban a sus habladurías más peso, y contenido, que a las que podían llegar a oídos del insignificante Steve. Optó por un restaurante marroquí en la rue Monge: iba a ser, también, un día halal.

La Delouze atacó en el momento en que el camarero nos servía los platos, estaba a punto de saltar. El Consejo Nacional de Universidades, que se reuniría a primeros de junio, probablemente nombraría a Robert Rediger para reemplazarla.

Eché un rápido vistazo a mi tajín de cordero y alcachofas antes de aventurar, por si acaso, un alzamiento de cejas sorprendido.

—Sí —dijo—, ya sé que parece algo muy gordo pero no son sólo rumores, me han llegado informaciones muy precisas.

Me disculpé para ir al baño y consultar allí discretamente mi smartphone, ahora todo se puede encontrar en Internet, y una búsqueda de apenas dos minutos me informó de que Robert Rediger era célebre por su postura pro palestina, y que había sido uno de los principales artífices del boicot a los universitarios israelíes; me lavé cuidadosamente las manos antes de reunirme de nuevo con mi colega.

De todas formas mi tajín se había enfriado un poco, era una lástima.

—¿No van a esperar a las elecciones para hacer eso? —pregunté después de probar un primer bocado, me pareció una buena pregunta.

—¿Las elecciones? ¿Por qué las elecciones? ¿En qué van a cambiar las cosas?

Al parecer, mi pregunta no era tan buena.

—Pues no sé, pero de todas formas las presidenciales son dentro de tres

semanas...

–Ya sabes que está cantado, pasará como en 2017, el Frente Nacional llegará a la segunda vuelta y la izquierda será reelegida, no veo por qué el CNU iba a quedarse de brazos cruzados esperando a las elecciones.

–De todas formas, falta ver el resultado de la Hermandad Musulmana, que es impredecible, y si supera la barrera simbólica del veinte por ciento puede influir en la correlación de fuerzas...

Esa afirmación era por supuesto una sandez, los votantes de la Hermandad Musulmana procederían en un 99 % del Partido Socialista, y eso no cambiaría en ningún caso el resultado, pero las palabras *correlación de fuerzas* siempre imponen en una conversación, hacen que uno parezca lector de Clausewitz y de Sun Tzu, y también estaba bastante contento con *barrera simbólica*, en todo caso Marie-Françoise asintió con la cabeza como si yo acabara de expresar una idea y sopesó, largamente, las consecuencias en la composición de las altas instancias universitarias de una eventual entrada de la Hermandad Musulmana en el gobierno, su inteligencia combinatoria se ejercitaba, y en realidad yo ya no la escuchaba, observaba el desfile de hipótesis en su rostro agudo y viejo; algún interés hay que tener en esta vida, me dije, y me pregunté en qué podría interesarme yo de confirmarse mi abandono de la vida amorosa, quizá podría asistir a clases de enología o coleccionar maquetas de aviones.

Mi tarde de seminario fue agotadora, los doctorandos en conjunto eran agotadores, mientras para ellos comenzaba a haber algo en juego, para mí ya no había nada, aparte de elegir el plato indio que calentaría en el microondas por la noche (¿Chicken Biryani? ¿Chicken Tikka Masala? ¿Chicken Rogan Josh?) mientras veía el debate político en France 2.

Esa noche era el turno de la candidata del Frente Nacional, que declaraba su amor por Francia («¿pero qué Francia?», le replicaban sin gran pertinencia comentaristas de centro izquierda), y me pregunté si mi vida amorosa se había acabado verdaderamente, en el fondo no era tan seguro, durante buena parte de la velada estuve tentado de telefonear a Myriam, tenía la impresión de que no me había reemplazado, me había cruzado con ella varias veces en la facultad y me había dirigido una mirada que se podía calificar de intensa, pero lo cierto era que su mirada siempre era intensa, incluso cuando se trataba de elegir un acondicionador para el cabello, no tenía que darle tantas vueltas,

quizá sería mejor que me decantara por un compromiso político, los militantes de los diferentes partidos vivían en ese periodo electoral unos momentos intensos mientras yo me marchitaba, eso era incontestable.

«Bienaventurados aquellos a quienes satisface la vida, los que se divierten, los que están contentos», así abre Maupassant el artículo que escribió sobre *Al revés* en *Gil Blas*. La historia literaria en general ha sido dura con la escuela naturalista, Huysmans fue glorificado por haberse liberado de su yugo y, sin embargo, el artículo de Maupassant es mucho más profundo y sensible que el que Bloy escribió en la misma época en *Le chat noir*. Incluso las objeciones de Zola, al releerlas, parecen bastante sensatas; es cierto que Des Esseintes, psicológicamente, es el mismo de la primera a la última página, que en ese libro no ocurre nada y ni siquiera podría ocurrir, que en cierto sentido la acción es nula; no es menos cierto que Huysmans no podía en ningún caso continuar *Al revés*, que esa obra maestra era un callejón sin salida; ¿pero no es ése el caso de todas las obras maestras? Después de semejante libro, Huysmans ya no podía ser un naturalista y eso fue sobre todo lo que retuvo Zola, al contrario que Maupassant, más artista, que valoraba en primer lugar la obra maestra. Expuse esas ideas en un breve artículo para el *Journal des dix-neuviémistes* que me distrajo durante unos días, más que la campaña electoral, pero no me evitó en absoluto volver a pensar en Myriam.

En los tiempos no tan lejanos de su adolescencia debió de ser una encantadora pequeña gótica, antes de convertirse en una chica con clase de cabello moreno con un corte paje, piel muy blanca, ojos oscuros; con clase pero sobriamente atractiva; y, sobre todo, las promesas de su erotismo discreto se cumplían con creces. El amor en el hombre no es más que agradecimiento por el placer que se le ha dado, y nunca nadie me había dado tanto placer como Myriam. Podía contraer el coño a voluntad (despacio, con lentas presiones irresistibles, o con pequeñas sacudidas enérgicas y traviesas); contoneaba su culito con una gracia infinita antes de ofrecérmelo. En cuanto a sus felaciones, no había conocido nada semejante, abordaba cada felación como si fuera la primera y pudiera ser la última de su vida. Cada una de sus felaciones habría bastado para justificar la vida de un hombre.

Acabé llamándola, después de titubear aún unos días; convinimos en vernos esa misma noche.

A los *antiguos ligues* se les sigue tuteando, es la costumbre, pero se sustituye el morreo por los *besos en las mejillas*. Myriam llevaba una falda corta y negra, medias también negras, la invité a mi casa, no tenía muchas ganas de ir a un restaurante, ella miró con curiosidad la habitación y luego se repantigó en el sofá, su falda era realmente muy corta y se había maquillado, le pregunté si le apetecía beber algo, un bourbon si tienes, me dijo.

–Has cambiado algo... –bebió un trago–, pero no sé decir qué.

–Las cortinas.

Había instalado unas dobles cortinas, naranja y ocre, con motivos vagamente étnicos. También había comprado una pieza de tela a juego que cubría el sofá.

Se volvió, arrodillándose sobre el sofá para examinar las cortinas.

–Son bonitas –concluyó finalmente–, muy bonitas, incluso. Siempre has tenido gusto. Vamos, para ser un machista –matizó. Volvió a sentarse en el sofá y se situó frente a mí–. ¿Te molesta que te llame machista?

–No lo sé, quizá sea verdad, debo de ser una especie de machista aproximativo; en realidad nunca he estado convencido de que sea buena idea que las mujeres puedan votar, estudiar lo mismo que los hombres, acceder a las mismas profesiones, etcétera. La verdad es que nos hemos acostumbrado a ello, pero ¿seguro que es una buena idea?

Entornó los ojos, sorprendida, y durante unos segundos tuve la impresión de que se planteaba verdaderamente la cuestión y, de golpe, también yo me la planteé por un breve instante, antes de darme cuenta de que no tenía respuesta a esa pregunta, como no la tenía para ninguna otra.

–Estás a favor del patriarcado, ¿verdad?

–Sabes que no estoy «a favor de nada», pero el patriarcado por lo menos tenía el mérito de existir, me refiero a que como sistema social perseveraba en su ser, había familias con hijos, que reproducían a grandes rasgos el mismo esquema, en resumidas cuentas funcionaba; así ya no hay hijos, o sea que no funciona.

–Sí, en teoría eres un machista, no cabe duda. Pero tienes gustos literarios refinados: Mallarmé, Huysmans, y eso te aleja del machista de base. Añado a

eso una sensibilidad femenina, anormal, para los tejidos para la decoración del hogar. Por el contrario, siempre vistes como un garrulo. Un personaje de machista *grunge* podría tener cierta credibilidad; pero no te gustan los ZZ Top, siempre has preferido a Nick Drake. En resumidas cuentas, eres una personalidad paradójica.

Me serví más bourbon antes de responderle. La agresión a menudo disimula un deseo de seducción, lo leí en Boris Cyrulnik, y Boris Cyrulnik es un peso pesado, un tipo listo, un tío que sabe mucho de psicología, un Konrad Lorenz de los humanos en cierta forma. Además, ella había abierto un poco los muslos aguardando mi respuesta, eso era lenguaje corporal, estábamos en el terreno de lo real.

—No hay ninguna paradoja, el problema es que utilizas la psicología de las revistas femeninas, que no es más que una tipología de consumidores: el burgués bohemio eco-responsable, la burguesa show off, la discotequera gay friendly, el satanic geek, el tecno zen, cada semana se inventan alguna. Yo no correspondo exactamente a ningún perfil de consumidor inventariado, eso es todo.

—Podríamos..., la noche en que volvemos a vernos podríamos intentar decirnos cosas agradables, ¿no crees? —Esta vez había en su voz un desgarró que me incomodó.

—¿Tienes hambre? —pregunté para aliviar la tensión, no, ella no tenía hambre pero al fin y al cabo siempre se acaba comiendo—. ¿Te apetece comer sushi? —Evidentemente aceptó, la gente siempre acepta cuando se le ofrece sushi, tanto los gastrónomos más exigentes como las mujeres preocupadas por su línea, hay una especie de consenso universal alrededor de esa amorfa yuxtaposición de pescado crudo y arroz blanco, tenía el folleto de un servicio de sushi a domicilio y ya leerlo era un fastidio, entre el wasabi el maki y el salmon roll no entendía nada y no me apetecía entender nada, así que opté por un menú combinado B3 y telefoneé para encargarlo, al fin y al cabo quizá hubiera sido mejor ir al restaurante, después de colgar puse a Nick Drake. Siguió un silencio prolongado que rompí, bastante estúpidamente, preguntándole cómo le iban los estudios. Me miró con reproche y respondió que le iban bien y que pensaba hacer un máster de edición. Con alivio pude cambiar a un tema de orden general, que además validaba su plan de carrera: mientras la economía francesa seguía cayendo a pedazos la edición iba bien,

daba beneficios crecientes, era incluso sorprendente y parecía como si en su desesperación a la gente sólo le quedara la lectura.

–A ti tampoco parece irte muy bien. Pero la verdad es que siempre me has dado esa impresión... –dijo ella sin animosidad, tristemente incluso.

Qué podía responderle a eso, no era muy discutible.

–¿Tan deprimido parezco? –pregunté después de un nuevo silencio.

–No, deprimido no, pero en cierto sentido es peor, en ti siempre hay una especie de honestidad anormal, una incapacidad para esos compromisos que, a fin de cuentas, le permiten a la gente vivir. Por ejemplo, pongamos que tengas razón acerca del patriarcado, que sea la única fórmula viable. Sin embargo, he estudiado, me he acostumbrado a considerarme un ser individual, una persona dotada de una capacidad de reflexión y de decisión iguales a las del hombre, así que ¿qué hacemos ahora conmigo? ¿Soy prescindible?

La respuesta correcta era probablemente «Sí», pero callé, después de todo quizá yo no fuera tan honesto. El sushi aún no había llegado. Me serví otra copa de bourbon, era ya la tercera. Nick Drake seguía evocando a chicas puras, a antiguas princesas. Y yo seguía sin tener ganas de hacerle un hijo, ni de compartir las tareas ni de comprar una mochila portabebés. Ni siquiera me apetecía follar, en fin, sí me apetecía un poco follar, pero a la vez también me apetecía un poco morir, ya no sabía muy bien qué me apetecía, en resumidas cuentas, empezaba a sentir unas leves náuseas, ¿qué coño estaban haciendo los de Rapid'Sushi, mierda? En ese preciso momento debería haberle pedido que me la chupara, eso hubiera podido ofrecer una segunda oportunidad a nuestra pareja, pero dejé que la incomodidad se instalara y aumentara de segundo en segundo.

–Bueno, será mejor que me marche... –dijo ella después de un silencio de al menos tres minutos.

Nick Drake acababa de terminar sus lamentaciones, íbamos a pasar a los eructos de Nirvana, y corté el sonido antes de responder:

–Si quieres...

–Lo siento mucho, de verdad, siento mucho que estés así, François –me dijo ella en el recibidor, ya se había puesto el abrigo–, me gustaría hacer algo, pero no veo qué, no me dejas ninguna posibilidad. –Volvimos a besarnos en las mejillas, no creía que lográramos superarlo.

El sushi llegó unos minutos después de que se marchara. Había mucho.

II

Después de que Myriam se marchara, me quedé solo más de una semana; por primera vez después de mi nombramiento como profesor, incluso me sentí incapaz de dar las clases del miércoles. Las cumbres intelectuales de mi vida habían sido la redacción de mi tesis y la publicación de mi libro; de todo eso ya hacía más de diez años. ¿Cumbres intelectuales? ¿Cumbres a secas? En su momento, en todo caso, me sentí *justificado*. Desde entonces sólo había escrito breves artículos para el *Journal des dix-neuvièmistes* y a veces, más raramente, para el *Magazine littéraire*, cuando había alguna noticia de actualidad que correspondía a mi campo de competencia. Mis artículos eran claros, incisivos, brillantes; generalmente eran apreciados, más aún porque nunca me retrasaba en la fecha de entrega. ¿Pero bastaba eso para justificar una vida? ¿Y por qué es necesario justificar una vida? La totalidad de los animales y una aplastante mayoría de los hombres viven sin sentir nunca la menor necesidad de justificación. Viven porque viven y eso es todo, así es como razonan; luego supongo que mueren porque mueren, y con eso, a sus ojos, acaba el análisis. Por lo menos como especialista en Huysmans, me sentía obligado a hacerlo un poco mejor.

Cuando los doctorandos me preguntan en qué orden conviene abordar las obras de un autor al que han decidido consagrar su tesis, siempre les respondo que privilegien el orden cronológico. No porque la vida del autor tenga una importancia real; más bien es la sucesión de sus libros la que traza una especie de biografía intelectual, que posee su propia lógica. En el caso de Joris-Karl Huysmans, el problema se plantea con particular intensidad en lo que respecta a *Al revés*. ¿Cómo se puede seguir escribiendo cuando uno ha escrito un libro de tan poderosa originalidad, que sigue siendo inusitado en la literatura universal?

La primera respuesta que viene a la cabeza es obvia: con gran dificultad. Y eso es en efecto lo que puede observarse en el caso de Huysmans. *En rada*, que sigue a *Al revés*, es un libro decepcionante, no podía ser de otra forma, y si la impresión negativa, la sensación de estancamiento, de lento decrecimiento no suprimen completamente el placer de la lectura, es porque el autor tuvo una brillante idea: contar, en un libro condenado a ser

decepcionante, la historia de una decepción. Así, la coherencia entre el tema y el tratamiento provocan la adhesión estética, en resumidas cuentas, uno se aburre un poco pero sigue leyendo, a pesar de que siente que no sólo están *en rada* los personajes durante su desoladora estancia en el campo, sino también el propio Huysmans. Da incluso la impresión de que intenta un retorno al naturalismo (el naturalismo sórdido del campo, donde los campesinos se revelan aún más abyectos y codiciosos que los parisinos) de no ser por esos relatos oníricos que, entrecortando el relato, lo echan a perder definitivamente y lo hacen inclasificable.

Lo que permitió finalmente a Huysmans salir de ese atolladero, a partir de la siguiente novela, fue una fórmula sencilla, probada: adoptar un personaje central, portavoz del autor, del que se seguirá la evolución a lo largo de varios libros. Todo eso lo expuse claramente en mi tesis; mis dificultades empezaron luego, porque el punto central de la evolución de Durtal (y de la del propio Huysmans), en *Allá lejos*, en cuyas primeras páginas dice adiós al naturalismo, hasta *L'oblat*, pasando por *En camino* y *La catedral*, era la conversión al catolicismo.

Evidentemente, para un ateo no es fácil hablar de una serie de libros cuyo tema principal es una conversión; igualmente, si imaginamos a alguien que nunca se hubiera enamorado, a quien ese sentimiento le fuera extraño por completo, a buen seguro le costaría interesarse por una novela consagrada a esa pasión. En ausencia de una verdadera adhesión emocional, el sentimiento que poco a poco se le imponía al ateo confrontado a las aventuras espirituales de Durtal, a esos movimientos alternos de retirada y de irrupción de la gracia que constituyen la trama de las tres últimas novelas de Huysmans, era desgraciadamente el aburrimiento.

Fue a esas alturas de mis reflexiones (acababa de despertarme y bebía un café, esperando que amaneciera) cuando se me ocurrió una idea extremadamente desagradable: al igual que *Al revés* era la cumbre de la vida literaria de Huysmans, Myriam era sin duda la cumbre de mi vida amorosa. ¿Cómo lograría superar la pérdida de mi amante? La respuesta era, verosímilmente, que no lo lograría.

A la espera de la muerte, me quedaba el *Journal des dix-neuvièmistes*, la siguiente reunión se celebraría al cabo de menos de una semana. Estaba también la campaña electoral. Muchos hombres se interesan por la política y

la guerra, pero yo apreciaba poco esas fuentes de diversión, me sentía tan politizado como una toalla de baño, y sin duda era una lástima. Es cierto que, en mi juventud, las elecciones eran muy poco interesantes; la mediocridad de la «oferta política» era incluso sorprendente. Un candidato de centroizquierda era elegido, por uno o dos mandatos según su carisma individual, y oscuras razones le impedían llevar a cabo un tercero; luego la población se hartaba de ese candidato y más generalmente del centroizquierda, se observaba un fenómeno de *alternancia democrática* y los votantes llevaban al poder a un candidato de centroderecha, a ése también por uno o dos mandatos, en función de su propia naturaleza. Curiosamente, los países occidentales estaban extremadamente orgullosos de ese sistema electoral que, sin embargo, no era mucho más que el reparto de poder entre dos bandas rivales, y llegaban incluso a declarar guerras para imponerlo a países que no compartían su entusiasmo

El avance de la extrema derecha, desde entonces, hizo que las cosas se pusieran un poco más interesantes al introducir en los debates el olvidado escalofrío del fascismo; no fue, empero, hasta 2017 cuando las cosas empezaron a moverse de verdad, con la segunda vuelta de las presidenciales. La prensa internacional asistió anonadada al espectáculo vergonzoso, aunque aritméticamente ineluctable, de la reelección de un presidente de izquierdas en un país cada vez más abiertamente de derechas. Durante las semanas siguientes al escrutinio se extendió por el país un ambiente extraño y opresivo. Era como una desesperación sofocante, radical, pero en la que brotaban aquí y allá destellos insurreccionales. En ese momento, fueron muchos los que optaron por el exilio. Un mes después de los resultados de la segunda vuelta, Mohammed Ben Abbas anunció la creación de la Hermandad Musulmana. Una primera tentativa de islam político, el Partido de los Musulmanes de Francia, fracasó rápidamente debido al embarazoso antisemitismo de su líder, que le llevó incluso a establecer vínculos con la extrema derecha. Extrayendo las lecciones de ese fracaso, la Hermandad Musulmana había conservado un posicionamiento moderado, apoyaba la causa palestina comedidamente y mantenía unas cordiales relaciones con las autoridades religiosas judías. Siguiendo el modelo de los partidos musulmanes operativos en los países árabes, un modelo anteriormente utilizado en Francia por el Partido Comunista, la acción política propiamente dicha se extendía a través de una red de movimientos juveniles, instituciones

culturales y asociaciones caritativas. En un país en el que la miseria masiva seguía extendiéndose insoslayablemente año tras año, esa política de red dio sus frutos y permitió a la Hermandad Musulmana ampliar su apoyo más allá del marco estrictamente confesional, el éxito fue incluso fulgurante: en los últimos sondeos, ese partido que sólo contaba con cinco años de existencia alcanzaba el 21 % de la intención de voto y le pisaba los talones al Partido Socialista, con el 23 %. Por su parte, la derecha tradicional no superaba el 14 % y el Frente Nacional, con el 32 %, seguía siendo de lejos el primer partido francés.

Desde hacía unos años, David Pujadas se había convertido en un icono, no sólo había entrado a formar parte del «club muy selecto» de los periodistas políticos (Cotta, Elkabbach, Duhamel y algunos más) que a lo largo de la historia de los medios de comunicación habían sido considerados con un nivel suficiente para moderar un debate presidencial entre la primera y la segunda vuelta, sino que había superado a todos sus predecesores por su firmeza cortés, su serenidad y, sobre todo, su aptitud para ignorar los insultos, volver a centrar las discusiones que se salían de madre y darles de nuevo la apariencia de un debate digno y democrático. La candidata del Frente Nacional, al igual que el de la Hermandad Musulmana, dieron su beneplácito para que moderara su debate, a todas luces el más esperado de todos los que precedían la primera vuelta, dado que si el candidato de la Hermandad Musulmana, en progresión constante en los sondeos desde su entrada en campaña, lograba superar al del Partido Socialista, se llegaría a una segunda vuelta absolutamente inédita y con un resultado muy incierto. Los simpatizantes de izquierda, a pesar de las repetidas llamadas en un tono cada vez más conminatorio de sus diarios y semanarios de referencia, seguían siendo reticentes a dar sus votos a un candidato musulmán: los simpatizantes de derecha, cada vez más numerosos, parecían, a pesar de las firmes proclamas de sus dirigentes, dispuestos a franquear la barrera y votar en la segunda vuelta por la candidata «nacional». Ésta, por lo tanto, jugaba una partida muy importante, la partida más importante de su vida, sin duda alguna.

El debate tenía lugar un miércoles, y eso no me facilitaba las cosas; la víspera, compré un surtido de platos indios que pudiera calentar en el microondas y tres botellas de vino tinto corriente. Unas masas de aire

anticiclónicas se habían instalado permanentemente de Hungría a Polonia, evitando que la borrasca centrada sobre las Islas Británicas avanzara hacia el sur; en el conjunto de la Europa continental se mantenía un tiempo inusualmente frío y seco. Mis doctorandos me habían dado el coñazo todo el día con preguntas ociosas, del tipo de por qué los poetas menores (Moréas Corbière etc.) eran considerados menores, qué impedía que se les considerara mayores (Baudelaire Rimbaud Mallarmé a bote pronto; luego se salta a Breton). Sus preguntas no eran ni mucho menos desinteresadas, eran dos doctorandos flacos y malvados, uno de los cuales quería hacer una tesis sobre Cros y el otro sobre Corbière, pero a la vez no querían quedar en evidencia, era obvio, y esperaban mi respuesta como representante de la institución. Echando balones fuera les recomendé a Laforgue, de un estatus intermedio.

Durante el debate propiamente la cagué, en realidad fue sobre todo el microondas el que la cagó inaugurando una nueva función (girar a toda velocidad emitiendo un sonido casi subsónico, sin calentar los alimentos), y tuve que calentar la comida india en la sartén, así que me perdí buena parte de los argumentos expuestos. Pero, por lo que pude seguir, las cosas se desarrollaron con una corrección casi excesiva, los dos candidatos a la magistratura suprema multiplicaron los gestos de deferencia mutuos, expresaron por turnos un inmenso amor por Francia y dieron la impresión de estar de acuerdo en casi todo. Sin embargo, al mismo tiempo, estallaron enfrentamientos en Montfermeil entre militantes de extrema derecha y un grupo de jóvenes africanos sin una filiación política declarada: desde hacía una semana se habían producido incidentes esporádicos en el municipio después de la profanación de la mezquita. Una página de Internet identitaria afirmaría al día siguiente que los enfrentamientos habían sido muy violentos y que había varios muertos, pero el Ministerio del Interior desmintió inmediatamente la información. Como en todas las ocasiones, la presidenta del Frente Nacional y el de la Hermandad Musulmana publicaron, cada uno por su cuenta, un comunicado en el que repudiaban enérgicamente esos actos criminales. Los medios de comunicación habían hecho algunos reportajes impactantes dos años antes, cuando se produjeron los primeros enfrentamientos armados, pero ahora cada vez se hablaba menos de ello, todo parecía haberse banalizado. Durante varios años, e incluso durante varias décadas, *Le Monde*, así como en general todos los diarios de centroizquierda, es decir, en realidad todos los diarios, denunciaron regularmente a las

«Casandras» que preveían una guerra civil entre los inmigrantes musulmanes y las poblaciones autóctonas de Europa occidental. Como me explicó uno de mis colegas que enseñaba literatura griega, esa utilización del mito de Casandra era, en el fondo, curiosa. En la mitología griega, Casandra aparece primero como una chica muy bella, «parecida a la Afrodita de oro», escribe Homero. Enamorado de ella, Apolo le concede el don de la profecía a cambio de sus futuros retozos. Casandra acepta el don, pero se niega a entregarse al dios, que, furioso, le escupe en la boca y eso le impedirá para siempre hacerse comprender o que alguien la crea. Predice así sucesivamente el rapto de Elena por Paris, luego el inicio de la guerra de Troya, y advierte a sus compatriotas troyanos del subterfugio griego (el famoso «caballo de Troya») que les permite apoderarse de la ciudad. Acabará asesinada por Clitemnestra, después de predecir su muerte, así como la de Agamenón, que se negó a creerla. En resumidas cuentas, Casandra ofrecía el ejemplo de las predicciones pesimistas constantemente hechas realidad y, a la vista de los hechos, parecía que los periodistas de centroizquierda imitaran la ceguera de los troyanos. Esa ceguera no era en absoluto históricamente inédita: podía encontrarse la misma entre los intelectuales, políticos y periodistas de los años treinta, unánimemente persuadidos de que Hitler «acabaría entrando en razón». Probablemente a aquellas personas que han vivido y prosperado en un sistema social dado les es imposible imaginar el punto de vista de quienes, al no haber esperado nunca nada de ese sistema, contemplan su destrucción sin especial temor.

Pero, a decir verdad, desde hacía unos meses, la actitud de los medios de centroizquierda había cambiado: ya no se hablaba para nada de la violencia en los suburbios ni de los enfrentamientos interétnicos, el problema se silenciaba e incluso se había dejado de denunciar a las «Casandras», que a su vez se habían acabado callando. La mayoría de la gente parecía haberse cansado de oír hablar del tema y, en el entorno que frecuentaba, el cansancio había aparecido antes que en otros sitios: ocurriría «lo que tenga que ocurrir», así podía resumirse el sentimiento general. Y, al asistir al día siguiente por la noche al cóctel trimestral del *Journal des dix-neuvièmistes*, ya sabía que los enfrentamientos de Montfermeil suscitarían pocos comentarios, tan pocos como los últimos debates que precedían la primera vuelta de las presidenciales, y muchos menos que los recientes nombramientos

universitarios. La velada se celebraba en la rue Chaptal, en el Museo de la Vida Romántica, alquilado para la ocasión.

Desde siempre me gustaba la place Saint-Georges, sus fachadas deliciosamente Belle Époque, y me detuve unos instantes ante el busto de Gavarni antes de tomar la rue Notre-Dame-de-Lorette y luego la rue Chaptal. En el número 16 se abría un corto paseo adoquinado, bordeado de árboles, que conducía al museo.

La temperatura era agradable y las puertas de doble hoja estaban abiertas de par en par al jardín, tomé una copa de champán y deambulé entre los tilos y enseguida vi a Alice, profesora de la Universidad de Lyon III, especialista en Nerval, su vestido de tela ligera con un estampado de flores de vivos colores era sin duda lo que se llama un vestido de cóctel, a decir verdad se me escapaban un poco las diferencias entre el vestido de cóctel y el vestido de noche, pero estaba seguro de que en cualquier circunstancia Alice luciría el vestido apropiado y en general el comportamiento apropiado, su compañía ofrecía descanso, así que no dudé en saludarla aunque estuviera conversando con un tipo joven de rostro anguloso, de piel muy blanca, vestido con un blazer azul sobre una camiseta del Paris Saint-Germain, calzado con zapatillas deportivas de un rojo muy vivo, y el conjunto era curiosamente bastante elegante; se me presentó con el nombre de Godefroy Lempereur.

–Soy uno de sus nuevos colegas... –dijo volviéndose hacia mí, observé que tomaba un whisky solo–, acaban de nombrarme en París III.

–Sí, he tenido noticias de su nombramiento, es usted especialista en Bloy, ¿verdad?

–François siempre ha detestado a Bloy –intervino Alice con desenfado–, pero como especialista en Huysmans tiene otra opinión, evidentemente.

Lempereur se volvió hacia mí sonriéndome con un fervor sorprendente, y dijo a toda prisa:

–Le conozco, claro... Admiro su trabajo sobre Huysmans. –Y luego hubo un instante de silencio, buscando las palabras, sin dejar de mirarme con intensidad, su mirada era tan intensa que me dije que debía de ir maquillado, por lo menos había realzado sus pestañas con rímel, y en ese momento tuve la impresión de que iba a decirme cosas importantes.

Alice nos contemplaba con esa mirada a la vez afectuosa y ligeramente

burlona de las mujeres que siguen una conversación entre hombres, esa cosa curiosa que siempre parece oscilar entre la pederastia y el duelo. Un golpe de viento bastante fuerte agitó, sobre nosotros, el follaje de los tilos. En ese momento oí muy lejano, muy vago, un ruido sordo que parecía una explosión.

–Es curioso –dijo finalmente Lempereur–, cómo nos mantenemos apegados a los autores a los que nos dedicamos al principio de nuestra vida. Podría parecer que al cabo de uno o dos siglos, las pasiones se extinguen y como universitarios accedemos a una especie de objetividad literaria, etcétera. Pues para nada. Huysmans, Zola, Barbey, Bloy, todas esas personas se conocieron, tuvieron relaciones de amistad o de odio, se aliaron, se enfadaron, la historia de sus relaciones es la de la literatura francesa; y nosotros, a más de un siglo de distancia, reproducimos esas mismas relaciones, mantenemos nuestra fidelidad al que fue nuestro campeón, seguimos dispuestos a amarnos, enfadarnos y pelear por él a golpe de artículo.

–Lleva razón, pero eso es bueno y prueba por lo menos que la literatura es un asunto serio.

–Nadie se enfadó nunca con el pobre Nerval... –intervino Alice, pero Lempereur ni siquiera la oyó, creo, seguía mirándome con intensidad, ensimismado en su discurso.

–Usted siempre ha sido una persona muy seria –prosiguió–, he leído todos sus artículos en el *Journal*. No es ése mi caso. Estaba fascinado por Bloy cuando tenía veinte años, fascinado por su intransigencia, su violencia, su virtuosismo en el desprecio y en el insulto; pero era también, y mucho, un fenómeno de moda. Bloy era el arma absoluta contra el siglo xx con su mediocridad, su idiotez militante, su humanitarismo repelente; contra Sartre, contra Camus, contra todos los payasos del compromiso; también contra todos los formalistas nauseabundos, el *nouveau roman* y todas esas absurdidades sin consecuencia. Bueno, ahora tengo veinticinco años y siguen sin gustarme Sartre, ni Camus, ni nada que se parezca al *nouveau roman*; pero el virtuosismo de Bloy se me ha vuelto pesado, y tengo que reconocer que la dimensión espiritual y sagrada en la que se regodea ya no me evoca casi nada. Ahora me gusta más releer a Maupassant o a Flaubert, o incluso a Zola, por lo menos algunas páginas. Y también, por supuesto, al muy curioso Huysmans...

Tenía un estilo *intelectual de derechas* bastante seductor, me dije, eso le conferiría cierta singularidad en la facultad. Se puede dejar hablar a la gente mucho rato, siempre les interesa su propio discurso, pero de vez en cuando hay que relanzar la conversación, un mínimo. Miré de reojo a Alice sin hacerme ilusiones, sabía que ese periodo no le interesaba para nada, era extremadamente *Frühromantik*. Estuve por preguntarle a Lempereur: «¿Es usted católico o facha, o una mezcla de los dos?», pero cambié de opinión, decididamente había perdido el contacto con los intelectuales de derechas, ya no sabía cómo actuar. A lo lejos, se oyó de repente una especie de petardeo prolongado.

–¿Qué debe de ser eso? –preguntó Alice–. Parecen disparos... –añadió titubeando. Callamos en el acto y me di cuenta de que en el jardín se habían interrumpido todas las conversaciones, de nuevo se oía el rumor del viento entre las hojas, y unos pasos discretos sobre la gravilla, varios invitados abandonaban la sala donde se celebraba el cóctel y avanzaban despacio entre los árboles, al acecho. Dos profesores de la Universidad de Montpellier pasaron cerca de mí, habían encendido sus smartphones y los sostenían de una manera extraña, con la pantalla orientada horizontalmente, como una varita de mago.

–No pasa nada... –suspiró uno de los dos, angustiado–, siguen hablando del G20.

Qué ilusos eran si imaginaban que las cadenas de noticias iban a cubrir el evento, me dije, no dirían nada de lo de hoy como no habían dicho nada acerca de lo del día anterior en Montfermeil, el silencio informativo era total.

–Es la primera vez que estalla en París –observó Lempereur en tono neutro. En ese instante se oyó de nuevo ruido de disparos, esta vez muy claros, y que parecían próximos, y luego una explosión mucho más fuerte. Todos los invitados se volvieron en el acto en esa dirección. Una columna de humo se elevaba en el cielo sobre los edificios; debía de proceder más o menos de la place de Clichy.

–Bueno, creo que nuestro guateque se va a acabar antes de tiempo... –dijo Alice con desenfado. En efecto, muchos invitados trataban de telefonar; y algunos empezaban a dirigirse hacia la salida, pero lentamente, deteniéndose de vez en cuando, como para demostrar que aún eran dueños de sí mismos, que no cedían a un movimiento de pánico.

–Podemos proseguir la conversación en mi casa, si quieren –propuso

Lempereur—. Vivo en la rue du Cardinal Mercier, a dos pasos de aquí.

—Doy clase mañana en Lyon y tengo que tomar el TGV a las seis —dijo Alice—, creo que me iré a casa.

—¿Estás segura?

—Sí, es curioso, no tengo ningún miedo.

La miré, preguntándome si no debería insistir, pero curiosamente yo tampoco tenía miedo, estaba convencido sin gran razón de que los enfrentamientos se detendrían en el boulevard de Clichy.

El Twingo de Alice estaba aparcado en la esquina de la rue Blanche.

—No sé si lo que haces es muy prudente —dije después de darle unos besos—, llámame de todas formas en cuanto hayas llegado.

Asintió antes de arrancar.

—Es una mujer extraordinaria... —dijo Lempereur.

Asentí, mientras me decía que en el fondo no sabía gran cosa acerca de Alice. Junto con las distinciones honoríficas y las evoluciones de las carreras, los chismorreos sexuales eran casi nuestro único tema de conversación entre colegas; y, acerca de ella, nunca había oído el menor rumor. Era inteligente, elegante, guapa —¿qué edad podía tener?, más o menos como yo, entre cuarenta y cuarenta y cinco años— y a todas luces estaba sola. Era de todas formas demasiado temprano para retirarse, me dije antes de recordar que la víspera contemplaba la misma perspectiva.

—¡Extraordinaria! —insistí tratando de alejar la idea de mi mente.

Los disparos habían cesado. Al tomar la rue Ballu, desierta a esa hora, nos encontramos exactamente en la época de nuestros escritores preferidos, hice observar a Lempereur; casi todos los edificios, muy bien conservados, eran del Segundo Imperio o de principios de la Tercera República.

—Es cierto, incluso los martes de Mallarmé tenían lugar cerca de aquí, en la rue de Rome... —respondió—. Y usted, ¿dónde vive?

—En la avenue de Choisy. En los años setenta, más bien. Una época menos notable en el terreno literario, evidentemente.

—¿Es lo que llaman *Chinatown*?

—Exactamente. Estoy en pleno Chinatown.

—Podría resultar una elección inteligente —dijo pensativamente después de una larga reflexión.

En el mismo instante, llegamos a la esquina de la rue de Clichy. Me

detuve, sobrecogido. Un centenar de metros al norte, la place de Clichy estaba completamente invadida por las llamas; se distinguían carcacas de coches y la de un autobús, carbonizados; la estatua del mariscal Moncey, imponente y negra, se recortaba en medio del incendio. No se veía a nadie. El silencio se había adueñado del escenario, únicamente perturbado por el aullido insistente de una sirena.

–¿Conoce la carrera del mariscal Moncey?

–En absoluto.

–Fue soldado de Napoleón. Destacó en la defensa de la barrera de Clichy contra los invasores rusos en 1814. Si los enfrentamientos étnicos se extendieran a París intramuros –prosiguió Lempereur en el mismo tono–, la comunidad china quedaría al margen. Chinatown podría convertirse en uno de los únicos barrios de París perfectamente seguros.

–¿Cree que es posible?

Se encogió de hombros sin responder. En ese momento vi estupefacto a dos agentes antidisturbios con la metralleta en bandolera, vestidos con monos de kevlar, que bajaban con toda tranquilidad por la rue de Clichy en dirección a la estación de Saint-Lazare. Charlaban animadamente y ni siquiera nos miraron.

–Están... –estaba tan asombrado que me costaba hablar–, hacen como si no pasara nada en absoluto.

–Sí... –Lempereur se detuvo y se frotó pensativamente el mentón–. Ya ve, en estos momentos es muy difícil decir qué es posible y qué no lo es. Si viene alguien pretendiendo lo contrario, será un imbécil o un mentiroso; en mi opinión, nadie puede pretender saber qué ocurrirá las próximas semanas. Bueno... –prosiguió después de una nueva reflexión–, ya estamos muy cerca de mi casa. Espero que su amiga no sufra ningún contratiempo...

La rue du Cardinal Mercier, silenciosa y desierta, acababa sin salida en una fuente rodeada de columnas. A cada lado, unos porches macizos coronados con cámaras de vigilancia daban a unos patios arbolados. Lempereur apoyó el índice contra una pequeña placa de aluminio, que debía de ser un dispositivo de identificación biométrica; una persiana metálica se levantó en el acto frente a nosotros. En el fondo del patio, medio oculto por los plátanos, distinguí un pequeño palacete, señorial y elegante, típicamente Segundo Imperio. Me pregunté: ¿cómo puede permitirse vivir en un lugar así? Seguro que no es gracias a su sueldo de profesor en el primer escalón.

No sé por qué pero imaginaba a mi joven colega viviendo en un decorado minimalista, depurado, con mucho blanco. El mobiliario por el contrario era perfectamente conforme al estilo del edificio: tapizado de seda y terciopelo, el salón estaba lleno de asientos confortables, de veladores decorados con marquetería y nácar; un cuadro muy grande de estilo *pompier*, que probablemente era un Bouguereau auténtico, colgaba sobre una chimenea muy trabajada. Me acomodé en una otomana tapizada con un reps verde botella y acepté un aguardiente de pera.

–Podemos intentar saber qué pasa, si quiere... –me propuso al servirme.

–No, ya sé que en las cadenas de noticias no dirán nada. En la CNN quizá, si tiene parabólica.

–Lo he intentado estos últimos días; nada en la CNN, nada en YouTube tampoco, pero eso ya me lo esperaba. En RuTube a veces pasan algunas imágenes, de gente que filma con el móvil; pero es muy aleatorio, y ahí no he encontrado nada.

–No entiendo por qué han decidido ese silencio total; no entiendo qué pretende el gobierno.

–En mi opinión, está muy claro: tienen mucho miedo de que el Frente Nacional gane las elecciones. Y cualquier imagen de violencia urbana supone más votos para el Frente Nacional. Ahora es la extrema derecha la que intenta que la situación se calde. Evidentemente, los tíos de los suburbios reaccionan a la mínima, pero, si se fija, cada vez que las cosas se han salido de madre estos últimos meses, había en el inicio una provocación antiislam:

una mezquita profanada, una mujer obligada a quitarse el nicab bajo amenazas o alguna otra cosa por el estilo.

–¿Y cree que detrás de eso está el Frente Nacional?

–No. No pueden permitírselo. Las cosas no funcionan así. Digamos... digamos que hay conexiones.

Apuró su copa, volvió a servirnos y calló. El Bouguereau sobre la chimenea representaba a cinco mujeres en un jardín –unas vestidas con túnicas blancas, las otras casi desnudas– rodeando a un niño desnudo, de cabello rizado. Una de las mujeres desnudas se tapaba los senos con las manos; otra no podía, sostenía un ramo de flores silvestres. Sus senos eran bonitos y el artista había resuelto perfectamente los drapeados. El cuadro tenía más de un siglo y me parecía muy lejano, la primera reacción era quedarse boquiabierto ante ese objeto incomprensible. Lenta, progresivamente, uno podía intentar ponerse en la piel de esos burgueses del siglo XIX, esos notables con levita para los que se pintó ese cuadro; al igual que ellos, ante esas desnudeces griegas se podían sentir las primicias de una conmoción erótica, pero era un viaje en el tiempo trabajoso, difícil. Maupassant, Zola e incluso Huysmans tenían un acceso mucho más inmediato. Probablemente hubiera debido hablar de eso, de ese extraño poder de la literatura, y sin embargo decidí continuar hablando de política, tenía ganas de saber más y él parecía saber más, o ésa era la impresión que daba.

–Ha simpatizado usted con los movimientos identitarios, ¿verdad? –Mi tono fue perfecto, de hombre de mundo interesado, simplemente curioso, de neutralidad condescendiente con una pizca de elegancia.

Sonrió francamente, sin reservas.

–Sí, sé que el rumor ha corrido por la facultad. Es cierto que pertenecí a un movimiento identitario, hace unos años, cuando preparaba mi tesis. Eran identitarios católicos, a menudo realistas, nostálgicos, sobre todo románticos, y también alcohólicos en la mayoría de los casos. Pero las cosas han cambiado mucho, perdí el contacto con ellos y creo que si fuera a una reunión ya no reconocería nada.

Callé metódicamente: cuando uno calla metódicamente mirando con fijeza a los ojos del interlocutor, dando la impresión de estar bebiendo sus palabras, las personas hablan. Les gusta que las escuches, es algo que saben todos los

investigadores; todos los investigadores, todos los escritores y todos los espías.

–Verá –prosiguió–, el Bloque Identitario era cualquier cosa menos un bloque, estaba dividido en múltiples facciones que se entendían mal y se llevaban peor: católicos, solidaristas ligados a la tercera vía, realistas, neopaganos, laicos puros y duros procedentes de la extrema izquierda... Pero todo cambió con la creación de los Indígenas Europeos. Al principio se inspiraban en los Indígenas de la República, predicando justo lo contrario, y lograron transmitir un mensaje claro e integrador: somos los indígenas de Europa, los primeros ocupantes de esta tierra, y rechazamos la colonización musulmana; rechazamos igualmente las empresas norteamericanas y la compra de nuestro patrimonio por los nuevos capitalistas llegados de la India, China, etcétera. Citaban astutamente a Jerónimo, Cochise y Toro Sentado; y, sobre todo, su página en Internet era muy innovadora gráficamente, con unas animaciones cautivadoras y una música marchosa, y eso atrajo a un público nuevo, un público de jóvenes.

–¿Piensa realmente que quieren provocar una guerra civil?

–No cabe la menor duda. Le enseñaré un texto aparecido en Internet...

Se puso en pie, fue a la habitación contigua. Desde que habíamos entrado en su salón parecían haber cesado los ruidos de disparos, pero no estaba seguro de que pudieran oírse desde su casa, porque aquella calle sin salida era muy tranquila.

Regresó y me tendió una decena de hojas grapadas, impresas en caracteres pequeños: el documento estaba, en efecto, claramente titulado: «PREPARAR LA GUERRA CIVIL».

–Bueno, hay muchos del mismo estilo, pero éste es uno de los más sintéticos, con las estadísticas más fiables. Hay bastantes cifras, porque examinan el caso de veintidós países de la Unión Europea, pero las conclusiones son las mismas en todas partes. Para resumir su tesis, la trascendencia es una ventaja selectiva: las parejas que se reconocen en una de las tres religiones del Libro, las que mantienen los valores patriarcales, tienen más hijos que las parejas ateas o agnósticas; las mujeres tienen menos educación, y el hedonismo y el individualismo tienen menor peso. Además, la trascendencia es en buena medida un carácter genéticamente transmisible y las conversiones o el rechazo de los valores familiares sólo tienen una importancia marginal: en la inmensa mayoría de los casos, las personas

permanecen fieles al sistema metafísico en el que han sido educadas. El humanismo ateo, sobre el que reposa el «vivir juntos» laico está por lo tanto condenado a corto plazo, pues el porcentaje de la población monoteísta está destinado a aumentar rápidamente y tal es el caso en particular de la población musulmana, sin tener siquiera en cuenta la inmigración, lo que acentuará aún más el fenómeno. Para los identitarios europeos está claro que, tarde o temprano, estallará necesariamente una guerra civil entre los musulmanes y el resto de la población. Concluyen que si quieren tener alguna posibilidad de ganar esa guerra es mejor que estalle cuanto antes, en cualquier caso antes de 2050 y, preferentemente, mucho antes.

–Me parece lógico...

–Sí, en el plano político y militar a buen seguro tienen razón. Queda por saber si han decidido pasar a la acción ahora, y en qué países. El rechazo hacia los musulmanes es casi igual de fuerte en todos los países europeos; pero Francia es un caso muy particular, debido a su ejército. El ejército francés sigue siendo uno de los primeros ejércitos del mundo, todos los sucesivos gobiernos han mantenido esa política incluso a pesar de los recortes presupuestarios; por ello ningún movimiento insurreccional puede esperar vencer si el gobierno decide ordenar la intervención del ejército. La estrategia es, por lo tanto, forzosamente diferente.

–¿Es decir?

–Las carreras militares son carreras cortas. Actualmente, las fuerzas armadas francesas, el ejército de tierra, el del aire y la marina sumados, cuentan con unos efectivos de trescientos treinta mil hombres, si se incluye también a la gendarmería. El reclutamiento anual es de unas veinte mil personas; eso quiere decir que en poco más de quince años el conjunto de los efectivos del ejército francés se habrá renovado completamente. Si los jóvenes militantes identitarios, y casi todos ellos son jóvenes, se inscribieran masivamente en las convocatorias de alistamiento de las fuerzas armadas, podrían tomar el control ideológico de las mismas en un tiempo relativamente breve. Es la línea mantenida, desde el principio, por la rama política del movimiento; y eso fue lo que provocó hace dos años la ruptura con la rama militar, partidaria del paso inmediato a la lucha armada. Creo que la rama política mantendrá el control y que la rama militar sólo atraerá a algunos marginados procedentes de la delincuencia y fascinados por las armas; pero la situación podría ser diferente en otros países, en particular en

Escandinavia. La ideología multiculturalista es aún más opresiva en Escandinavia que en Francia, y los militantes identitarios son numerosos y aguerridos; y por otro lado, el ejército sólo tiene unos efectivos insignificantes, quizá sería incapaz de hacer frente a unos disturbios importantes. Sí, si próximamente se desencadena una insurrección general en Europa, tal vez vendrá de Noruega o de Dinamarca; Bélgica y Holanda también son zonas potencialmente muy inestables.

Hacia las dos de la madrugada todo parecía haberse calmado y encontré fácilmente un taxi. Felicité a Lempereur por la calidad de su aguardiente de pera, pues prácticamente nos habíamos acabado la botella. Por supuesto, y como todo el mundo, hacía años, décadas incluso, que oía hablar de esos temas. La expresión «Después de mí el diluvio» se atribuye a veces a Luis XV y a veces a su amante Madame de Pompadour. Resumía bastante bien mi estado de espíritu, pero era la primera vez que me rondaba una idea inquietante: el diluvio, finalmente, podría llegar antes de mi propio fallecimiento. Evidentemente no esperaba tener un final de vida feliz, no había razón alguna para que no me alcanzara el duelo, la enfermedad y el sufrimiento; pero hasta el momento había esperado dejar este mundo sin una violencia desmesurada.

¿Era él demasiado alarmista? Desgraciadamente no lo creía así; ese muchacho me había dado una impresión de gran seriedad. Al día siguiente por la mañana hice una búsqueda en RuTube, pero no había nada relativo a la place de Clichy. Sólo di con un vídeo bastante espantoso, aunque no comportara ningún elemento violento: una quincena de tipos enteramente vestidos de negro, enmascarados, con pasamontañas, armados con metralletas, se habían desplegado en una formación en V y avanzaban lentamente en un decorado urbano que evocaba la Dalle d'Argenteuil. No era ciertamente un vídeo filmado con un móvil: la nitidez era excelente y se había añadido un efecto de cámara lenta. Ese vídeo estático, imponente, rodado en un ligero contrapicado, no tenía otro objetivo que afirmar una presencia, la toma de control de un territorio. En caso de conflicto étnico a mí me pondrían automáticamente en el bando de los blancos y, por primera vez, al salir a hacer la compra, agradecí a los chinos haber sabido evitar la instalación de negros y árabes desde los orígenes del barrio, y en general

cualquier instalación de personas que no fueran chinas, con la excepción de algunos vietnamitas.

De todas formas, era más prudente prever una posición de repliegue, en caso de que las cosas degeneraran rápidamente. Mi padre vivía en un chalet en el macizo de los Écrins, desde hacía poco había encontrado una nueva compañera (al menos yo no lo había sabido hasta hacía poco). Mi madre se deprimía en Nevers, y no tenía más compañía que su bulldog francés. Hacía unos diez años que no tenía muchas noticias suyas. Aquellos dos frutos del *baby boom* siempre habían hecho gala de un implacable egoísmo y nada me hacía suponer que fueran a acogerme con benevolencia. A veces me venía a la mente si volvería a ver a mis padres antes de su muerte, pero la respuesta siempre era negativa, y no creía siquiera que una guerra pudiera arreglar las cosas, encontrarían un pretexto para no alojarme; respecto a esa cuestión, nunca les habían faltado pretextos. Aparte tenía amigos, varias personas, aunque a decir verdad no tantas, había perdido un poco el contacto: estaba Alice, a la que sin duda podía considerar una amiga. En conjunto, desde mi separación de Myriam, estaba extremadamente solo.

Domingo 15 de mayo

Siempre me habían gustado las noches de las elecciones presidenciales: creo incluso que con la excepción de las finales de la copa del mundo de fútbol, era mi programa de televisión favorito. El suspense es evidentemente menor, ya que las elecciones obedecen a un dispositivo narrativo singular en el que desde el primer minuto se conoce el desenlace; pero la extrema diversidad de los participantes (los politólogos, los comentaristas políticos «de primera fila», las masas de militantes alborozados o llorando en las sedes de sus partidos y finalmente los políticos, con sus declaraciones en caliente, reflexionadas o emocionadas) y la excitación general de los presentes dan verdaderamente esa impresión tan rara, tan preciosa, tan telegénica, de vivir un momento histórico en directo.

Esta vez, escaldado después del debate precedente que mi microondas prácticamente me impidió seguir, había comprado tarama, humus, blinis y huevas de pescado; la víspera puse en fresco dos botellas de Rully. En cuanto David Pujadas entró en directo a las 19.50 horas, comprendí que la noche electoral se anunciaba como un vino de excelente cosecha y que iba a vivir un momento de televisión excepcional. Pujadas mantenía su gran profesionalidad, pero el brillo de su mirada no llevaba a engaño: los resultados que ya conocía, que tendría derecho a divulgar al cabo de diez minutos, eran una enorme sorpresa; el paisaje político francés iba a sufrir una conmoción.

—Es un terremoto —anunció de entrada cuando aparecían los primeros datos en pantalla. El Frente Nacional se situaba sobradamente en cabeza, con el 34,1 % de los votos; eso era casi normal, era lo que auguraban todos los sondeos desde hacía meses, la candidata de extrema derecha sólo había progresado ligeramente durante las últimas semanas de campaña. Pero detrás de ella el candidato del Partido Socialista, con el 21,8 %, y el de la Hermandad Musulmana, con el 21,7 %, estaban codo con codo, les separaban tan pocos votos que la situación podía decantarse a uno u otro lado, probablemente iba a decantarse varias veces a lo largo de la noche, a medida

que se conocieran los resultados de los colegios electorales de las grandes ciudades y de París. Con el 12,1 % de los votos, el candidato de derechas quedaba completamente fuera de la carrera.

Jean-François Copé no apareció en pantalla hasta las 21.50 horas. Macilento, mal afeitado, daba más que nunca la impresión de haber estado detenido durante las últimas horas. Con dolorosa humildad, convino que se trataba de un revés, de un grave revés, cuya responsabilidad asumía enteramente; no llegó, sin embargo, como Lionel Jospin en 2012, a contemplar su retirada de la vida política. En cuanto a las consignas de voto para la segunda vuelta, no dio ninguna; el comité político de la Unión por un Movimiento Popular se reuniría a lo largo de la semana para tomar una decisión.

A las diez de la noche los dos candidatos seguían empatados, los últimos datos proporcionaban estimaciones absolutamente idénticas y esa incertidumbre evitaba al candidato socialista tener que hacer una declaración que se adivinaba difícil. ¿Iban a ser barridos los dos partidos que estructuraban la vida política francesa desde el inicio de la Quinta República? La hipótesis era tan asombrosa que se sentía que los comentaristas que se sucedían a toda velocidad en el plató —e incluso David Pujadas, poco sospechoso de complacencia con el islam y supuestamente próximo a Manuel Valls— lo deseaban secretamente. Christophe Barbier fue sin duda uno de los reyes de esa noche electoral, saltando de una cadena a otra a tal velocidad que parecía tener el don de la ubicuidad y llevando a cabo hasta una hora avanzada de la noche unos deslumbrantes movimientos de su sempiterna bufanda, y eclipsó con facilidad a Renaud Dély, apagado y sombrío ante un resultado que su periódico no había previsto, e incluso a Yves Thérard, de costumbre más pugnaz.

No fue hasta poco después de medianoche, a la hora en que terminaba mi segunda botella de Rully, cuando aparecieron los resultados definitivos: Mohammed Ben Abbes, el candidato de la Hermandad Musulmana, alcanzaba la segunda posición con el 22,3 % de los votos. Con el 21,9 %, el candidato socialista quedaba descartado. Manuel Valls pronunció un breve discurso, muy sobrio, en el que felicitó a los dos candidatos que habían superado la primera vuelta y postergó toda decisión hasta la reunión del órgano dirigente del Partido Socialista.

Miércoles 18 de mayo

A mi regreso a la facultad para dar mis clases, tuve, por primera vez, la sensación de que podría pasar algo; que el sistema político en el que estaba acostumbrado a vivir desde mi infancia se resquebrajaba visiblemente desde hacía bastante tiempo y quizá iba a estallar de golpe. No sé exactamente qué me causó esa impresión. Quizá la actitud de mis estudiantes del máster: tan amorfos y despolitizados como eran, ese día parecían tensos, ansiosos y trataban visiblemente de conseguir retazos de información a través de sus smartphones y sus tabletas táctiles; en todo caso estaban menos atentos que nunca a mi clase. Quizá también los andares de las chicas con burka, más seguros y lentos que de costumbre, avanzaban de frente en fila de a tres por los pasillos, sin esconderse, como si ya fueran las dueñas del lugar.

Por el contrario, la atonía de mis colegas me dejaba estupefacto. Para ellos no parecía haber ningún problema, no se sentían preocupados, y ello no hacía más que confirmar lo que pensaba desde hacía años: los que obtienen el estatus de profesor universitario no imaginan que una evolución política pueda tener el menor efecto en sus carreras, se sienten absolutamente intocables.

Al final del día vi a Marie-Françoise, cuando yo doblaba la esquina de la rue de Santeuil para dirigirme al metro. Caminaba rápidamente y corrí para alcanzarla, y al llegar a su lado, después de un rápido saludo, le pregunté directamente:

–¿Crees que nuestros colegas tienen motivos para estar tan tranquilos? ¿Crees que estamos realmente a salvo?

–¡Ay...! –exclamó con una mueca de gnomo que la afeaba aún más, antes de encenderse un Gitanes–, ahora mismo me estaba preguntando si alguien iba a despertarse en esta puta facultad. No, no estamos en absoluto a salvo, créeme, y sé de qué hablo... –Dejó pasar unos segundos y luego explicó–: Mi marido trabaja en la DGSI... –La miré estupefacto: era la primera vez en diez años que me cruzaba con ella y me daba cuenta de que había sido una mujer, e incluso en cierto sentido que aún lo era, y que un hombre, un día, pudo

sentir deseo hacia esa criatura encogida y rechoncha, casi batracia. Afortunadamente malinterpretó mi expresión—. Lo sé... —dijo con satisfacción—, a todo el mundo le sorprende. En fin, ¿sabes qué es la DGSI?

—¿Es un servicio secreto? ¿Como la DST?

—La DST ya no existe. Se fusionó con los servicios de información generales en la DCRI, que luego se convirtió en la DGSI.

—¿Tu marido es una especie de espía?

—No exactamente, los espías son los de la DGSE y dependen del Ministerio de Defensa. La DGSI forma parte del Ministerio de Interior.

—Entonces, ¿es una policía política?

Sonrió de nuevo, más discretamente, eso la afeaba un poco menos.

—Oficialmente rechazan el término, por descontado, pero la verdad es que sí, es algo parecido. Vigilan a los movimientos extremistas, a los que podrían escorarse hacia el terrorismo, ésa es una de sus principales atribuciones. Ven a tomar una copa a casa y mi marido te lo explicará todo. O por lo menos te explicará lo que puede explicar, no lo sé exactamente, siempre está cambiando según la evolución de los asuntos. Pero en cualquier caso después de las elecciones habrá verdaderos cambios, que afectarán directamente a la facultad.

Vivían en el square Vermeuse, a cinco minutos andando de Censier. Su marido no parecía en absoluto un miembro de los servicios secretos tal como lo imaginaba (¿y cómo me lo imaginaba?, probablemente como una especie de corso, una mezcla de delincuente y de comercial de vermús). Sonriente y pulcro, con el cráneo tan liso que parecía lustrado, vestía una bata corta de estampado escocés, pero imaginé que en su horario laboral debía de llevar pajarita, y quizá chaleco, todo en él desprendía una elegancia anticuada. Me dio de entrada una impresión de agilidad intelectual casi anormal; era probablemente el único antiguo alumno de la rue d'Ulm¹ que, después de obtener el título, superó además las pruebas de acceso a la Escuela Nacional Superior de Policía.

—Inmediatamente después de mi nombramiento como comisario —dijo sirviéndome un oporto— pedí que me destinaran a los servicios de información generales; era una especie de vocación... —añadió con una pequeña sonrisa, como si su inclinación por los servicios secretos no fuera más que una manía inocente.

Hizo una pausa bastante larga, bebió un primer sorbo de oporto, luego un segundo, y prosiguió:

—Las negociaciones entre el Partido Socialista y la Hermandad Musulmana son mucho más duras de lo previsto. Sin embargo, los musulmanes están dispuestos a dar más de la mitad de los ministerios a la izquierda, incluidos algunos claves como Finanzas e Interior. No tienen divergencias acerca de la economía, ni tampoco respecto a la política fiscal; no las hay tampoco sobre la seguridad, y además, contrariamente a sus socios socialistas, tienen los medios para hacer que reine el orden en los barrios del extrarradio. Hay algunos desacuerdos en política exterior, desearían que Francia condenara a Israel con mayor firmeza, pero eso la izquierda se lo concederá sin problema. La verdadera dificultad, ahí es donde están encalladas las negociaciones, es la Educación. El interés por la educación es una vieja tradición socialista, y el entorno docente es el único que nunca ha abandonado al Partido Socialista, que lo ha seguido apoyando hasta el borde del abismo; la cuestión es que en esta ocasión tienen ante sí a un interlocutor aún más motivado que ellos, y que no cederá bajo ningún pretexto. La Hermandad Musulmana es un partido especial, como sabe: son indiferentes a muchos de los retos políticos habituales y, ante todo, no sitúan la economía en el centro de todo. Para ellos lo esencial es la demografía y la educación; la subpoblación que cuenta con el mejor índice de reproducción y que logra transmitir sus valores triunfa; a sus ojos es así de fácil, la economía o incluso la geopolítica no son más que cortinas de humo: quien controla a los niños controla el futuro, punto final. Así que la única cuestión capital, el único aspecto en el que no darán su brazo a torcer, es la educación de los niños.

—¿Y qué quieren?

—Pues, para la Hermandad Musulmana, todo niño francés debe tener la posibilidad de beneficiarse de una enseñanza islámica desde el principio al final de su escolaridad. Y la enseñanza islámica es, desde cualquier punto de vista, muy diferente de la enseñanza laica. En primer lugar, en ningún caso puede ser mixta y sólo algunas carreras estarán abiertas a las mujeres. Lo que en el fondo desearían sería que la mayoría de las mujeres, después de la escuela primaria, fueran orientadas a escuelas de educación doméstica y que se casaran lo antes posible, y que sólo una pequeña minoría cursara estudios literarios o artísticos antes de casarse; ése sería su modelo de sociedad ideal. Además, todos los docentes, sin excepción, deberán ser musulmanes. Las

reglas relativas al régimen alimentario de los comedores escolares y el tiempo consagrado a las cinco oraciones cotidianas deberán ser respetados; pero, sobre todo, el propio programa escolar deberá adaptarse a las enseñanzas del Corán.

–¿Cree que las negociaciones llegarán a buen puerto?

–No tienen elección. Si no logran llegar a un acuerdo, es seguro que el Frente Nacional ganará las elecciones. Y aun cuando logren un acuerdo, todavía tiene posibilidades, ya ha visto los sondeos. A pesar de que Copé acabe de declarar que se abstendrá a título personal, el ochenta y cinco por ciento de los votantes de la UMP se decantarán por el Frente Nacional. Va a ser un resultado muy ajustado, extremadamente ajustado: un cincuenta por ciento para cada uno, en verdad.

»No, la única solución que les queda –prosiguió– es proceder a un desdoblamiento sistemático de la enseñanza escolar. En cuanto a la poligamia, por otra parte, ya han alcanzado un acuerdo que podría servirles de modelo. El matrimonio republicano permanecerá igual, como una unión entre dos personas, hombres o mujeres. El matrimonio musulmán, eventualmente polígamo, no tendrá ninguna consecuencia en términos de estado civil, pero será reconocido por los centros de seguridad social y los servicios fiscales y dará lugar a derechos.

–¿Está seguro? Me parece increíble...

–Absolutamente, ya consta en acta en las negociaciones; además es perfectamente conforme a la teoría de la sharia de minoría que el movimiento de los Hermanos Musulmanes sostiene desde hace tiempo. En cuanto a la educación, podría ser un poco lo mismo. La escuela republicana se quedaría igual, abierta a todos, pero con mucho menos dinero, pues el presupuesto de Educación se dividirá por lo menos por tres, y esta vez los profesores no podrán salvar nada, ya que en el contexto económico actual cualquier reducción presupuestaria a buen seguro será acogida con amplio consenso. Y luego, paralelamente, se pondría en marcha un sistema de escuelas musulmanas privadas, que se beneficiarían de la homologación de los títulos y que, por su parte, podrían recibir subvenciones privadas. Evidentemente, la escuela pública se convertirá muy pronto en una escuela a la baja y todos los padres preocupados por el futuro de sus hijos los matricularán en la enseñanza musulmana.

–Y con la universidad pasará lo mismo –intervino su esposa–. La Sorbona,

en particular, les hace fantasear hasta extremos increíbles. Arabia Saudí está dispuesta a ofrecer una dotación casi ilimitada, vamos a convertirnos en una de las universidades más ricas del mundo.

–¿Y Rediger será nombrado rector? –pregunté, al recordar nuestra última conversación.

–Sí, por supuesto, es más indiscutible que nunca; sus posiciones pro musulmanas son constantes, desde hace por lo menos veinte años.

–Incluso se ha convertido, si no me falla la memoria... –intervino su marido.

Apuré mi copa de un trago, y volvió a servirme; en efecto, iba a haber novedades.

–Supongo que todo eso es extremadamente secreto... –retomé después de un tiempo de reflexión—. No entiendo por qué me habla de ello.

–En tiempos ordinarios, evidentemente guardaría silencio, pero en estos momentos ya se ha filtrado todo y eso es lo que más nos inquieta. Todo cuanto acabo de decirle, y más aún, he podido leerlo tal cual en los blogs de algunos militantes identitarios, aquellos que hemos conseguido infiltrar. –Meneó la cabeza con incredulidad—. Si hubieran logrado instalar micrófonos en las salas más protegidas del Ministerio del Interior, no sabrían más. Y lo peor es que, por ahora, no hacen nada con esas informaciones explosivas: ningún comunicado de prensa, ninguna revelación destinada al gran público; simplemente esperan. Es una situación inédita y muy angustiada.

Traté de sonsacarle más sobre el movimiento identitario, pero se cerró visiblemente. Tenía un colega en la facultad, le confié, que había simpatizado con ese movimiento y luego se había apartado completamente.

–Sí, eso dicen todos... –espetó, sarcástico.

Cuando abordé la cuestión del armamento que se decía que poseían algunos de esos grupos, se contentó sorbiendo el oporto y mascullando:

–Sí, ha habido rumores de financiación por parte de algunos millonarios rusos, pero no se ha podido demostrar nada.

Y luego calló definitivamente. Me despedí poco después.

Jueves 19 de mayo

Al día siguiente me dirigí a la facultad, aunque no tuviera nada que hacer allí, y marqué el número de Lempereur. Según mis cálculos, debía de ser más o menos la hora a la que salía de su clase; respondió, en efecto. Le propuse tomar una copa; no le gustaban mucho los cafés cerca de la facultad, y me sugirió vernos en Delmas, en la place de la Contrescarpe.

Subiendo por la rue Mouffetard, reflexioné sobre las palabras del marido de Marie-Françoise: ¿mi joven colega sabía más de lo que me había querido decir? ¿Estaba aún directamente implicado en el movimiento?

Con sus sillones club de cuero, el suelo de madera oscura y sus cortinas rojas, el Delmas era absolutamente de su estilo. Nunca hubiera ido al café de enfrente, el Contrescarpe, con sus irritantes estanterías de libros falsas; era un hombre con buen gusto. Pidió una copa de champán, yo me contenté con una Leffe de barril y algo se rompió dentro de mí, de repente me sentí muy cansado de mi sutileza y de mi moderación, y atacé directamente, antes incluso de que regresara el camarero:

–La situación política parece muy inestable... Francamente, ¿qué haría en mi lugar?

Mi franqueza le hizo sonreír, pero respondió en el mismo tono:

–Creo que lo primero que haría sería cambiar la cuenta bancaria.

–¿La cuenta bancaria? ¿Por qué?

Me percaté de que casi había gritado, debía de estar muy tenso, sin ser consciente de ello. El camarero regresó con nuestras bebidas, Lempereur hizo una pausa y respondió:

–No es seguro que las recientes evoluciones del Partido Socialista vayan a ser muy apreciadas por su electorado... –Y en ese momento comprendí que él *sabía*, que aún desempeñaba un papel en el seno del movimiento, y quizá un papel decisivo: conocía perfectamente todas esas informaciones secretas que se habían filtrado en la nebulosa identitaria y tal vez fuera él mismo quien había decidido mantenerlas en secreto, hasta el momento—. En esas condiciones –prosiguió lentamente–, la victoria del Frente Nacional en la

segunda vuelta es muy posible. Están obligados (absolutamente obligados, se han comprometido demasiado en ese sentido ante su electorado, que es masivamente soberanista), a salir de Europa y del sistema monetario europeo. A largo plazo, las consecuencias para la economía francesa tal vez serán muy beneficiosas; pero, en un primer momento, viviremos unas convulsiones financieras considerables; no es seguro que los bancos franceses, incluso los más sólidos, puedan resistirlas. Así que le recomendaría abrir una cuenta en un banco extranjero, mejor algún banco inglés, como Barclays o HSBC.

—¿Y... eso es todo?

—Ya es mucho. Además... ¿tiene algún lugar en provincias donde pueda refugiarse algún tiempo?

—No, la verdad es que no.

—Le aconsejaría de todas formas marcharse lo antes posible; busque un hotelito, en el campo. Vive en Chinatown, ¿verdad? Hay pocas posibilidades de que haya saqueos o enfrentamientos graves en ese barrio; pero de todas formas, en su lugar, me marcharía. Tómese unas vacaciones, espere un poco, deje que se aclaren las cosas.

—Tengo la sensación de ser una rata que abandona el barco.

—Las ratas son mamíferos inteligentes —respondió en un tono pausado, casi divertido—. Muy probablemente sobrevivirán al hombre; su sistema social, en todo caso, es mucho más sólido.

—El curso académico aún no ha acabado; todavía me quedan dos semanas de clases.

—¡Eso...! —Esta vez sonrió con franqueza, casi carcajeándose—. Pueden pasar muchas cosas, la situación está lejos de ser previsible; pero lo que me parece casi imposible ¡es que el curso académico acabe en condiciones normales...!

Luego calló, sorbiendo lentamente su copa de champán, y comprendí que no diría nada más; una sonrisa levemente despreciativa flotaba aún en sus labios y, sin embargo, curiosamente empezaba a caerme simpático. Pedí una segunda cerveza, esta vez aromatizada a la frambuesa; no me apetecía irme a casa, allí no me esperaba nada ni nadie. Me preguntaba si tendría una compañera, o alguna novia; probablemente, sí. Era una especie de *eminencia gris*, de líder político en un movimiento más o menos clandestino: hay chicas a las que eso las atrae, como es bien sabido. También hay chicas que se

sienten atraídas por los especialistas en Huysmans, a decir verdad. Una vez incluso hablé con una chica joven, guapa, atractiva, que fantaseaba con Jean-François Copé; necesité varios días para reponerme. En estos tiempos, entre las chicas, puede encontrarse de todo.

Viernes 20 de mayo

Al día siguiente abrí una cuenta en la sucursal de Barclays en la avenue des Gobelins. La transferencia de fondos sólo tardaría un día laborable, me informó el empleado; para mi sorpresa, obtuve una tarjeta Visa casi inmediatamente.

Decidí regresar a casa andando, había hecho los trámites del cambio de cuenta mecánicamente, en estado de automatismo, y necesitaba reflexionar. Al desembocar en la place d'Italie, me invadió de repente la sensación de que todo podía desaparecer. Aquella negrita de cabello ensortijado, a la que los vaqueros le marcaban el culo, que esperaba el autobús 21, podía desaparecer; a buen seguro iba a desaparecer, o por lo menos la reeducarían a fondo. Como de costumbre, en la plaza delante del centro comercial Italie 2 había gente haciendo una colecta, ese día era a favor de Greenpeace, y también ellos iban a desaparecer, pestañeé en el momento en que un joven barbudo castaño, con media melena, se me acercó con unos folletos y fue como si hubiera desaparecido por anticipado, pasé frente a él sin verle y entré por las puertas acristaladas que conducían a la planta baja de la galería comercial.

En el interior del centro, el balance era más contrastado. Bricorama era incuestionable, pero sin duda Jennyfer tenía los días contados, pues en esa cadena no ofrecían nada que pudiese convenir a una adolescente islámica. La tienda Secret Stories, por el contrario, que vendía lencería de marca a precios rebajados, no tenía que preocuparse por nada: el éxito de tiendas análogas en las galerías comerciales de Riad y de Abu Dabi era irrefutable, ni Chantal Thomass ni La Perla tenían nada que temer del advenimiento de un régimen islámico. Vestidas de día con impenetrables burkas negras, las ricas saudíes se transformaban de noche en aves del paraíso, se emperifollaban con corpiños, sujetadores calados y tangas engalanados con puntillas multicolores y pedrería; exactamente a la inversa que las occidentales, elegantes y sensuales durante el día porque estaba en juego su estatus social y que se marchitaban de noche al volver a sus casas, abdicando agotadas de cualquier perspectiva de seducción, vistiéndose con ropa informal y holgada. De golpe,

delante del puesto de Rapid'Jus (que ofrecía unas composiciones cada vez más complejas: coco-pasión-guayaba, mango-lichi-guaraná, había más de una decena, con portentosos contenidos vitamínicos), pensé en Bruno Deslandes. Hacía casi veinte años que no le había visto, y tampoco había pensado en él. Era uno de mis compañeros doctorandos, puede decirse incluso que teníamos una relación casi amistosa, él trabajaba en Laforgue, redactó una tesis honorable sin más e inmediatamente después aprobó las oposiciones de inspector de Hacienda y se casó con Annelise, una chica a la que había conocido no sé dónde, en alguna fiesta de estudiantes. Ella trabajaba en el departamento de marketing de un operador de telefonía móvil, ganaba mucho más que él pero él tenía un empleo seguro como se dice, se habían comprado una casa en Montigny-le-Bretonneux, tenían dos hijos, un niño y una niña, era el único de mis antiguos condiscípulos que había optado por una vida familiar normal, los demás bregaban vagamente entre un poco de Meetic, un poco de *speed dating* y mucha soledad, me lo encontré por casualidad en un tren de cercanías y me invitó a su casa el viernes siguiente por la noche a una barbacoa, era a finales de junio, tenía jardín y podían organizar barbacoas, habría algunos vecinos, «nadie de la facultad», me advirtió.

El error fue organizar eso un viernes por la noche, lo comprendí de entrada al llegar al jardín y darle unos besos a su mujer, había trabajado todo el día y había llegado a casa agotada, además se había obsesionado tanto viendo el programa *Ven a cenar conmigo* en M6 que había previsto cosas demasiado sofisticadas, el suflé de colmenillas ya no tenía remedio pero, en el momento en que fue evidente que incluso el guacamole sería un fracaso, creí que iba a echarse a llorar, su hijo de tres años empezó a chillar y Bruno, que había empezado a empinar el codo desde que llegaron los primeros invitados, no podía serle de ninguna ayuda para dar la vuelta a las salchichas, así que fui en su auxilio y, desde lo más hondo de su desesperación, me dirigió una mirada llena de gratitud, una barbacoa era algo más complejo de lo que había imaginado, las costillas de cordero rápidamente quedaban recubiertas de una película carbonizada, negruzca y probablemente cancerígena, el fuego debía de ser demasiado vivo, pero yo no tenía la menor idea y si tocaba el mecanismo me arriesgaba a hacer explotar la bombona de butano, estábamos solos delante de un montón de carne carbonizada y los demás invitados se bebían las botellas de rosado sin prestarnos la menor atención, así que vi aliviado que se aproximaba una tormenta, cayeron las primeras gotas,

oblicuas y heladas y hubo una inmediata retirada hacia el salón, la velada evolucionaba hacia el bufete frío. Cuando ella se dejó caer en el sofá, dirigiendo una mirada hostil al tabulé, pensé en la vida de Annelise y en la de todas las mujeres occidentales. Por la mañana seguramente se hacía un brushing y luego se vestía con cuidado, conforme a su estatus profesional, y creo que en su caso era más elegante que atractiva, en fin, era una dosificación compleja, debía de dedicarle a ello bastante tiempo antes de llevar a los niños a la guardería, el día transcurría entre correos electrónicos, teléfono y citas diversas y luego volvía a casa hacia las nueve de la noche, agotada (era Bruno quien iba a recoger a los críos por la tarde, quien les preparaba la cena, tenía horario de funcionario), se desplomaba, se ponía una sudadera y unos pantalones de chándal, y así se presentaba ante su amo y señor y él tenía que tener, necesariamente debía de tener, la sensación de que le habían jodido, y ella misma tenía la sensación de que la habían jodido, y que eso no iba a arreglarse con los años, los hijos crecerían y las responsabilidades profesionales aumentarían automáticamente, sin tener ni siquiera en cuenta el decaimiento de las carnes.

Fui uno de los últimos en marcharme, incluso ayudé a Annelise a recoger, no tenía la menor intención de lanzarme a una aventura con ella, cosa que hubiera sido posible, en su situación todo parecía posible. Sólo quería hacerle sentir una especie de solidaridad, una solidaridad vana.

Bruno y Annelise seguramente estarían divorciados, así eran las cosas en la actualidad; un siglo antes, en la época de Huysmans, hubieran permanecido juntos y quizá no habrían sido tan desgraciados, a fin de cuentas. Al llegar a mi casa me serví una buena copa de vino y me sumergí en *En familia*, la recordaba como una de las mejores novelas de Huysmans y de inmediato recuperé el placer de la lectura milagrosamente intacto, después de veinte años también en este caso. Tal vez nunca se había expresado con semejante dulzura la tibia felicidad de las parejas viejas: «André y Jeanne pronto no tuvieron más que beatas ternuras, maternales satisfacciones durmiendo juntos algunas veces, tumbándose simplemente para estar uno al lado del otro, para charlar antes de volverse de espaldas y dormirse.» Era bonito, pero ¿era verosímil? ¿Era un horizonte factible hoy? A todas luces estaba ligado a los placeres de la mesa: «La glotonería se había introducido en ellos como un nuevo interés, aportado por la creciente ausencia de curiosidad de sus

sentidos, como una pasión de sacerdotes que, privados de placeres carnales, relinchan ante manjares delicados y vinos añejos.» Ciertamente, en la época en que la mujer compraba y pelaba ella misma la verdura, preparaba las carnes y cocía a fuego lento los estofados durante horas, podía desarrollarse una relación tierna y alimenticia; la evolución de los condicionamientos alimentarios hizo olvidar esa sensación que, además, Huysmans lo confesaba con franqueza, no era más que una flaca compensación de la pérdida de los placeres carnales. Él mismo, en su propia vida, no había vivido en familia con una de esas mujeres «hogareñas», las únicas que, con las «muchachas», pueden convenir al literato según Baudelaire, observación aún más acertada ya que la muchacha puede perfectamente, con los años, transformarse en mujer hogareña, que es incluso su deseo secreto y su inclinación natural. Al contrario, y después de un periodo «disoluto» ciertamente relativo, se inclinó por la vida monástica y ahí me separé de él. Tomé *En camino*, intenté leer unas páginas y luego me sumergí de nuevo en *En familia*, decididamente la fibra espiritual era casi inexistente en mí y era una lástima porque la vida monástica aún existía, idéntica desde hacía siglos, mientras que ¿dónde se podían encontrar ahora mujeres hogareñas? En la época de Huysmans a buen seguro aún existían, pero el entorno literario en el que se movía no le permitió conocerlas. La facultad no era un entorno mucho más favorable, a decir verdad. Myriam, por ejemplo, ¿hubiera podido, con el paso de los años, transformarse en una mujer hogareña? Me estaba haciendo esa pregunta cuando sonó el móvil y curiosamente era ella, farfullé sorprendido, no me esperaba en absoluto que me llamara, en realidad. Miré de reojo el despertador: ya eran las diez de la noche, había estado tan absorto en la lectura que me había olvidado de cenar. Me di cuenta también de que, en cambio, casi había terminado la segunda botella de vino.

–Podríamos... –titubeó–, he pensado que podríamos vernos mañana por la noche.

–¿Sí...?

–Mañana es tu cumpleaños. ¿Lo habías olvidado?

–Sí. Sí, lo había olvidado completamente, la verdad.

–Y además... –volvió a titubear– tengo que decirte otra cosa, también. Vamos, que estaría bien vernos.

Sábado 21 de mayo

Me desperté a las cuatro de la madrugada, después de la llamada de Myriam había terminado *En familia*, ese libro era decididamente una obra maestra, sólo había dormido algo más de tres horas. La mujer que Huysmans buscó toda su vida ya la había descrito a la edad de veintisiete o veintiocho años en *Marthe*, su primera novela, publicada en Bruselas en 1876. Mujer hogareña la mayor parte del tiempo, tenía que ser capaz de transformarse en muchacha a horas fijas, precisaba. No me parecía muy complicado transformarse en muchacha, debía de ser más fácil que ligar una salsa bearnesa; ello no es óbice para que buscara a esa mujer en vano. Y que yo, de momento, tampoco hubiera tenido éxito. En sí no me impresionaba cumplir cuarenta y cuatro años, no era más que un aniversario muy ordinario; pero fue a la edad de cuarenta y cuatro años, exactamente, cuando Huysmans recuperó la fe. Del 12 al 20 de julio de 1892, efectuó su primera estancia en el monasterio trapense de Igny, en el Marne. El 14 de julio se confesó, después de enormes vacilaciones escrupulosamente relatadas en *En camino*. El 15 de julio, por primera vez desde su infancia, recibió la comunión.

Cuando escribía mi tesis sobre Huysmans pasé una semana en la abadía de Ligugé, donde unos años más tarde recibió el oblato, y otra semana en la abadía de Igny. Ésta fue enteramente destruida durante la Primera Guerra Mundial, pero mi estancia allí, sin embargo, me ayudó mucho. La decoración y el mobiliario, por supuesto modernizados, habían conservado la sencillez y la desnudez que impresionaron a Huysmans; y el horario de las múltiples oraciones y oficios cotidianos, desde el Ángelus de las cuatro de la madrugada hasta el Salve Regina de la noche, era el mismo. Las comidas tenían lugar en silencio y eso era muy apacible, comparado con el restaurante universitario; recordaba también que los monjes elaboraban chocolate y *macarons*, y sus productos, recomendados por el *Petit Futé*, se expedían a toda Francia.

Me resultaba fácil comprender la atracción por la vida monástica a pesar de ser consciente de que mi punto de vista era muy diferente del de Huysmans.

No lograba sentir el asco hacia las pasiones carnales del que él hacía gala, ni siquiera imaginármelo. Mi cuerpo era la sede de diversas afecciones dolorosas –migrañas, enfermedades de la piel, dolor de muelas, hemorroides– que se sucedían sin interrupción, sin dejarme prácticamente nunca en paz, ¡y sólo tenía cuarenta y cuatro años! ¿Cómo sería cuando tuviera cincuenta, sesenta o más...? Entonces no sería más que una yuxtaposición de órganos en lenta descomposición, y mi vida se convertiría en una incesante tortura, monótona y sin alegría, mezquina. Mi polla era en el fondo el único de mis órganos que nunca se había manifestado a mi conciencia a través del dolor sino del placer. Modesta pero robusta, siempre me había servido fielmente, o quizá por el contrario era yo quien estaba a su servicio, la idea podía sostenerse, pero en tal caso su férula era muy dulce: nunca me daba órdenes, a veces me incitaba, humildemente, sin acrimonia y sin cólera, a inmiscuirme más en la vida social. Sabía que esa noche intercedería a favor de Myriam, siempre había tenido buena relación con Myriam, Myriam siempre la había tratado con afecto y respeto, y eso me dio un placer enorme. Y en general, no tenía muchas fuentes de placer; en el fondo ya sólo tenía ésa. Mi interés por la vida intelectual había disminuido mucho; mi existencia social no era mucho más satisfactoria que mi existencia corporal, también se presentaba como una sucesión de pequeños problemas –lavabo embozado, Internet averiado, pérdida de puntos del carnet de conducir, mujer de la limpieza deshonesto, error en la declaración de la renta– que también se sucedían sin interrupción, sin dejarme prácticamente nunca en paz. Imagino que en el monasterio se elude la mayoría de esos problemas; se descarga el fardo de la existencia individual. Se renuncia, igualmente, al placer; pero se trata de una elección soportable. Era una lástima, me dije prosiguiendo mi lectura, que Huysmans hubiera insistido tanto, en *En camino*, sobre su asco hacia sus excesos pasados; quizá, en eso, no había sido enteramente honesto. Lo que le atraía en el monasterio, sospechaba yo, no era ante todo que allí escapara de la búsqueda de los placeres carnales: era más bien que allí uno podía liberarse de la agotadora y monótona sucesión de las pequeñas preocupaciones de la vida cotidiana, de todo lo que tan magistralmente había descrito en *A la deriva*. En el monasterio, por lo menos, le aseguraban a uno un techo y un plato en la mesa, y en el mejor de los casos la vida eterna de propina.

Myriam llamó a la puerta hacia las siete de la tarde.

–Feliz cumpleaños, François... –me dijo de inmediato, en la misma puerta, con un hilillo de voz, luego se precipitó hacia mí y me besó en la boca, fue un beso largo, voluptuoso, nuestros labios y nuestras lenguas se mezclaron. Al dirigirme con ella al salón me di cuenta de que estaba aún más sexy que la última vez. Se había puesto otra minifalda negra, más corta todavía, y llevaba medias, cuando se sentó en el sofá distinguí el ajustador del ligero negro en lo alto de su muslo muy blanco. Su blusa, también negra, era completamente transparente, se veía cómo se le movían los senos y me di cuenta de que mis dedos conservaban la memoria del tacto de las areolas, sonrió titubeando y en ese instante había algo indeciso y fatal.

–¿Me has traído un regalo? –pregunté en un tono que pretendía ser jovial, como una tentativa para aligerar la atmósfera.

–No –respondió con gravedad–, no he encontrado nada que me gustara.

Después de un nuevo lapso de silencio, de golpe, se abrió ampliamente de piernas; no llevaba bragas y su falda era tan corta que se le vio la línea del coño, depilado y cándido.

–Te voy a hacer una mamada... –dijo–, una buena mamada. Ven, siéntate en el sofá.

Obedecí, la dejé desnudarme. Se arrodilló frente a mí y empezó con un beso negro, largo y tierno, y luego me tomó de la mano y me puso en pie. Me apoyé contra la pared. Se arrodilló de nuevo y empezó a lamirme los huevos masturbándome a la vez con rápidos meneos.

–Cuando quieras paso a la polla... –dijo interrumpiéndose un instante.

Esperé aún, hasta que el deseo se volvió irresistible, y dije:

–Ahora.

La miré a los ojos justo antes de que su lengua se posara sobre mi sexo y verla aún me excitaba más; se hallaba en un estado extraño, una mezcla de concentración y de frenesí, su lengua revoloteaba sobre mi glándula, ora rápida, ora insistente y lenta; su mano izquierda agarraba la base de mi polla mientras los dedos de su mano derecha me toqueteaban los huevos, las olas de placer rompían y barrían mi conciencia, apenas me tenía en pie, estaba a punto de desmayarme. Justo antes de estallar con un grito, tuve fuerzas para suplicar:

–Basta... basta...

Apenas reconocí mi voz, deformada, casi inaudible.

–¿No quieres correrte en mi boca?

–Ahora no.

–Bueno... Espero que eso quiera decir que más tarde tendrás ganas de follarme. ¿Vamos a comer?

Esta vez había encargado el sushi con tiempo, llevaba desde media tarde en el frigorífico; y había puesto dos botellas de champán a refrescar.

–Sabes, François... –dijo después de beber un primer sorbo–, no soy una puta, ni una ninfómana. Si te la chupo así es porque te quiero. Porque te quiero de verdad. ¿Lo sabes?

Sí, lo sabía. Sabía que también había otra cosa que ella no lograba decirme. La observé largamente buscar en vano cómo abordar el tema. Se acabó la copa de champán, suspiró, se sirvió una segunda copa y soltó:

–Mis padres han decidido marcharse de Francia.

Me quedé mudo. Apuré su copa, se sirvió una tercera y prosiguió:

–Emigran a Israel. Tomaremos un avión a Tel Aviv el próximo miércoles. Ni siquiera esperan a la segunda vuelta de las presidenciales. Lo más disparatado es que lo han organizado todo a nuestras espaldas, sin decirnos nada: han abierto una cuenta bancaria en Israel, se las han apañado para alquilar un apartamento allí a distancia, a mi padre le han liquidado la pensión de jubilación, han puesto la casa en venta y todo ello sin decirnos palabra. Puedo llegar a entenderlo con mi hermana y mi hermano pequeños, quizá son demasiado jóvenes, pero yo tengo veintidós años ¡y me ponen ante los hechos consumados...! No me obligan a marcharme, si insisto están dispuestos a pagarme el alquiler de una habitación en París; pero es cierto que pronto empezarán las vacaciones y siento que no puedo dejarlos, por lo menos ahora no, se quedarían demasiado preocupados. No me había dado cuenta pero desde hace unos días ha cambiado la gente que frecuentan, ya sólo ven a otros judíos. Han pasado veladas juntos, se han comido el coco mutuamente, no son los únicos que se marchan, hay por lo menos cuatro o cinco amigos suyos que también lo han liquidado todo para instalarse en Israel. Hablé de ello una noche entera con ellos, sin lograr hacer mella en su determinación, están convencidos de que a los judíos les va a pasar algo grave en Francia, es extraño, es una vena que les ha entrado tarde, con cincuenta años cumplidos, les he dicho que es una gilipollez, ¡que hace mucho tiempo que el Frente Nacional ya no tiene nada de antisemita...!

–No hace tanto tiempo. Eres demasiado joven para haberle conocido, pero el padre, Jean-Marie Le Pen, aún mantenía el vínculo con la vieja tradición de

la extrema derecha francesa. Era un burro, completamente inculto, seguro que no había leído a Drumont ni a Maurras, pero creo que había oído hablar de ellos, que formaban parte de su horizonte mental. Para la hija, evidentemente, ya no significan nada. Sin embargo, aunque gane el musulmán, no creo que tengas nada que temer. Está aliado con el Partido Socialista, no puede hacer lo que le venga en gana.

–En eso... –sacudió la cabeza, dubitativa–, en eso soy menos optimista que tú. Cuando un partido musulmán llega al poder, nunca es bueno para los judíos. No veo ningún ejemplo que confirme lo contrario...

Permanecí callado: en el fondo no sabía mucho de historia, en el instituto fui un alumno poco atento y desde entonces nunca he logrado leer un libro de historia, nunca lo he acabado.

Volvió a servirse. Era lo que había que hacer, a buen seguro, emborracharse un poco, a la vista de las circunstancias; además, el champán era bueno.

–Mi hermano y mi hermana pueden continuar sus estudios en el instituto: yo también podré ir a la universidad de Tel Aviv, me convalidarán una parte. ¿Pero qué voy a hacer en Israel? No hablo ni una palabra de hebreo. Mi país es Francia.

Su voz se alteró ligeramente, sentí que estaba al borde de las lágrimas.

–¡Me gusta Francia...! –dijo con una voz cada vez más tomada–, me gusta, no sé..., ¡me gusta el queso!

–¡Tengo queso!

Me levanté de un salto haciendo el payaso para tratar de distender la atmósfera y busqué en el frigorífico: en efecto, había comprado Saint-Marcellin, comté y bleu des Causses. Abrí también una botella de vino blanco; no le prestó atención.

–Y además... y además no quiero que se acabe lo nuestro –dijo, y se echó a llorar. Me puse en pie y la tomé en mis brazos; no veía nada sensato que responderle. La llevé hasta el dormitorio y la abracé de nuevo. Seguía llorando suavemente.

Me desperté hacia las cuatro de la madrugada: era una noche de luna llena y la luz entraba en la habitación. Myriam estaba tumbada boca abajo, vestida únicamente con una camiseta. El tráfico en el bulevar era prácticamente inexistente. Al cabo de dos o tres minutos una furgoneta Renault Trafic llegó

a poca velocidad y se detuvo a la altura del rascacielos. Salieron dos chinos a fumar un cigarrillo y pareció que examinaban los alrededores; luego, sin razón aparente, volvieron a subirse al vehículo, que se alejó en dirección a la porte d'Italie. Regresé a la cama y le acaricié el culo; se acurrucó contra mí sin despertarse.

La volví, le abrí los muslos y empecé a acariciarla; enseguida estuvo mojada y la penetré. Siempre le había gustado esa posición simple. Le levantaba los muslos para metérsela muy hondo y empezaba a ir y venir. Se dice a menudo que el placer femenino es complejo, misterioso; pero, por mi parte, el mecanismo de mi propio placer me era aún más desconocido. Sentí de inmediato que esta vez iba a ser capaz de controlarme tanto tiempo como fuera necesario, que iba a poder detener a voluntad la llegada del placer. Mis riñones se movían ágilmente y al cabo de unos minutos comenzó a gemir, luego a chillar y yo continuaba penetrándola, seguí incluso cuando empezó a contraer su coño alrededor de mi polla, respiraba lentamente, sin esfuerzo, tenía la impresión de ser eterno, luego profirió un largo gemido, me dejé caer sobre ella y la rodeé con mis brazos, ella repetía, llorando:

–Amor mío... Amor mío...

Domingo 22 de mayo

Me desperté de nuevo hacia las ocho, preparé una cafetera y volví a acostarme; Myriam respiraba con regularidad, su aliento acompañaba con un tempo más lánguido el ruido discreto de la percolación. Unos pequeños cúmulos mofletudos flotaban en el cielo; desde siempre eran para mí las nubes de la felicidad, esas cuyo blanco brillante está ahí sólo para realzar el azul del cielo, las que los niños representan cuando dibujan la cabaña ideal, con una chimenea humeante, un prado y flores. No sé muy bien por qué me dio por poner iTélé, justo después de servirme una primera taza de café. El volumen estaba demasiado alto y me llevó tiempo dar con el mando a distancia y pulsar la tecla *mute*. Demasiado tarde, se había despertado; aún en camiseta, vino a ovillarse en el sofá del salón. Nuestro breve momento de paz había terminado; volví a poner el volumen. Las noticias sobre las negociaciones secretas entre el Partido Socialista y la Hermandad Musulmana habían aparecido en Internet esa noche. Ya fuera en iTélé, BFM o LCI, no se hablaba más que de eso, era una edición especial permanente. De momento no había ninguna reacción de Manuel Valls; pero Mohammed Ben Abbes iba a dar una rueda de prensa a las once.

Rechoncho y jovial, frecuentemente malicioso en sus respuestas a los periodistas, el candidato musulmán hacía olvidar perfectamente que fue uno de los politécnicos más jóvenes de Francia antes de entrar en la Escuela Nacional de Administración, en la promoción «Nelson Mandela», la misma de Laurent Wauquiez. Recordaba más bien a un auténtico tendero tunecino de barrio, como lo fue su padre, aunque su tienda de ultramarinos estaba situada en Neuilly-sur-Seine y no en el distrito XVIII, y menos aún en Bezons o en Argenteuil.

Él más que nadie, recordó esta vez, se había beneficiado de la meritocracia republicana; él menos que nadie deseaba causar un perjuicio a un sistema al que le debía todo, incluso el honor supremo de presentarse al sufragio del pueblo francés. Evocó el pisito encima de la tienda de ultramarinos, donde

hacía sus deberes: resucitó brevemente la figura de su padre, con la emoción justa y necesaria; me pareció excelente.

Pero había que reconocer, prosiguió, que los tiempos habían cambiado. Cada vez más a menudo, las familias –ya fueran judías, cristianas o musulmanas– deseaban para sus hijos una educación que no se limitara a la transmisión de conocimientos sino que integrara una formación espiritual correspondiente a su tradición. Ese retorno de lo religioso era una tendencia profunda, que se extendía por nuestras sociedades, y la Educación no podía obviarlo. Se trataba, en resumidas cuentas, de ampliar el marco de la escuela republicana, de hacerla capaz de coexistir armoniosamente con las grandes tradiciones espirituales –musulmanas, cristianas o judías– de nuestro país.

Suave y arrullador, su discurso se prolongó durante unos diez minutos antes de pasar a las preguntas de la prensa. Desde hacía tiempo había observado que los periodistas más agresivos, los más belicosos, estaban como hipnotizados, aplacados en presencia de Mohammed Ben Abbas. A mi parecer, sin embargo, se le podrían haber planteado algunas preguntas embarazosas: la supresión de la enseñanza mixta, por ejemplo; o el hecho de que los docentes tuvieran que abrazar la fe musulmana. Pero, al fin y al cabo, ¿no era ya ése el caso entre los católicos? ¿Había que estar bautizado para dar clases en una escuela cristiana? Reflexionando acerca de ello me di cuenta de que no sabía nada acerca de la cuestión, y en el momento en que acabó la rueda de prensa comprendí que había llegado allí adonde el candidato musulmán quería llevarme: una especie de duda generalizada, la sensación de que allí no había nada de que alarmarse, ni nada verdaderamente nuevo.

Marine Le Pen contraatacó a las doce y media. Exuberante y recién salida de la peluquería, filmada en un ligero contrapicado frente al ayuntamiento, casi estaba guapa, hecho que contrastaba claramente con sus apariciones anteriores: desde el momento crucial de 2017, la candidata nacional se había persuadido de que, para acceder a la magistratura suprema, una mujer necesariamente tenía que parecerse a Angela Merkel y se afanaba en igualar la respetabilidad poco atractiva de la canciller alemana, hasta el extremo de copiar el corte de sus trajes. Pero, en esa mañana de mayo, parecía haber recuperado un brillo y un ardor revolucionario que recordaban los orígenes del movimiento. Desde hacía cierto tiempo corría el rumor de que algunos de sus discursos estaban escritos por Renaud Camus, bajo la supervisión de

Florian Philippot. No sé si se trataba de un rumor fundado pero, en cualquier caso, había hecho unos avances considerables. De entrada, me sorprendió el carácter republicano, e incluso francamente anticlerical, de su intervención. Dejando atrás la referencia banal a Jules Ferry, se remontó hasta Condorcet, de quien citó el memorable discurso de 1792 ante la Asamblea legislativa, donde evoca a los egipcios y los indios «entre los que tanto progresó la mente humana y que cayeron de nuevo en el embrutecimiento de la más vergonzosa ignorancia cuando el poder religioso se apoderó del derecho a instruir a los hombres».

–Creía que era católica –me comentó Myriam.

–No lo sé, pero su electorado no lo es, el Frente Nacional nunca ha logrado implantarse entre los católicos, son demasiado solidarios y tercermundistas. Así que se adapta.

Consultó su reloj, hizo un gesto de impotencia.

–Tengo que irme, François. Les he prometido a mis padres que almorzaría con ellos.

–¿Saben que estás aquí?

–Sí, no se van a preocupar; pero me esperarán para comer.

Fui una vez a casa de sus padres, muy al principio de nuestra relación. Vivían en una casa en Cité des Fleurs, detrás del metro de Brochant. Había un garaje, un taller, daba la impresión de estar en una pequeña ciudad de provincias, en cualquier lugar menos en París. Recuerdo que cenamos en el jardín, era la época de los junquillos. Fueron amables conmigo, acogedores y calurosos, sin tampoco concederme una importancia extrema, cosa que era aún mejor. En el momento en que su padre descorchó una botella de Châteauneuf-du-Pape tomé conciencia de golpe de que Myriam, con más de veinte años, aún cenaba todas las noches con sus padres, que ayudaba a su hermano pequeño a hacer los deberes, que iba a comprar ropa con su hermana menor. Eran una tribu, una tribu familiar unida; y comparado con todo cuanto había conocido era tan inusitado que me costó mucho contenerme y no echarme a llorar.

Quitó el volumen; los movimientos de Marine Le Pen se volvían más enérgicos, asestaba puñetazos en el aire frente a ella, en un momento abrió violentamente los brazos. Evidentemente Myriam iba a marcharse con sus padres a Israel, no podía hacer otra cosa.

–Espero realmente regresar pronto, sabes... –dijo como si hubiera leído mis

pensamientos—. Sólo estaré allí unos meses, hasta que las cosas se aclaren en Francia. —Su optimismo me parecía un poco exagerado, pero me callé.

Se puso la falda.

—Evidentemente, con lo que está pasando, van a ganar, oiré hablar de ello toda la comida. «Ya te lo habíamos dicho, hija...» Son buenos, creen que es por mi bien, ya lo sé.

—Sí, son buenos. Son muy buenos.

—Y tú, ¿qué vas a hacer? ¿Qué crees que va a pasar en la facultad?

La acompañé hasta la puerta; de hecho, me daba cuenta de que no tenía la menor idea; y también me daba cuenta de que me daba igual. La besé dulcemente en los labios y respondí:

—Para mí no hay ningún Israel.

Era un pensamiento muy pobre; pero un pensamiento exacto. Luego desapareció en el ascensor.

Hubo a continuación un intervalo de varias horas. El sol se ponía entre los rascacielos cuando recuperé de nuevo plena conciencia de mí mismo, de las circunstancias, de todo. Mi mente había errado por zonas inciertas y sombrías, me sentía mortalmente triste. Las frases de Huysmans en *En familia* me volvían a la memoria sin cesar, lacerantes, y fui dolorosamente consciente entonces de que ni siquiera le había propuesto a Myriam que viniera a vivir a mi casa, instalarnos juntos, pero acto seguido me di cuenta de que no era ése el problema, que sus padres estaban de todas maneras dispuestos a alquilarle una habitación y que mi apartamento sólo tenía un dormitorio; era un piso grande pero que sólo tenía el salón y un dormitorio, y vivir juntos hubiera conducido con toda seguridad, en un plazo breve, a la desaparición de cualquier deseo sexual y aún éramos demasiado jóvenes para que nuestra pareja sobreviviera así.

En épocas pretéritas, la gente constituía familias, es decir que después de reproducirse aún bregaban unos años más hasta que los hijos alcanzaban la edad adulta, y luego se reunían con su Creador. Pero ahora era más bien hacia los cincuenta o los sesenta años cuando parecía razonable que una pareja decidiera vivir en familia, en el momento en que los cuerpos envejecidos, doloridos, ya sólo sienten la necesidad de un contacto familiar, tranquilizador y casto; en el momento también en el que la cocina regional, tal como se celebra en televisión por ejemplo en las *Escapades de Petitrenaud*, se impone definitivamente sobre los otros placeres. Le di vueltas durante un tiempo a la idea de un artículo destinado al *Journal des dix-neuvièmistes*, en el que establecería que después de un largo y fastidioso periodo modernista, las conclusiones desengañadas de Huysmans estaban de nuevo de actualidad, y más que nunca, como lo demostraba la multiplicación en todas las cadenas de programas de éxito dedicados a la cocina, y particularmente a la cocina regional; luego me di cuenta de que ya no tenía la energía ni las ganas necesarias para escribir un artículo, aunque fuera en una publicación tan confidencial como el *Journal des dix-neuvièmistes*. Me di cuenta al mismo tiempo, con una especie de estupor incrédulo, de que la televisión seguía encendida, sintonizada aún en iTélé. Puse el sonido: Marine Le Pen hacía rato

que había terminado su discurso, pero era el centro de todos los comentarios. Supe también que la líder nacional había convocado para el miércoles una gran manifestación que recorrería los Campos Elíseos. No tenía ninguna intención de solicitar autorización a la Prefectura de Policía, y en caso de prohibición advertía por anticipado a las autoridades de que la manifestación tendría lugar «pasara lo que pasara». Concluyó su discurso citando un artículo de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, la de 1793: «Cuando el gobierno viola los derechos del pueblo, la insurrección es, para el pueblo y para cada porción del pueblo, el derecho más sagrado y el deber más indispensable.» La palabra *insurrección* provocó naturalmente numerosos comentarios e incluso tuvo el inesperado resultado de sacar a François Hollande de su prolongado silencio. Al final de sus dos calamitosos quinquenios, y dado que su reelección se debía únicamente a la lamentable estrategia consistente en favorecer el ascenso del Frente Nacional, el presidente saliente prácticamente había renunciado a expresarse y la mayoría de los medios de comunicación parecían incluso haber olvidado su existencia. Cuando, en las escaleras de entrada al Elíseo, delante de una decena escasa de periodistas, se presentó como el «último baluarte del orden republicano», hubo algunas risas, breves pero muy perceptibles. Unos diez minutos más tarde, el primer ministro hizo a su vez una declaración. Muy colorado, con las venas de la frente hinchadas, parecía al borde de una apoplejía, y previno a todos los que se situaban al margen de la legalidad democrática que serían tratados, en efecto, como si se hallaran fuera de la ley. Finalmente, el único que mantuvo la sangre fría fue Mohammed Ben Abbes, que defendió el derecho de manifestación y propuso a Marine Le Pen un debate sobre la laicidad, maniobra muy astuta en opinión de la mayoría de los comentaristas, ya que estaba casi descartado que ella aceptara y eso le daba sin coste alguno la imagen de hombre moderado y dialogante.

Acabé cansándome y zapeando vagamente entre programas de telerrealidad sobre la obesidad, y luego apagué definitivamente la tele. Continuaba desconcertándome, y repugnándome un poco, que la historia política pudiera desempeñar un papel en mi propia vida. Me daba cuenta, sin embargo, y desde hacía años, de que el creciente distanciamiento, ya abismal, entre la población y quienes hablaban en su nombre, políticos y periodistas, conduciría necesariamente a algo caótico, violento e imprevisible. Francia, al igual que los demás países de Europa occidental, se encaminaba desde hacía

mucho tiempo a una guerra civil, era una evidencia; pero hasta esos últimos días aún estaba convencido de que los franceses en su inmensa mayoría estaban resignados y apáticos, sin duda porque yo mismo estaba pasablemente resignado y apático. Me había equivocado.

Myriam no me llamó hasta el martes por la noche, un poco después de las once; su voz era firme, parecía haber recobrado su confianza en el futuro: según ella, las cosas se iban a arreglar rápidamente en Francia: por mi parte, lo dudaba. Había logrado incluso convencerse de que Nicolas Sarkozy iba a volver a la política y sería acogido como un salvador. No tuve agallas para desengañarla, pero eso me parecía muy improbable; me daba la impresión de que Sarkozy había renunciado sinceramente, que desde 2017 había hecho borrón y cuenta nueva definitivamente con ese periodo de su vida.

Tomaría el avión a la mañana siguiente muy temprano, así que no podríamos volver a vernos antes de su marcha; había tenido muchas cosas que hacer, empezando por la maleta, no es fácil lograr que una vida quepa en treinta kilos de equipaje. Me lo esperaba; sin embargo, se me hizo un nudo en el estómago al colgar. Sabía que ahora iba a estar muy solo.

Miércoles 25 de mayo

A la mañana siguiente, sin embargo, al tomar el metro para ir a la facultad me sentía de un humor casi chispeante: los acontecimientos políticos de los últimos días, e incluso la marcha de Myriam, se me antojaban una pesadilla, un error que pronto sería corregido. Mi sorpresa fue mayúscula cuando, al llegar a la rue de Santeuil, constaté que las verjas que daban acceso a los edificios de las aulas, y que los vigilantes abrían habitualmente a las ocho menos cuarto, estaban herméticamente cerradas. Varios estudiantes, entre los que reconocí a algunos alumnos míos de segundo, aguardaban frente a la entrada.

Hasta las ocho y media no apareció un vigilante, procedente de la secretaría principal, y se colocó detrás de las rejas para informarnos de que la facultad estaría cerrada todo el día, y así seguiría hasta nueva orden. No podía decirnos nada más; teníamos que irnos a casa y ya nos «informarían individualmente». Era un negro bonachón, un senegalés si mal no recuerdo, al que conocía desde hacía años y que me caía bien. Me retuvo del brazo, justo antes de que me alejara, para decirme que, según los rumores que corrían entre el personal, la situación era grave, realmente grave, y que le sorprendería mucho que la facultad volviera a abrir durante las próximas semanas.

Marie-Françoise quizá sabría alguna cosa; a lo largo de la mañana intenté varias veces hablar con ella, en vano. Desesperado, hacia la una y media, puse iTélé. Muchos participantes en la manifestación organizada por el Frente Nacional ya habían llegado: la place de la Concorde y el Jardín de las Tullerías eran un hormiguero. Según los organizadores, había dos millones de personas, y trescientas mil según la policía. De cualquier manera, nunca había visto una multitud semejante.

Un cumulonimbo gigante, en forma de yunque, dominaba el norte de París, del Sacré-Cœur a la Opéra, sus flancos de un gris oscuro estaban teñidos de color de humo. Dirigí la mirada a la pantalla de la televisión, donde seguía

aglutinándose una inmensa multitud; luego, de nuevo al cielo. La nube de tormenta parecía desplazarse lentamente hacia el sur; si estallaba sobre las Tullerías, perturbaría seriamente el desarrollo de la manifestación.

A las dos de la tarde en punto, el cortejo liderado por Marine Le Pen tomó los Campos Elíseos en dirección al Arco de Triunfo, donde tenía previsto pronunciar un discurso a las tres. Apagué el sonido, pero seguí contemplando la imagen un momento. Una inmensa pancarta iba de lado a lado de la avenida, con la inscripción: «Somos el pueblo de Francia». En numerosos pequeños carteles diseminados entre el gentío rezaba, más sencillo: «Ésta es nuestra casa», que se había convertido en el eslogan, a la vez explícito y desprovisto de una agresividad exagerada, utilizado por los militantes nacionales durante sus concentraciones. Seguía amenazando tormenta; la enorme nube estaba ahora suspendida, inmóvil, sobre el cortejo. Al cabo de unos minutos, me cansé y volví a sumergirme en *En rada*.

Marie-Françoise me llamó un poco después de las seis de la tarde; no sabía mucho, el Consejo Nacional de Universidades se había reunido la víspera pero no se había filtrado ninguna información. Estaba segura en todo caso de que la facultad no volvería a abrir hasta después de las elecciones, y probablemente no antes del inicio del nuevo curso, los exámenes podían aplazarse al mes de septiembre. De forma más general, la situación le parecía seria; su marido estaba visiblemente inquieto, desde primeros de semana pasaba catorce horas diarias en su despacho de la DGSI, y había dormido allí la noche anterior. Antes de colgar me prometió llamarme si averiguaba algo.

Ya no tenía nada que comer, ni me apetecía demasiado ir al Géant Casino, a esa hora de la tarde era mal momento para hacer las compras en aquel barrio populoso, pero tenía hambre y sobre todo me apetecía comprar comida, estofado de ternera, merluza al perifollo, musaka bereber; la comida para microondas, de uniforme insipidez pero de embalaje coloreado y alegre, representaba al fin y al cabo un verdadero progreso con respecto a las desoladoras tribulaciones de los personajes de Huysmans; no había mala voluntad visible y la impresión de participar en una experiencia colectiva decepcionante pero igualitaria abría las puertas a una resignación parcial.

Curiosamente, el supermercado estaba casi vacío, y llené el carro rápidamente, en un raptó de entusiasmo mezclado con miedo: la expresión «toque de queda» me vino a la mente sin motivo preciso. Algunas de las

cajeras alineadas detrás de sus cajas vacías escuchaban la radio: la manifestación proseguía y hasta el momento no había que lamentar ningún incidente. Eso llegaría más tarde, después de que la gente se dispersara, me dije.

Al salir del supermercado empezó a llover violentamente. De vuelta en casa, me calenté una lengua de buey con salsa al Madeira, correosa pero correcta, y puse la televisión: los enfrentamientos habían comenzado, se distinguían grupos de hombres enmascarados, muy móviles, armados con fusiles de asalto y pistolas ametralladoras; algunos escaparates estaban rotos, aquí y allá ardían algunos coches, pero las imágenes, tomadas bajo el chaparrón, eran de muy mala calidad y costaba hacerse una idea de las fuerzas presentes.

III

Domingo 29 de mayo

Desperté hacia las cuatro de la madrugada, lúcido, con la mente alerta; me tomé el tiempo necesario para hacerme cuidadosamente la maleta, y reuní los artículos del botiquín de viaje y mudas de ropa para un mes; incluso encontré unas botas de marcha, un calzado norteamericano muy *high tech* que me compré un año antes imaginándome que iba a dedicarme al senderismo y que nunca había utilizado. Me llevé también el ordenador portátil, una provisión de barritas de proteínas, un hervidor eléctrico y café soluble. A las cinco y media, estaba a punto de marcha. El coche arrancó sin dificultad, las salidas de París estaban vacías; a las seis, ya estaba cerca de Rambouillet. No tenía ningún proyecto, ningún destino preciso; sólo la sensación, muy vaga, de que me convenía dirigirme al sudoeste; que, en caso de estallar una guerra civil en Francia, tardaría más tiempo en llegar al sudoeste. La verdad era que no conocía casi nada del sudoeste, sólo que es una región donde se come confit de pato; y el confit de pato me parecía poco compatible con la guerra civil. En fin, también podía equivocarme.

Conocía poco Francia. Después de mi infancia y adolescencia transcurridas en Maisons-Laffitte, un suburbio burgués por excelencia, me instalé en París y ya no me había movido de allí; la verdad era que nunca había visitado ese país del que era, de manera algo teórica, ciudadano. Tuve veleidades de hacerlo, y así lo atestiguaba la compra de aquel Volkswagen Touareg, contemporánea a la de las botas de senderismo. Era un vehículo potente, con un motor V8 diésel de 4,2 litros e inyección directa *common rail* que le permitía superar los 240 km/h; pensado para largos recorridos por autopista, contaba también con una excelente potencia de adelantamiento. En esa época debí de imaginar fines de semana y escapadas por pistas forestales, pero finalmente no hubo nada de eso y me contenté siendo un cliente asiduo del mercadillo del libro viejo que se celebraba los domingos en el parque Georges-Brassens. A veces, también, afortunadamente, había dedicado los domingos a follar, principalmente con Myriam. Mi vida hubiera sido muy aburrida y monótona de no haber follado, por lo menos de vez en cuando, con

Myriam. Me detuve en el área de Mille Étangs, inmediatamente después de la salida de Châteauroux; me compré una cookie con doble chocolate y un café largo en La Croissanterie, y luego me instalé de nuevo al volante del coche para tomarme ese desayuno pensando en mi pasado, o en nada. El aparcamiento dominaba la campiña circundante, desierta excepto por algunas vacas, probablemente de raza charolesa. Ya hacía rato que había amanecido, pero sobre los prados de más abajo aún flotaban bancos de niebla. Era un paisaje de suaves montes, bastante bonito, pero no se distinguía ningún estanque, ni tampoco ningún río. Me pareció imprudente pensar en el futuro.

Encendí la radio del coche: la jornada electoral ya había comenzado y se desarrollaba normalmente, François Hollande ya había votado en su «feudo de Corrèze». La participación, aunque era demasiado temprano para hacer estimaciones, era alta, más alta que en las dos anteriores consultas presidenciales. Algunos analistas políticos consideraban que una elevada participación favorecería a los «partidos de gobierno» en detrimento de los partidos extremistas; pero otros, igualmente reputados, opinaban exactamente lo contrario. En resumidas cuentas, por el momento no se podía extraer ninguna conclusión de la participación y era demasiado pronto para escuchar la radio; la apagué antes de salir del aparcamiento.

Poco después de ponerme en marcha advertí que tenía poca gasolina, más o menos un cuarto del depósito; debería haber repostado en la gasolinera. Me di cuenta, también, de que la autopista estaba inusualmente desierta. Los domingos por la mañana no suele haber mucha gente en la autopista, es el momento en que la sociedad respira, se descongiona, cuando sus miembros se conceden la breve ilusión de una existencia individual, pero, de todas formas, hacía quizá cien kilómetros que no había adelantado ni me había cruzado con ningún otro coche; sólo evité un camión búlgaro que zigzagueaba, ebrio de cansancio, entre el carril derecho y el arcén. Todo estaba en calma, pasaba junto a las mangas de viento bicolors agitadas por una leve ventisca; el sol brillaba sobre los prados y los bosques como un buen empleado fiel. Puse de nuevo la radio, pero esta vez en vano: todas las emisoras programadas en mi aparato, de France Info a Europe 1 pasando por Radio Monte Carlo y RTL, sólo emitían un confuso zumbido de parásitos. Algo estaba ocurriendo en Francia, estaba seguro; sin embargo, podía continuar circulando a 200 km/h por la red de autopistas hexagonal, y tal vez

ésa fuera la mejor solución, pues dado que nada parecía funcionar en el país quizá también los radares estuvieran averiados, y siguiendo a esa velocidad hacia las cuatro estaría en la frontera de La Junquera, una vez en España la situación sería diferente y la guerra civil quedaría más lejos, había que intentarlo. Salvo que ya no me quedaba gasolina: sí, ése era el problema que tenía que resolver, con urgencia, tendría que ocuparme de ello en la siguiente área de servicio.

Sería la de Pech-Montat. Según los paneles de información, no tenía ningún atractivo: ni restaurante ni productos regionales, una gasolinera jansenista dedicada al carburante puro; pero no podría llegar al Jardin des Causses du Lot, situado cincuenta kilómetros más adelante. Me serené pensando en que podría hacer una parada de avituallamiento en Pech-Montat, y luego una por placer en Causses du Lot, donde compraría foie gras, queso *cabécou* y un Cahors, que degustaría esa misma noche en mi habitación de hotel en la Costa Brava; era un proyecto completo, que tenía sentido, un proyecto factible.

El aparcamiento estaba desierto y me di cuenta enseguida de que ocurría algo extraño: aminoré la velocidad al máximo y circulé prudentemente hasta la gasolinera. El escaparate estaba hecho añicos y había miríadas de cristales sobre el asfalto. Salí del coche y me aproximé: en el interior de la tienda, el escaparate de las bebidas frescas también estaba roto y los expositores de la prensa estaban por el suelo. Descubrí a la cajera tendida en el suelo sobre un charco de sangre, con los brazos alrededor de su pecho en un irrisorio gesto de protección. El silencio era total. Me dirigí hacia los surtidores de gasolina, pero estaban bloqueados. Tenía que haber una manera de ponerlos en marcha desde las cajas. Volví a la tienda, pasé por encima del cadáver a regañadientes, pero no descubrí ningún mecanismo que pareciera controlar la distribución de carburante. Después de un breve titubeo, tomé de las estanterías un bocadillo de atún y *crudités*, una cerveza sin alcohol y la guía Michelin.

El Relais du Haut-Quercy, el más próximo entre los hoteles que recomendaba en la región, estaba situado en Martel; bastaba seguir por la D 840 unos diez kilómetros. Al arrancar en dirección a la salida me pareció ver dos cuerpos tendidos cerca del aparcamiento de camiones. Bajé y me acerqué: en efecto, dos jóvenes magrebíes vestidos con el típico uniforme de

los suburbios habían sido asesinados a tiros; habían perdido poca sangre pero estaban indiscutiblemente muertos; uno de ellos aún empuñaba una pistola ametralladora. ¿Qué debía de haber ocurrido allí? Por si acaso, traté de sintonizar una emisora de radio, pero de nuevo no obtuve más que un crepitar indistinto de parásitos.

Llegué a Martel sin más problemas un cuarto de hora más tarde, la carretera departamental atravesaba un paisaje sonriente, boscoso. Aún no me había cruzado con ningún otro coche y empezaba realmente a hacerme preguntas, pero me dije que sin duda la gente se enclaustraba en su casa exactamente por la misma razón que me había empujado a abandonar París: la intuición de una catástrofe inminente.

El Relais du Haut-Quercy era un gran edificio blanco de piedra calcárea, de dos plantas, situado a las afueras del pueblo. La verja se abrió con un leve chirrido, atravesé un terraplén cubierto de gravilla y subí unos peldaños hasta la recepción. No había nadie. Detrás del mostrador, las llaves de las habitaciones colgaban en un marco; no faltaba ninguna. Llamé varias veces, cada vez más fuerte, sin obtener respuesta. Salí: la parte trasera del edificio estaba ocupada por una terraza rodeada de macizos de rosas, con unas mesitas redondas y unas sillas metálicas trabajadas, que debía de utilizarse para los desayunos. Seguí un paseo bordeado de castaños a lo largo de unos cincuenta metros y llegué a una explanada de césped que dominaba los campos circundantes, donde tumbonas y parasoles aguardaban a los hipotéticos clientes. Durante unos minutos contemplé el paisaje, de suaves valles y apacible, y regresé al hotel. Al llegar a la terraza salió una mujer, una rubia de unos cuarenta años, vestida con una bata larga de lana gris, con el cabello recogido con una cinta; se sobresaltó al verme. «El restaurante está cerrado», espetó a la defensiva. Le dije que sólo quería una habitación. «Tampoco servimos desayunos», precisó antes de convenir, visiblemente a regañadientes, que tenía una habitación.

Me acompañó al primer piso, abrió una puerta y me tendió un papel minúsculo: «La verja se cierra a las diez de la noche, si vuelve más tarde necesitará el código», dijo, y se alejó sin añadir una palabra más.

Una vez abiertos los postigos, la habitación no era desagradable, aparte del papel pintado, cuyos motivos, de un magenta apagado, representaban escenas de caza. Intenté en vano ver la televisión: no había señal en ninguna cadena,

sólo un indefinido hormiguelo de píxeles. Internet tampoco funcionaba: había varias redes cuyo nombre comenzaba por Bbox o SFR –probablemente de los habitantes del pueblo–, pero ninguna evocaba el Relais du Haut-Quercy. Un folleto para los clientes que descubrí en un cajón ofrecía detalles acerca de las atracciones turísticas del pueblo, y había también indicaciones sobre la gastronomía local; pero nada acerca de Internet. Mantenerse conectados no era manifiestamente una de las preocupaciones primordiales de los clientes del establecimiento.

Después de guardar mis cosas, una vez colgada la ropa que me había llevado con sus perchas, tras enchufar el hervidor y el cepillo de dientes eléctrico, y encender el teléfono móvil para constatar que no tenía ningún mensaje, empecé a preguntarme qué hacía allí. Esa pregunta tan genérica puede plantársela cualquier hombre, en cualquier sitio, en cualquier momento de su vida; pero es obligado reconocer que el viajero solitario está particularmente expuesto a la misma. De haber estado Myriam a mi lado tampoco hubiera tenido más razones para estar en Martel; pero la pregunta ni siquiera se habría planteado. Una pareja es un mundo, un mundo autónomo y cerrado que se desplaza dentro de un mundo más vasto, sin verse realmente afectado; solitario, en cambio, estaba surcado por fallas y requerí cierto coraje para, guardándome la hoja con las informaciones en un bolsillo de la chaqueta, salir a visitar el pueblo.

El centro de la place des Consuls estaba ocupado por el mercado del grano, manifiestamente antiguo, no sabía mucho de arquitectura pero las casas que rodeaban la plaza, construidas con una bella piedra rubia, tenían a todas luces varios siglos, ya había visto casas de ese estilo en televisión, en general en programas presentados por Stéphane Bern, y eran tan bonitas como en televisión, mejor incluso, una de las casas era muy grande, casi un palacio, con arcadas ojivales y torreones, y al aproximarme constaté que se trataba del palacio de la Raymondie, construido entre 1280 y 1350, y que perteneció originariamente a los vizcondes de Turenne.

El resto del pueblo era por el estilo y me metí por callejuelas pintorescas y desiertas hasta llegar a la iglesia de Saint-Maur, maciza, casi desprovista de ventanas; se trataba de una iglesia fortificada, construida para resistir los ataques de los infieles, como muchas otras de la región, tal como explicaba el folleto.

La D 840 que cruzaba el pueblo continuaba en dirección a Rocamadour.

Había oído hablar de Rocamadour, era un destino turístico conocido, con muchas estrellas en la guía Michelin, me preguntaba incluso si no habría *visto* ya Rocamadour en un programa de Stéphane Bern, pero estaba como mínimo a veinte kilómetros, así que opté por una departamental más pequeña y sinuosa, que conducía a Saint-Denis-les-Martel. Cien metros más lejos di con una minúscula garita de madera pintada, donde se vendían billetes para un tren turístico de vapor que recorría el valle del Dordoña. Parecía interesante; de todas formas habría sido mejor estar en pareja, me repetía con siniestro deleite; sin embargo, no había nadie en la garita. Myriam había llegado a Tel Aviv hacía varios días, sin duda había tenido tiempo de informarse acerca de la matrícula en la facultad, quizá ya había recogido la documentación, o bien se había contentado yendo a la playa, siempre le había gustado la playa, nunca habíamos ido juntos de vacaciones, me dije, nunca había estado dotado para elegir un destino, para reservar, fingía que me gustaba París en agosto, pero la verdad era que simplemente era incapaz de salir de allí.

Un camino de tierra bordeaba la vía del tren a la derecha. Después de un kilómetro de ascensión en suave pendiente a través de un bosque frondoso fui a dar a un mirador, con una mesa de orientación; un pictograma que representaba una cámara fotográfica con fuelle confirmaba la vocación turística del lugar.

El Dordoña corría al pie, encajado entre acantilados calcáreos de una cincuentena de metros, siguiendo oscuramente su destino geológico. La región estaba habitada desde los tiempos remotos de la prehistoria, averigüé en un panel de información pedagógica; el hombre de Cromañón expulsó progresivamente al hombre de Neandertal, que se replegó hacia España y luego desapareció.

Me senté al borde del acantilado, intentando sin gran éxito abismarme en la contemplación del paisaje. Al cabo de media hora, saqué mi teléfono y marqué el número de Myriam. Pareció sorprendida, pero feliz de oírme. Todo iba bien, me dijo, tenían un apartamento agradable, luminoso, en el centro de la ciudad; no, aún no se había ocupado de la matrícula en la facultad; y yo, ¿cómo estaba? Bien, mentí; la echaba mucho de menos. Le hice prometerme que en cuanto fuera posible me enviaría un correo electrónico muy largo, en el que me lo explicaría todo, y acto seguido recordé que no tenía conexión a Internet.

Siempre había detestado imitar el ruido de los besos por teléfono, ya de

joven me costaba decidirme a hacerlo, y cumplidos los cuarenta me parecía francamente ridículo; sin embargo, me obligué a hacerlo, pero inmediatamente después de colgar me sentí invadido por una terrible soledad, y comprendí que ya nunca tendría el valor de volver a llamar a Myriam, la sensación de proximidad que se instalaba por teléfono era demasiado violenta y el vacío consiguiente demasiado cruel.

Mi tentativa de interesarme por las bellezas naturales de la región estaba a todas luces condenada al fracaso; sin embargo me obstiné aún un poco y ya anocheía cuando me encaminé de nuevo hacia Martel. Los hombres de Cromañón cazaban mamuts y renos; los de hoy podían elegir entre un supermercado Auchan y un Leclerc, los dos situados en Souillac. Los únicos comercios del pueblo eran una panadería –cerrada– y un bar situado en la place des Consuls, que también parecía cerrado, pues no habían sacado las mesas a la plaza. Una luz débil, sin embargo, provenía del interior, empujé la puerta y entré.

Una cuarentena de hombres, en absoluto silencio, estaban viendo un reportaje de BBC News en un televisor colgado en lo alto al fondo de la sala. Nadie reaccionó ante mi llegada. Eran visiblemente habitantes del lugar, casi todos jubilados, y los demás daban la impresión de ser trabajadores manuales. Hacía mucho tiempo que no había tenido ocasión de hablar inglés, el locutor hablaba muy rápido y no alcanzaba a comprender gran cosa; los demás espectadores no parecían entender más que yo, la verdad sea dicha. Las imágenes, tomadas en localidades muy variadas –Mulhouse, Trappes, Stains, Aurillac–, no presentaban ningún interés aparente: salas polivalentes, guarderías, gimnasios desiertos. Tuve que esperar a la intervención de Manuel Valls –filmado en las escaleras del palacio de Matignon, pálido bajo una iluminación demasiado violenta– para reconstruir el desarrollo de los hechos: una veintena de colegios electorales, por toda Francia, habían sido asaltados por bandas armadas a primera hora de la tarde. No había que lamentar ninguna víctima, pero se habían robado urnas; esas acciones aún no habían sido reivindicadas. En esas condiciones, el gobierno no tenía más opción que detener el proceso electoral. A una hora más avanzada de la tarde se celebraría una reunión de crisis y el jefe del gobierno anunciaría las medidas apropiadas; la ley de la República se impondría, concluyó de forma bastante banal.

Lunes 30 de mayo

Desperté hacia las seis de la mañana y constaté que la televisión funcionaba de nuevo: la recepción de iTélé era mala, pero la de BFM era correcta; por supuesto, todos los programas estaban consagrados a los acontecimientos de la víspera. Los comentaristas subrayaban la extrema fragilidad del proceso democrático: la ley electoral era muy clara y bastaba con que los resultados de un único colegio electoral en toda Francia estuvieran indisponibles para que se invalidaran las elecciones enteras. Subrayaban igualmente que era la primera vez que a un grupúsculo se le ocurría explotar esa debilidad. Tarde por la noche, el primer ministro anunció que se celebrarían nuevas elecciones el domingo siguiente y que, esta vez, todos los colegios electorales estarían bajo la protección del ejército.

Esta vez, empero, los comentaristas estaban en absoluto desacuerdo acerca de las consecuencias políticas de esos acontecimientos y seguí sus argumentos contradictorios durante buena parte de la mañana hasta que bajé al jardín, con un libro en la mano. En tiempos de Huysmans no faltaron conflictos políticos; hubo los primeros atentados anarquistas; hubo, también, la política anticlerical del gobierno del «curita Combes»,¹ cuya violencia hoy parecía inaudita, el gobierno había llegado incluso a ordenar el expolio de los bienes eclesiásticos y la dispersión de las congregaciones. Este último punto afectó personalmente a Huysmans, pues le obligó a abandonar la abadía de Ligugé donde había hallado refugio; ese hecho, sin embargo, ocupaba un mínimo espacio en su obra, las cuestiones políticas en conjunto parecían haberle dejado absolutamente indiferente.

Desde siempre me gustaba ese capítulo de *Al revés* en el que Des Esseintes, después de proyectar un viaje a Londres inspirado por una relectura de Dickens, se encuentra atrapado en una taberna de la rue d'Amsterdam, incapaz de levantarse de su mesa. «Una inmensa aversión hacia el viaje y una imperiosa necesidad de permanecer tranquilo se imponían...» Al menos había logrado salir de París, al menos había llegado al Lot, me dije contemplando las ramas de los castaños suavemente agitadas por

la brisa. Sabía que había llevado a cabo lo más difícil: un viajero solitario suscita primero desconfianza, incluso hostilidad, pero poco a poco la gente se acostumbra, los hoteleros al igual que los restauradores, se dicen que no tienen ante ellos más que a un tipo original e inofensivo.

En efecto, cuando regresé a mi habitación a primera hora de la tarde, la directora del hotel me saludó con relativa efusividad y me informó de que el restaurante volvería a abrir esa noche. Había nuevos clientes, una pareja inglesa de unos sesenta años, el marido tenía aspecto de intelectual, o de universitario, era de esos que indefectiblemente visitan las capillas más remotas, imbatible en arte románico de Quercy y en la influencia de la escuela de Moissac: con personas así no había problema alguno.

Tanto iTélé como BFM seguían debatiendo las consecuencias políticas del aplazamiento de la segunda vuelta de las presidenciales. El comité político del Partido Socialista estaba reunido, el comité político de la Hermandad Musulmana estaba reunido; incluso el comité político de la UMP había creído conveniente reunirse. Los periodistas, multiplicando las conexiones en directo con la rue de Solférino, la rue de Vaugirard y el boulevard Malesherbes, disimulaban de forma bastante lograda el hecho de que no disponían de ninguna información real.

Volví a salir a eso de las cinco de la tarde: la vida parecía resurgir poco a poco en el pueblo, la panadería estaba abierta, los transeúntes atravesaban la place des Consuls; se parecían bastante a cómo me los habría imaginado si hubiera querido representarme a los habitantes de un pueblecito del Lot. En el Café des Sports había poca afluencia, y la curiosidad por la actualidad política parecía haberse apagado: el televisor al fondo de la sala tenía sintonizada Télé Monte-Carlo. Acababa de terminarme la cerveza cuando me pareció reconocer una voz. Me volví: Alain Tanneur, en la caja, estaba pagando unos puritos Café Crème; llevaba bajo el brazo una bolsa de la panadería, de la que sobresalía un pan rústico. El marido de Marie-Françoise se volvió a su vez; su rostro se redondeó con una mímica de sorpresa.

Más tarde, frente a otra cerveza, le expliqué que estaba allí por casualidad y le conté lo que había visto en el área de servicio de Pech-Montat. Me escuchó con atención, sin manifestar verdadera sorpresa.

–Lo sospechaba... –dijo en cuanto acabé mi relato–. Sospechaba que además de los ataques a los colegios electorales había habido

enfrentamientos, de los que los medios no han hablado; y seguramente habrá habido muchos más por toda Francia...

Su propia presencia en Martel no era una casualidad: tenía una casa allí, que antes perteneció a sus padres, era hijo de la región, y tenía previsto jubilarse en Martel, ahora ya muy pronto. Marie-Françoise estaba segura de que si ganaba el candidato musulmán no recuperaría su cátedra, no habría ninguna plaza docente para una mujer en una universidad islámica, era una imposibilidad total. ¿Y en cuanto a él, y a su puesto en la DGSI?

–Me han destituido –me dijo con una cólera contenida–. Nos destituyeron el viernes por la mañana, a mí y a todo mi equipo –prosiguió–. Fue todo muy rápido, nos dieron dos horas para desalojar nuestros despachos.

–¿Y sabe por qué?

–¡Oh, sí! ¡Claro que lo sé...! El jueves presenté un informe a mis jefes advirtiéndoles de que había riesgo de que se produjeran incidentes en diversos lugares del territorio; incidentes con el objetivo de impedir el normal desarrollo de las elecciones. Simplemente no hicieron nada; y al día siguiente fui destituido. –Me dejó tiempo para digerir la información y concluyó–: ¿Y bien? ¿A qué conclusiones cree que hay que llegar, en su opinión?

–¿Quiere decir que el gobierno *deseaba* que el proceso electoral se interrumpiera?

Asintió lentamente con la cabeza.

–No podría probarlo en una comisión de investigación, porque mi informe no era extremadamente preciso. Por ejemplo, estaba convencido, cotejando las notas de mis informadores, de que algo iba a ocurrir en Mulhouse, o en su aglomeración; pero no tenía manera de decir si sería en el colegio electoral Mulhouse 2, Mulhouse 5, Mulhouse 8..., y protegerlos todos hubiera requerido un importante despliegue de medios; y lo mismo ocurría con todos los puntos amenazados. Mis superiores podrían argüir perfectamente que no habría sido la primera vez que la DGSI se mostraba exageradamente alarmista; en resumidas cuentas, que habían corrido un riesgo admisible. Pero mi convicción, se lo repito, es sensiblemente diferente...

–¿Conoce el origen de esas acciones?

–Es exactamente el que puede imaginar.

–¿Los identitarios?

–Los identitarios, sí, por un lado. Y también jóvenes musulmanes yihadistas; por otro lado, justamente.

—¿Y cree que están relacionados con la Hermandad Musulmana?

—No. —Sacudió la cabeza con firmeza—. He pasado quince años de mi vida investigando la cuestión y jamás se ha podido establecer la menor conexión, el menor vínculo. Los yihadistas son salafistas desviados que recurren a la violencia en lugar de confiar en la prédica, pero no dejan de ser salafistas, y para ellos Francia es una tierra impía, *dar al-kufr*; para la Hermandad Musulmana, al contrario, Francia ya forma potencialmente parte del *dar al-islam*. Pero sobre todo para los salafistas toda autoridad viene de Dios, el principio mismo de la representación popular es impío, nunca pensarían en fundar ni en apoyar a un partido político. Ahora bien, aunque les fascina la yihad mundial, los jóvenes extremistas musulmanes desean en el fondo la victoria de Ben Abbas; no creen en ella, piensan que el único camino es la yihad, pero no tratarán de evitarla. Y ocurre exactamente lo mismo en lo que respecta al Frente Nacional y a los identitarios. Para los identitarios, la única verdadera vía es la guerra civil, pero algunos simpatizaron con el Frente Nacional antes de radicalizarse y no harán nada que pueda perjudicarlo. Desde su creación, tanto el Frente Nacional como la Hermandad Musulmana eligieron la vía de las urnas; apostaron por llegar al poder respetando las reglas del juego democrático. Lo más curioso..., y hasta puede parecer divertido, es que hace unos días, tanto los identitarios europeos como los yihadistas musulmanes se convencieron, cada uno por su lado, de que el partido contrario iba a ganar, que no les quedaba otra elección que interrumpir el proceso electoral en curso.

—Y, para usted, ¿quién tenía razón?

—De eso no tengo la menor idea. —Por primera vez se relajó y sonrió francamente—. Hay una especie de leyenda, que se remonta a los antiguos servicios de información generales, que pretende que tenemos acceso a sondeos confidenciales que nunca se hacen públicos. Es una bobada... Pero también hay algo de verdad y en cierta medida esa tradición se ha mantenido. Pues bien, en este caso, los sondeos secretos daban exactamente las mismas previsiones que los sondeos oficiales: un cincuenta por ciento para cada uno, hasta el final, con un margen de error de unas décimas de punto...

Pedí dos cervezas más.

—Tiene que venir a cenar a casa —dijo Tanneur—. Marie-Françoise se alegrará de verle. Sé que está muy molesta por tener que abandonar su puesto

en la universidad. A mí me da igual, porque de todas maneras sólo me faltaban dos años para jubilarme... Evidentemente, las cosas se han acabado de una manera un poco desagradable; pero cobraré íntegramente mi pensión, seguro, y sin duda una gratificación excepcional, creo que harán cuanto esté en sus manos para evitar que les cause problemas.

El camarero nos trajo las cervezas y un bol de aceitunas: ahora había más gente en el bar, personas que hablaban en voz muy alta, visiblemente todos se conocían y algunos saludaban a Tanneur al pasar cerca de nuestra mesa. Picoteé dos aceitunas, titubeando: había algo en la sucesión de acontecimientos que se me escapaba; al fin y al cabo, podía hablarle de ello, quizá tendría alguna idea al respecto, parecía tener ideas sobre muchas cosas; lamenté no haber prestado hasta el momento más que una atención anecdótica, superficial, a la vida política.

–Lo que no entiendo... –dije después de un trago de cerveza– es qué esperaba la gente que ha asaltado los colegios electorales. Porque de todas formas las elecciones se van a celebrar igual, dentro de una semana, bajo protección del ejército; y la correlación de fuerzas no ha variado, así que el resultado seguirá siendo incierto. A menos, tal vez, que se llegue a demostrar que los responsables de los incidentes son los identitarios, en cuyo caso la Hermandad Musulmana se verá beneficiada; o que, al contrario, han sido los musulmanes, y eso beneficiaría al Frente Nacional.

–No, se lo puedo decir con toda certeza: es improbable que se pueda demostrar nada, ni en un sentido ni en otro; y nadie lo intentará. Por el contrario, ocurrirán cosas en el terreno político, sin duda muy pronto, probablemente a partir de mañana. Una primera hipótesis es que la UMP se decida a sellar una alianza electoral con el Frente Nacional. La UMP puede que ya no sea gran cosa, están cayendo en picado, pero aún puede inclinar la balanza y ser decisiva.

–No lo sé, ya no me parece muy probable; creo que si tenía que pasar, ya hubiera ocurrido hace muchos años.

–¡Tiene toda la razón...! –exclamó con una gran sonrisa–. Al principio, el Frente Nacional estaba dispuesto a cualquier cosa para aliarse con la UMP, para sumarse a una mayoría de gobierno; y luego poco a poco fue creciendo y subiendo en los sondeos; entonces empezó a entrarle miedo a la UMP. No a su populismo, ni a su supuesto fascismo, pues los dirigentes de la UMP no tendrían inconveniente alguno en tomar ciertas medidas de seguridad o

xenóforas que de todas formas su electorado, o lo que queda de él, desea masivamente; pero, ateniéndonos a los hechos, la UMP es ahora de lejos el partido más débil de la alianza; y tienen miedo, de llegar a un acuerdo, de verse simplemente aniquilados, absorbidos por su socio. Además está Europa, y ése es el punto fundamental. La verdadera agenda de la UMP, al igual que la del PS, es la desaparición de Francia, su integración en un conjunto federal europeo. Sus votantes, evidentemente, no aprueban ese objetivo, pero los dirigentes han logrado, desde hace años, silenciar la cuestión. Si establecieran una alianza con un partido abiertamente antieuropeo no podrían perseverar en esa actitud; y la alianza no tardaría en saltar por los aires. Por eso me decanto más por una segunda hipótesis: la creación de un frente republicano, en el que la UMP se aliaría, al igual que el PS, con la candidatura de Ben Abbes, a condición, por supuesto, de una representación suficiente en el gobierno y de acuerdos para las próximas elecciones legislativas.

–También me parece difícil o, por lo menos, muy sorprendente.

–¡Una vez más lleva usted razón...! –Sonrió de nuevo y se frotó las manos, visiblemente todo eso le divertía mucho–. Pero es difícil por otra razón: es difícil *porque* es sorprendente; porque no se ha visto nunca, por lo menos desde la Liberación. Hace tanto tiempo que el juego político se basa en la oposición entre derecha e izquierda que nos parece imposible salir de eso. Sin embargo, en el fondo, no hay ninguna diferencia real; lo que separa a la UMP de la Hermandad Musulmana es incluso menos de lo que la separa del Partido Socialista. Hablamos de ello, recuerdo, en nuestro primer encuentro: si el Partido Socialista ha cedido finalmente sobre Educación, si ha llegado a un acuerdo con la Hermandad Musulmana, si su corriente antirracista ha logrado imponerse internamente sobre su corriente laicista, es porque estaban entre la espada y la pared, se hallaban en el fondo del agujero. Las cosas serán más fáciles para la UMP, pues aún está más cerca de la desintegración y nunca ha concedido la menor importancia a la educación, hasta el propio concepto le es extraño. Por el contrario, la UMP y el PS tienen que acostumbrarse a la idea de gobernar juntos; y para ellos eso es algo absolutamente nuevo, es exactamente lo contrario a todo aquello en lo que se basa su posición desde su entrada en política.

»Queda, por supuesto, una tercera posibilidad, y es que no pase nada; que no se llegue a ningún acuerdo y que la segunda vuelta se desarrolle

exactamente con las mismas posiciones, y con la misma incertidumbre. En cierto sentido, es lo más probable, pero a la vez es muy inquietante. En primer lugar, nunca ha habido un resultado tan incierto en la historia de la Quinta República; y, sobre todo, ninguna de las dos formaciones que siguen presentes tienen experiencia en las responsabilidades de gobierno, ni en el ámbito nacional ni siquiera en el local; son, en materia política, unos absolutos aficionados.

Se acabó la cerveza y me miró con unos ojos en los que brillaba la inteligencia. Debajo de su chaqueta príncipe de Gales llevaba un polo; era condescendiente, sin ilusiones y sagaz; muy probablemente debía de estar suscrito a *Historia*; me imaginaba una colección de números de *Historia* encuadernados, en una estantería al lado de la chimenea; probablemente al lado de obras más especializadas, del tipo los entresijos de la África francófona o la historia de los servicios secretos después de la Segunda Guerra Mundial; sin duda los autores de esos libros ya le habrían entrevistado, o lo harían próximamente, en su retiro de Quercy; debería guardar silencio sobre algunos temas y se sentiría autorizado a hablar acerca de otros.

–Entonces, ¿quedamos mañana por la noche? –preguntó después de hacerle una señal al camarero para pagar–. Iré a buscarle al hotel; Marie-Françoise estará encantada, se lo aseguro.

Anocheía en la place des Consuls, y el sol poniente teñía la piedra rubia con brillos leonados: estábamos frente al palacio de la Raymondie.

–Es un pueblo antiguo, ¿verdad? –le pregunté.

–Muy antiguo. Y no se llama Martel por casualidad... Todo el mundo sabe que Carlos Martel derrotó a los árabes en Poitiers en 732 y detuvo así la expansión musulmana hacia el norte. Fue en efecto una batalla decisiva que marca el verdadero inicio de la cristiandad medieval; pero las cosas no fueron tan tajantes, los invasores no se replegaron inmediatamente, y Carlos Martel siguió peleando contra ellos durante unos años en Aquitania. En 743 obtuvo una nueva victoria cerca de aquí y en señal de agradecimiento decidió edificar una iglesia; llevaba su blasón, tres martillos entrecruzados. El pueblo se construyó alrededor de esa iglesia, que luego fue destruida, y edificada de nuevo en el siglo XIV. Es cierto que hubo muchísimas batallas entre la cristiandad y el islam, luchar ha sido desde siempre una de las grandes actividades humanas, la guerra es «por naturaleza», como decía Napoleón,

pero creo que ha llegado el momento de cerrar un pacto, una alianza, con el islam.

Le tendí la mano para despedirme. Exageraba un poco su papel de veterano de los servicios secretos, de viejo sabio jubilado, etc., pero a fin de cuentas le habían destituido recientemente y era comprensible que necesitara tiempo para acostumbrarse a su nuevo personaje. En cualquier caso me alegraba de la invitación a su casa al día siguiente, era seguro que el oporto sería de buena calidad y la cena también me inspiraba confianza, no era una persona que se tomara la gastronomía a la ligera.

–No deje de ver la televisión mañana, siga la actualidad política –me dijo justo antes de marcharse–. Me apuesto lo que quiera a que pasará algo.

Martes 31 de mayo

La información estalló, en efecto, poco después de las dos de la tarde: la UMP, la Unión de Demócratas e Independientes y el PS habían cerrado un acuerdo de gobierno, un «frente republicano amplio», y se sumaban al candidato de la Hermandad Musulmana. Sobreexcitados, los periodistas de las cadenas de información se relevaron toda la tarde para tratar de saber más acerca de las condiciones del acuerdo y el reparto de ministerios, obteniendo siempre idénticas respuestas acerca de la vanidad de las consideraciones políticas, la urgencia de la unidad nacional y de cerrar las heridas de un país dividido, etc. Todo eso era de esperar, previsible; lo era menos, sin embargo, la reaparición de François Bayrou en primera línea de la escena política. Efectivamente, había llegado a un acuerdo con Mohammed Ben Abbes y éste se había comprometido a nombrarle primer ministro si salía victorioso de las elecciones presidenciales.

El viejo político bearnés, derrotado en prácticamente todas las elecciones a las que se había presentado desde hacía treinta años, se esforzaba en cultivar una imagen de *altura*, con la complicidad de diversas revistas; es decir, que se hacía fotografiar regularmente, apoyándose en un cayado y vestido con una esclavina como Justin Bridou¹ en un paisaje mixto de prados y campos de cultivo, por lo general en Labourd. La imagen que trataba de vender en sus múltiples entrevistas era la del *hombre que dijo no*, al estilo De Gaulle.

–¡Eso de Bayrou es una idea genial, absolutamente genial...! –exclamó Alain Tanneur en cuanto me vio, literalmente estremeciéndose de entusiasmo–. Confieso que nunca se me habría ocurrido; realmente ese Ben Abbes es muy bueno...

Marie-Françoise me recibió con una gran sonrisa; no sólo parecía alegrarse de verme, sino que en general tenía aspecto de estar en plena forma. Al verla atareada frente a la encimera, provista de un delantal de cocina con un chiste del tipo «No riñan a la cocinera, aquí manda el jefe», costaba imaginar que unos días atrás impartía unos cursos de doctorado sobre las circunstancias tan particulares en las que Balzac corrigió las pruebas de *Béatrix*. Había

preparado unas tartaletas de cuello de pato y escaloñas, deliciosas. Su marido, sobreexcitado, abrió una tras otra una botella de Cahors y otra de Sauternes, y acto seguido recordó que, sin falta, tenía que probar su oportu. De momento, no veía yo por qué el retorno de François Bayrou a la política tenía que calificarse de *idea genial*; pero, sin duda, Tanneur no tardaría en desarrollar su reflexión. Marie-Françoise lo miraba con benevolencia, visiblemente aliviada al ver que su marido se tomaba tan bien su destitución y se amoldaba con tanta facilidad a su nuevo papel de *estratega de salón*, que podría desempeñar honorablemente ante el alcalde, el médico, el notario y todos los notables locales, aún muy presentes en esos pueblos grandes de provincias, frente a los cuales conservaría su aureola de una carrera en el servicio secreto. Su jubilación, decididamente, se presentaba bajo los mejores auspicios.

–Lo más extraordinario de Bayrou, lo que le hace insustituible –prosiguió Tanneur con entusiasmo– es que es completamente estúpido, su proyecto político siempre se ha limitado a su propio deseo de acceder por cualquier medio a la «magistratura suprema», como se dice; nunca ha tenido, ni siquiera ha fingido tener la menor idea personal; resulta incluso sospechoso. Eso le convierte en el político ideal para encarnar la noción de humanismo, sobre todo porque se cree Enrique IV y se las da de gran pacificador del diálogo interreligioso; además, cuenta con un gran apoyo entre los votantes católicos, a los que su memez les tranquiliza. Es exactamente lo que necesita Ben Abbes, que desea sobre todo encarnar un nuevo humanismo, presentar al islam como la forma perfeccionada de un nuevo humanismo, reunificador, y que además es absolutamente sincero cuando proclama su respeto por las tres religiones del Libro.

Marie-Françoise nos invitó a sentarnos a la mesa; había preparado una ensalada de habas con diente de león y virutas de parmesano. Era tan deliciosa que hasta perdí por un instante el hilo del discurso de su marido. Los católicos prácticamente habían desaparecido en Francia, prosiguió, pero parecían aún envueltos en una especie de magisterio moral, en todo caso Ben Abbes había hecho desde el principio todo lo posible para ganarse su favor: a lo largo del año anterior, había ido por lo menos tres veces al Vaticano. Dotado de un aura tercermundista por el simple hecho de sus orígenes, había sabido sin embargo tranquilizar al electorado conservador. Contrariamente a su antiguo rival Tariq Ramadan, lastrado por sus simpatías trotskistas, Ben Abbes siempre había evitado comprometerse con la izquierda anticapitalista;

había comprendido perfectamente que la derecha liberal había ganado la «batalla de las ideas», los jóvenes se habían vuelto *emprendedores* y el carácter insoslayable de la economía de mercado estaba ya unánimemente aceptado. Pero, sobre todo, el verdadero golpe genial del líder musulmán había sido comprender que las elecciones no se jugarían en el terreno de la economía sino en el de los valores; y que, en eso también, la derecha se disponía a ganar la «batalla de las ideas», sin tener siquiera que combatir. En lugar de presentar, como Ramadan, la sharia como una opción innovadora o incluso revolucionaria, le restituía su valor apaciguador, tradicional, con un perfume exótico que además la hacía deseable. En lo concerniente a la restauración de la familia, de la moral tradicional e implícitamente del patriarcado, se abría ante él un amplio camino que la derecha no podía tomar, y tampoco el Frente Nacional, sin ser tildados de reaccionarios o de fascistas por los sesentayochistas, momias progresistas agonizantes, sociológicamente exangües pero refugiados en ciudadelas mediáticas desde las que aún eran capaces de lanzar imprecaciones sobre la desgracia de los tiempos y el *ambiente nauseabundo* que se abatía sobre el país; sólo él estaba al abrigo de todo peligro. Paralizada por su antirracismo constitutivo, la izquierda había sido incapaz de combatirlo desde el principio, e incluso de mencionarlo.

Marie-Françoise nos sirvió a continuación garrones de cordero confitados acompañados de patatas salteadas, y empecé a sentirme desconcertado.

—No deja de ser musulmán... —objeté confusamente.

—Sí. ¿Y qué...? —Me miró, radiante—. Es un musulmán *moderado*, ése es el punto central: lo afirma constantemente, y es verdad. No hay que imaginarle como un talibán ni como un terrorista, sería un error de bulto; siempre ha demostrado desprecio hacia esa gente. Cuando habla de ello en los artículos de opinión que ha publicado en *Le Monde*, más allá de la reprobación moral manifiesta, se distingue muy bien ese dejo de desprecio; en el fondo, considera a los terroristas unos *aficionados*. Ben Abbes es en realidad un político extremadamente hábil, sin duda el más hábil y retorcido que hayamos conocido en Francia desde François Mitterrand; y, al contrario que Mitterrand, tiene una verdadera visión histórica.

—En resumidas cuentas, cree que los católicos no tienen nada que temer.

—No sólo no tienen nada que temer, ¡hasta tienen mucho que ganar! Sabe... —sonrió excusándose—, hace diez años que sigo el caso de Ben Abbes, puedo decir sin exagerar que soy una de las personas en Francia que mejor lo

conoce. He consagrado prácticamente toda mi carrera a la vigilancia de los movimientos islamistas. El primer caso en el que trabajé, en esa época era muy joven, aún estudiaba en Saint-Cyr-au-Mont-d'Or, fueron los atentados de 1986 en París, que finalmente se descubrió que fueron ordenados por Hezbollah e indirectamente por Irán. Luego vinieron los argelinos, los kosovares, las facciones más directamente ligadas a Al Qaeda, los lobos solitarios... Nunca ha cesado, bajo formas diversas. Por todo ello, cuando se creó la Hermandad Musulmana, ya los teníamos en el punto de mira. Fueron necesarios años para convencernos de que Ben Abbes tenía realmente un proyecto, e incluso un proyecto extremadamente ambicioso, pero que éste no tenía nada que ver con el fundamentalismo islámico. En los círculos de extrema derecha se extendió la idea de que cuando los musulmanes llegaran al poder los cristianos serían necesariamente reducidos a un estatus de *dhimmi*, ciudadanos de segunda clase. La *dhimma* forma parte en efecto de los principios generales del islam; pero en la práctica, el estatus de *dhimmi* es muy flexible. El islam tiene una extensión geográfica enorme; la manera en que se practica en Arabia Saudí no tiene nada que ver con la de Indonesia o Marruecos. En lo que respecta a Francia, estoy absolutamente convencido y me apostaría cualquier cosa a que no sólo no se pondrá ninguna traba al culto cristiano, sino que las subvenciones concedidas a las asociaciones católicas y al mantenimiento de los edificios religiosos serán aumentadas, pues pueden permitírsele, y de todas formas las que las petromonarquías concederán a las mezquitas serán mucho mayores. Y, sobre todo, el verdadero enemigo de los musulmanes, lo que temen y odian más por encima de todo, no es el catolicismo: es el secularismo, el laicismo, el materialismo ateo. Para ellos los católicos son creyentes, el catolicismo es una religión del Libro; se trata sólo de convencerlos de dar un paso más, de convertirse al islam: ésa es la verdadera visión musulmana de la cristiandad, la visión original.

—¿Y los judíos? —Se me escapó, no había previsto preguntarlo. La imagen de Myriam sobre mi cama, en camiseta, la última mañana, la imagen de su culito redondo me vino brevemente a la mente; me serví otra copa generosa de Cahors.

—Ah... —Sonrió de nuevo—. Para los judíos es evidentemente un poco más complicado. En principio, la teoría es la misma, el judaísmo es una religión del Libro, Abraham y Moisés están reconocidos como profetas del islam; sin embargo, en la práctica, en los países musulmanes las relaciones con los

judíos a menudo han sido más difíciles que con los cristianos; y además, por supuesto, la cuestión palestina lo ha envenenado todo. Así que hay ciertas corrientes minoritarias en el seno de la Hermandad Musulmana que desearían ejercer medidas de represalia contra los judíos; pero creo, también, que no tienen posibilidades de imponerse. Ben Abbas siempre se ha cuidado de mantener buenas relaciones con el gran rabino de Francia; quizá de todas formas de vez en cuando les aflojará un poco la brida a sus extremistas; porque si realmente piensa obtener conversiones masivas entre los cristianos, y nada prueba que eso sea imposible, sin duda se hace pocas ilusiones en lo que respecta a los judíos. Creo que lo que espera en el fondo es que decidirán por sí mismos marcharse de Francia para emigrar a Israel. En todo caso, puedo asegurarle que no tiene ninguna intención de comprometer sus ambiciones personales, que son enormes, por la cara bonita del pueblo palestino. Sorprendentemente, poca gente ha leído lo que escribió en sus inicios, aunque es cierto que se publicó en revistas de geopolítica poco conocidas. Pero su gran referencia, como salta a la vista, es el imperio romano, y para él la construcción europea no es más que un medio para hacer realidad esa milenaria ambición. El principal eje de su política exterior será desplazar al sur el centro de gravedad de Europa; ya existen organizaciones que persiguen ese objetivo, como la Unión para el Mediterráneo. Los primeros países susceptibles de sumarse a la construcción europea serán seguramente Turquía y Marruecos; luego vendrán Túnez y Argelia. A más largo plazo, está Egipto, que es una pieza más grande pero que sería decisiva. Paralelamente, cabe pensar que las instituciones europeas, que en la actualidad son poco democráticas, evolucionarán hacia más consultas populares; el resultado lógico sería la elección por sufragio universal de un presidente europeo. En ese contexto, la integración europea de países ya muy poblados y con una demografía dinámica, como Turquía y Egipto, podría desempeñar un papel decisivo. La verdadera ambición de Ben Abbas, estoy convencido de ello, es convertirse en su momento en el primer presidente electo de Europa, de una Europa ampliada, incluyendo los países del perímetro mediterráneo. Hay que recordar que sólo tiene cuarenta y tres años, aunque para tranquilizar a su electorado se esfuerce en aparentar más cultivando su tripa y negándose a teñirse el cabello. En cierto sentido la vieja Bat Ye'or no se equivoca, con su fantasía del complot de Eurabia; pero se equivoca completamente cuando se imagina que el conjunto

euromediterráneo se hallará en posición de inferioridad respecto a las monarquías del Golfo: nos hallaremos ante unas de las primeras potencias económicas mundiales y estarán perfectamente en condiciones de tratarse de tú a tú. Ahora mismo se está desarrollando un juego extraño con Arabia Saudí y las otras petromonarquías: Ben Abbas está absolutamente dispuesto a aprovecharse, sin medida alguna, de sus petrodólares; pero no tiene ninguna intención de consentir la menor cesión de soberanía. En cierto sentido no hace más que retomar la ambición de De Gaulle, la de una gran política árabe de Francia, y le aseguro que no le faltan aliados incluso entre las monarquías del Golfo, cuyo alineamiento con las posiciones norteamericanas las obliga a tragarse muchos sapos y culebras y las coloca permanentemente en entredicho ante la opinión pública árabe, y empiezan a decirse que un aliado como Europa, menos orgánicamente ligado a Israel, podría constituir una mejor elección...

Calló. Había hablado sin parar más de media hora. Me preguntaba si iba a escribir un libro, ahora que estaba jubilado, si iba a poner sus ideas por escrito. Su discurso me parecía interesante; en fin, para la gente a la que le interesa la historia, evidentemente. Marie-Françoise trajo el postre, una empanada landesa de manzana y nueces. Hacía mucho tiempo que no había comido tan bien. Después de la cena, lo que se imponía era pasar al salón para degustar un bas-armagnac; y eso fue exactamente lo que hicimos. Aplacado por el aroma del alcohol, contemplando el cráneo lustrado del antiguo espía, su bata corta de estampado escocés, me pregunté qué debía de pensar él mismo, personalmente. ¿Qué puede pensar alguien que ha consagrado su vida entera a investigar los entresijos geopolíticos? Probablemente nada, e imagino que ni siquiera votaba; sabía demasiado.

—Obviamente —retomó en un tono más calmado— entré en el servicio secreto francés porque de niño me fascinaban las historias de espionaje; pero fue también, creo, porque heredé el patriotismo de mi padre, que siempre me impresionó mucho. ¡Nació en 1922, figúrese! ¡Hace exactamente cien años...! Se alistó en la Resistencia desde el principio, a finales de junio de 1940. Ya en su época el patriotismo francés era una idea un poco menospreciada, puede decirse que nació en Valmy en 1792 y empezó a morir en las trincheras de Verdún en 1917. Un poco más de un siglo, en el fondo, es poco. Hoy, ¿quién cree en eso? El Frente Nacional finge que cree, es cierto, pero en

su creencia hay algo muy incierto, muy desesperado; los demás partidos, por su lado, han apostado decididamente por la disolución de Francia en Europa. Ben Abbes también cree en Europa, cree en ella más incluso que los demás, pero es diferente, tiene una idea de Europa, un verdadero proyecto de civilización. Su modelo último, en el fondo, es el emperador Augusto; no es un modelo cualquiera. Como sabrá, se conservan los discursos de Augusto en el Senado, y estoy seguro de que los ha estudiado atentamente. –Calló y añadió, cada vez más pensativo–: Podría ser una gran civilización, no lo sé... ¿Conoce Rocamadour? –me preguntó de repente, empezaba a adormilarme un poco y le respondí que no, no lo creía, o quizá sí, tal vez lo había visto en la televisión–. Tiene que ir allí. Está a sólo veinte kilómetros; no se lo puede perder. La peregrinación de Rocamadour era una de las más famosas de la cristiandad, figúrese. Enrique II Plantagenet, Santo Domingo, San Bernardo, San Luis, Luis XI, Felipe IV el Hermoso..., todos se arrodillaron a los pies de la Virgen negra, todos ascendieron, de rodillas, las escaleras que conducen al santuario, rogando humildemente el perdón de sus pecados. En Rocamadour podrá hacerse una idea de hasta qué punto la cristiandad medieval fue una gran civilización.

Me venían vagamente a la memoria algunas frases de Huysmans acerca de la Edad Media, aquel armagnac era absolutamente delicioso, y me disponía a responderle cuando me di cuenta de que era incapaz de articular un pensamiento claro. Para mi gran sorpresa, con voz firme y bien ritmada, empezó a recitar a Péguy:

Dichosos los que han muerto por la tierra carnal,
con tal que fuera en una guerra justa.
Dichosos los que han muerto por un pedazo de tierra,
dichosos los que han muerto de una muerte solemne.

Es muy difícil comprender a los demás, saber qué se oculta en el fondo de sus corazones, y sin la ayuda del alcohol quizá no podría lograrse nunca. Era sorprendente y emocionante ver a aquel viejo pulcro, peripuesto, cultivado e irónico ponerse a declamar poemas:

Dichosos los que han muerto en grandes batallas,

tendidos en el suelo ante la faz de Dios.
Dichosos los que han muerto en un último baluarte
rodeados del boato de los grandes funerales.

Meneó la cabeza con resignación, casi con tristeza.

–Como ve, ya en la segunda estrofa, para dar mayor amplitud a su poema, tiene que evocar a Dios. La idea de la patria no basta por sí sola, debe estar unida a algo más fuerte, a una mística de un orden superior; y ese vínculo lo expresa claramente en los versos siguientes:

Dichosos los que han muerto por las ciudades carnales,
pues éstas son el cuerpo de la ciudad de Dios.
Dichosos los que han muerto por su hogar
y por los pobres honores de las casas paternas.

Pues éstas son la imagen y el comienzo
y el cuerpo y la prueba de la casa de Dios.
Dichosos los que han muerto en ese abrazo,
en esa acolada de honor y terrenal confesión.

»La Revolución Francesa, la República, la patria..., sí, eso pudo dar lugar a algo; algo que ha durado un poco más de un siglo. La cristiandad medieval, en cambio, duró más de un milenio. Sé que es especialista en Huysmans, me lo dijo Marie-Françoise. Pero, en mi opinión, nadie ha sentido el alma de la Edad Media cristiana con tanta fuerza como Péguy, por republicano, laico y dreyfusista que fuera. Y lo que también sintió fue que la verdadera divinidad de la Edad Media, el corazón vivo de su devoción, no es el Padre, ni siquiera Jesucristo; es la Virgen María. Y eso también lo sentirá en Rocamadour...

Sabía que habían previsto regresar a París al día siguiente o dos días después para preparar la mudanza. Ahora que se habían cerrado los acuerdos de gobierno del frente republicano ampliado, los resultados de la segunda vuelta ya no albergaban duda alguna y su jubilación se había convertido en una certeza. Al despedirme, después de felicitar sinceramente a Marie-Françoise por su talento culinario, le dije adiós a su marido en la puerta. En el fondo me impresionaba un poco: había bebido casi tanto como yo y seguía

siendo capaz de recitar de memoria estrofas enteras de Péguy. Por mi parte, no estaba muy convencido de que la república y el patriotismo hubieran podido «dar lugar a algo», aparte de a una sucesión ininterrumpida de guerras estúpidas, pero en cualquier caso Tanneur no chocheaba, me gustaría llegar a su edad en sus condiciones. Bajé los pocos peldaños que conducían a la calle, me volví en su dirección y le dije:

–Iré a Rocamadour.

La temporada turística aún no estaba en su apogeo y me fue fácil encontrar una habitación en el hotel Beau Site, agradablemente situado en la ciudadela medieval; el restaurante panorámico dominaba el valle del Alzou. El lugar era realmente impresionante y muy visitado. El permanente relevo de turistas llegados de todos los rincones del mundo que se sucedían, todos un poco diferentes, todos un poco similares, cámara de vídeo en mano, para recorrer boquiabiertos aquella maraña de torres, caminos de ronda, oratorios y capillas que escalaban el acantilado me dio al cabo de unos días la impresión de evasión del tiempo histórico, y la noche del segundo domingo de elecciones apenas me di cuenta de la amplia victoria de Mohammed Ben Abbas. Me dejé vencer lentamente por una fantasiosa inacción, y aunque esta vez la conexión Internet del hotel funcionaba perfectamente, me inquietaba muy poco el prolongado silencio de Myriam. A ojos del hotelero y del personal ya estaba catalogado: un soltero, un soltero un poco cultivado, un poco triste, sin grandes distracciones, y en el fondo era una descripción exacta. En fin, para ellos era el tipo de cliente que no da problemas, y eso era lo esencial.

Llevaba quizá una o dos semanas en Rocamadour cuando, por fin, recibí su correo electrónico. Myriam me hablaba mucho de Israel, del ambiente tan particular que allí reinaba, extraordinariamente dinámico y alegre, pero siempre con un fondo de tragedia subyacente. Podía parecer extraño, me decía, dejar un país –Francia– ante el temor de correr allí hipotéticos peligros, para emigrar a un país donde los peligros no eran en absoluto hipotéticos: una rama disidente de Hamas acababa de decidir lanzar una nueva serie de acciones, y cada día o casi a diario terroristas suicidas cargados de explosivos se hacían estallar en restaurantes o autobuses. Era extraño, pero una vez sobre el terreno se lograba comprenderlo: dado que Israel estaba en guerra desde su origen, los atentados y los combates se veían allí en cierta medida como algo inevitable, natural, y en todo caso no impedían disfrutar la vida. En su correo me adjuntaba dos fotos de ella, en bikini, en la playa de Tel Aviv. En una de las fotos, encuadrada en tres cuartos lanzándose al agua, se veía muy bien su culo y me empalmé, sentí un irresistible deseo de acariciárselo y un

hormigueo doloroso me recorrió las manos; era increíble lo bien que recordaba su culo.

Al cerrar el ordenador me di cuenta de que en ningún momento hablaba de un eventual regreso a Francia.

Desde el inicio de mi estancia me había acostumbrado a ir a diario a la capilla de Notre-Dame y sentarme unos minutos frente a la Virgen negra, aquella que desde hacía mil años había inspirado tantas peregrinaciones, ante la que se habían arrodillado tantos santos y reyes. Era una estatua extraña, testimonio de un universo enteramente desaparecido. La Virgen estaba sentada muy erguida; su rostro con los ojos cerrados, tan lejano que parecía extraterrestre, estaba coronado con una diadema. El Niño Jesús –que a decir verdad no tenía para nada rasgos de niño, más bien de adulto, e incluso de viejo– estaba sentado, también muy erguido, en sus rodillas; tenía también los ojos cerrados y su rostro agudo, sabio y poderoso estaba igualmente rematado por una corona. No había ternura alguna, ni abandono maternal en sus actitudes. El que estaba representado no era el Niño Jesús; era ya el rey del mundo. Su serenidad, la sensación de poder espiritual y de fuerza intangible que desprendía eran aterradoras.

Esa representación sobrehumana estaba en las antípodas del Cristo torturado, sufriente, que había pintado Matthias Grünewald, y que tanto impresionó a Huysmans. La Edad Media de Huysmans era la del gótico, e incluso del gótico tardío: patético, realista y moral, ya estaba cerca del Renacimiento, más que del románico. Recordaba una discusión que mantuve, años atrás, con un profesor de historia de la Sorbona. Al principio de la Edad Media, me explicó, la cuestión del juicio individual casi no se planteaba; fue mucho más tarde, con El Bosco, por ejemplo, cuando aparecieron esas terroríficas representaciones en las que Cristo separa a la cohorte de los elegidos de la legión de los condenados; en las que unos diablos arrastran a los pecadores que no se han arrepentido hacia los suplicios del infierno. La visión románica era diferente, mucho más unánimista: a su muerte el creyente entraba en un estado de sueño profundo, y se mezclaba con la tierra. Una vez cumplidas todas las profecías, en la hora del segundo advenimiento de Cristo, era el pueblo cristiano entero, unido y solidario, el que se alzaba de la tumba, resucitado en su cuerpo glorioso, para encaminarse al paraíso. El juicio moral, el juicio individual, la individualidad en sí misma no eran nociones

comprendidas claramente por los hombres del románico, y también yo sentía disolverse mi individualidad, al hilo de mis ensoñaciones cada vez más prolongadas ante la virgen de Rocamadour.

Sin embargo, tenía que regresar a París, estábamos a mediados de julio y una mañana constaté con incrédula sorpresa que ya llevaba más de un mes allí; a decir verdad no había prisa alguna, había recibido un correo electrónico de Marie-Françoise, que había estado en contacto con otros colegas: nadie hasta el momento había recibido mensaje alguno de las autoridades universitarias, la confusión era total. En un plano más general las elecciones legislativas se habían celebrado con el resultado previsible y se había formado gobierno.

Habían empezado las animaciones turísticas en el pueblo, sobre todo gastronómicas pero también culturales, y la víspera de mi partida, cuando realizaba mi visita cotidiana a la capilla de Notre-Dame, coincidí por casualidad con una lectura de Péguy. Me instalé en la penúltima fila; había poco público, compuesto sobre todo por jóvenes con vaqueros y polo, todos tenían ese rostro abierto y fraternal que no sé cómo logran mostrar los jóvenes católicos.

Madre aquí tiene a sus hijos que tanto han luchado.
Que no se les mida como se mide una mente.
Que se les juzgue más bien como se juzga al proscrito
que regresa escondiéndose por caminos perdidos.

Los versos resonaban con regularidad en el aire tranquilo y me pregunté qué debían de comprender de Péguy, de su alma patriótica y violenta, aquellos jóvenes católicos humanitarios. La dicción del actor era de todas formas notable, me pareció incluso que se trataba de un actor de teatro famoso, debía de formar parte de la Comédie Française, pero también debía de haber hecho algunas películas, me parecía haber visto su foto en algún sitio.

Madre aquí tiene a sus hijos y su inmenso ejército.
Que no se les juzgue sólo por su miseria.
Que Dios ponga con ellos un poco de esa tierra

que tanto les ha perdido y que tanto amaban.

Era un actor polaco, ahora estaba seguro, pero seguía sin lograr recordar su nombre; quizá también era católico, algunos actores lo son, pero es cierto que ejercen una profesión muy rara en la que la idea de las intervenciones providenciales puede parecer más plausible que en muchas otras. Y esos jóvenes católicos, ¿amaban su tierra? ¿Estaban dispuestos a perderse por ella? Yo mismo me sentía dispuesto a perderme, no por mi tierra especialmente, me sentía dispuesto a perderme *en general*, a fin de cuentas me hallaba en un estado extraño, la Virgen me parecía subir, ascender de su zócalo y crecer en la atmósfera, el Niño Jesús parecía dispuesto a soltarse de ella y se me antojaba que ahora le bastaría alzar el brazo derecho y los paganos y los idólatras serían destruidos y se le entregarían las llaves del mundo «como señor, como poseedor y como dueño».

Madre aquí tiene a sus hijos que tanto se han perdido.
Que no sean juzgados por una vil intriga.
Que sean acogidos como el hijo pródigo.
Que vengan a desplomarse entre dos brazos tendidos.

Quizá simplemente tenía hambre, la víspera había olvidado comer y tal vez fuera mejor regresar al hotel, sentarme a la mesa ante unos muslos de pato, en lugar de desplomarme entre dos bancos víctima de un ataque de hipoglucemia mística. Una vez más pensé en Huysmans, en los sufrimientos y las dudas de su conversión, en su desesperado deseo de incorporarse a un rito.

Me quedé hasta que acabó la lectura, pero hacia el final me di cuenta de que a pesar de la gran belleza del texto hubiera preferido estar solo en mi última visita. En aquella estatua severa se representaba algo muy distinto, además del apego a la patria, a la tierra, o la celebración del coraje viril del soldado; o incluso el deseo, infantil, de una madre. Había ahí algo misterioso, sacerdotal y real que Péguy no alcanzaba a comprender, y menos aún Huysmans. A la mañana siguiente, después de cargar el coche y pagar el hotel, volví a la capilla de Notre-Dame, ahora desierta. La Virgen aguardaba en la oscuridad, tranquila e inmarcesible. Poseía la grandeza, poseía la fuerza,

pero poco a poco sentí que perdía el contacto con ella, que se alejaba en el espacio y los siglos mientras yo me hundía en el banco, encogido, limitado. Al cabo de media hora, me levanté, definitivamente abandonado por el Espíritu, reducido a mi cuerpo deteriorado, perecedero, y descendí tristemente los peldaños en dirección al aparcamiento.

IV

Al regresar a París, al pasar el peaje de Saint-Arnoult, dejando a mis espaldas Savigny-sur-Orge, Antony y luego Montrouge, tomando la salida de la porte d'Italie, sabía que iba al encuentro de una vida sin alegría pero no por ello vacía, poblada al contrario de leves agresiones: como esperaba, alguien había aprovechado mi ausencia para ocupar la plaza de aparcamiento que tenía reservada en el edificio; un ligero escape de agua se había producido a la altura del frigorífico; no había otros incidentes domésticos. Mi buzón estaba lleno de correspondencia administrativa variada y algunas cartas exigían una respuesta rápida. Llevar una vida administrativa correcta requiere una presencia casi constante, cualquier desplazamiento prolongado puede ponerle a uno en entredicho ante uno u otro organismo, sabía que necesitaría varios días de trabajo para reconducir la situación. Procedí a una somera selección, tirando los anuncios más anodinos, conservando las ofertas personalizadas (los tres días de locura en Office Depot, las rebajas para clientes de Cobrason) y luego dirigí la mirada al cielo de un gris uniforme. Permanecí así unas horas, sirviéndome regularmente copas de ron, antes de atacar el montón de cartas. Las dos primeras, remitidas por mi mutua, me informaban de la imposibilidad de dar curso a varias solicitudes de reembolso y me invitaban a presentarlas de nuevo adjuntando fotocopias de los documentos apropiados; para mí eran cartas habituales, que me había acostumbrado a dejar sin respuesta. La tercera carta, sin embargo, me reservaba una sorpresa. Remitida por el ayuntamiento de Nevers, me transmitía su sincero pésame por el fallecimiento de mi madre y me informaba de que el cuerpo había sido trasladado al Instituto médico legal de la ciudad, con el que debía ponerme en contacto para tomar las disposiciones necesarias; la carta estaba fechada el martes 31 de mayo. Hojeé rápidamente la pila: hubo una carta de recordatorio el 14 de junio, otra el 28. Finalmente, el 11 de julio, el ayuntamiento de Nevers me informó de que, conforme al artículo L 2223-27 del Código general de colectividades territoriales, el municipio se había hecho cargo de la inhumación de mi madre en la fosa común del cementerio de la ciudad. Disponía de un plazo de cinco años para ordenar la exhumación del cuerpo para darle una sepultura personal;

transcurrido ese plazo, sería incinerado y las cenizas esparcidas en un jardín de la memoria. En caso de que solicitara esa exhumación, me correspondería hacerme cargo de los gastos asumidos por el ayuntamiento: un coche fúnebre, cuatro porteadores y los gastos de sepultura propiamente dichos.

No me imaginaba a mi madre llevando una vida social intensa, asistiendo a conferencias sobre las civilizaciones precolombinas o visitando las iglesias románicas del Nivernais en compañía de otras mujeres de su edad; pero en ningún caso me esperaba una soledad tan absoluta. Probablemente también se habrían puesto en contacto con mi padre, y no debió de responder a sus cartas. Era embarazoso pensar que había sido inhumada como una indigente en la hoyanca (como descubrí mediante una búsqueda en Internet, así se denominaba coloquialmente a la fosa común), y me pregunté qué habría sido de su bulldog francés (¿sociedad protectora de animales, eutanasia directa?).

Dejé luego a un lado las facturas y extractos bancarios, documentos fáciles que bastaría clasificar en las carpetas adecuadas, para aislar la correspondencia de mis dos interlocutores esenciales, los que estructuran la vida de un hombre: Hacienda y la seguridad social. No tenía valor para ponerme manos a la obra de inmediato y decidí ir a dar una vuelta por París: tal vez no por París, era excesivo, en ese primer día iba a limitarme a dar un paseo por el barrio.

Al llamar el ascensor, me di cuenta de que no había recibido ninguna carta de las autoridades universitarias. Volví sobre mis pasos para consultar los extractos bancarios: me habían ingresado el sueldo a finales de junio, con toda normalidad; mi estatus seguía siendo, por lo tanto, igual de incierto.

El cambio de régimen político no había dejado huellas visibles en el barrio. Grupos compactos de chinos se amontonaban como siempre alrededor de los despachos de apuestas hípicas, con sus boletos en la mano. Otros empujaban carretillas a gran velocidad, transportando pasta de arroz, salsa de soja, mangos. Nada, ni siquiera un régimen musulmán, parecía ser capaz de frenar su incesante actividad; el proselitismo islámico, al igual que el mensaje cristiano antes que éste, probablemente se disolvería sin dejar rastro en el océano de esa inmensa civilización.

Recorrí Chinatown durante más de una hora. La parroquia de Saint-Hippolyte seguía ofreciendo sus clases de iniciación al mandarín y a la cocina china; los *flyers* para las noches Asia Fever de Maisons-Alfort no habían

desaparecido. En realidad no descubrí más signo de transformación visible que la desaparición de la sección kosher del Géant Casino; pero los supermercados siempre habían hecho gala de oportunismo.

En el centro comercial Italie 2 era algo diferente. Tal como presentí, la tienda Jennyfer había desaparecido, sustituida por una especie de comercio biológico provenzal que ofrecía aceites esenciales, champú al aceite de oliva y miel de sabores de la garriga. De manera menos explicable, sin duda ligada únicamente a motivos económicos, la sucursal de L'homme moderne, situada en una zona bastante apartada de la segunda planta, también había cerrado sus puertas, sin que de momento hubiera sido reemplazada. Pero era sobre todo el propio público el que había cambiado sutilmente. Como cualquier centro comercial –aunque por supuesto de forma menos espectacular que los de La Défense o Les Halles– el Italie 2 atraía desde siempre una cantidad notable de mangantes: habían desaparecido por completo. Y la vestimenta femenina se había transformado, lo sentí de inmediato sin lograr analizar esa transformación; el número de velos islámicos apenas había aumentado, no se trataba de eso, y me llevó casi una hora de vagabundeo comprender, de golpe, qué había cambiado: todas las mujeres llevaban pantalones. La detección de los muslos de las mujeres y la proyección mental reconstruyendo el coño en su intersección, proceso cuyo poder de excitación es directamente proporcional a la longitud de las piernas desnudadas, eran en mí tan involuntarias y maquinales, genéticas en cierta forma, que no había tenido conciencia de ello inmediatamente, pero ahí estaban los hechos: los vestidos y las faldas habían desaparecido. También se había extendido una nueva prenda, una especie de blusa larga de algodón, hasta medio muslo, que eliminaba cualquier interés objetivo por los pantalones ceñidos que algunas mujeres hubieran podido lucir; en cuanto a los shorts, evidentemente ya no había más que hablar. La contemplación del culo de las mujeres, mínimo consuelo fantasioso, también se había vuelto imposible. Por lo tanto, efectivamente se hallaba en curso una transformación; había comenzado a producirse un cambio objetivo. Unas cuantas horas zapeando en las cadenas de la TDT no me permitieron advertir ninguna mutación suplementaria, pero de todas formas, y desde hacía ya mucho tiempo, los programas eróticos de televisión habían pasado de moda.

No fue hasta dos semanas después de mi regreso cuando recibí la carta de París III. Los nuevos estatutos de la Universidad Islámica de París-Sorbona me impedían proseguir allí mi actividad docente; firmaba personalmente la carta Robert Rediger, nuevo rector de la universidad; manifestaba su profundo pesar y me aseguraba que no se cuestionaba en absoluto la calidad de mis trabajos universitarios. Por supuesto, podía proseguir mi carrera en una universidad laica; sin embargo, si prefería renunciar, la Universidad Islámica de París-Sorbona me pagaría desde ese momento una pensión de jubilación cuyo importe mensual estaría sujeto a la inflación y que, a fecha de hoy, se elevaba a 3.472 euros. Podía concertar una cita con los servicios administrativos para cumplimentar los trámites necesarios.

Releí la carta tres veces seguidas antes de dar crédito a lo que decía. Era, casi hasta el último céntimo, lo que hubiera cobrado jubilándome a los sesenta y cinco años, después de completar mi carrera. Verdaderamente estaban dispuestos a grandes sacrificios financieros para evitar revuelo. Sin duda habían sobrevalorado el poder de armar ruido del profesorado universitario, su capacidad para llevar a cabo una campaña de protestas. Ya hacía mucho tiempo que un título de profesor universitario por sí solo no bastaba para acceder a las «columnas» o la sección de «opinión» de los medios importantes, y éstas se habían convertido en un espacio estrictamente cerrado, endogámico. Una protesta incluso unánime de los profesores universitarios hubiera pasado casi completamente inadvertida; pero al parecer, en Arabia Saudí, no podían darse cuenta de eso. En el fondo, aún creían en el poder de la élite intelectual y eso era incluso conmovedor.

Exteriormente, no había nada nuevo en la facultad, aparte de una estrella y una media luna de metal dorado que habían sido añadidas al lado del rótulo de la entrada en el que se leía «Université Sorbonne Nouvelle – Paris 3»; pero, en el interior de los edificios administrativos, las transformaciones eran más visibles. En la antesala había una fotografía de peregrinos deambulando alrededor de la Kaaba, y los despachos estaban decorados con carteles que representaban versículos del Corán caligrafiados; las secretarias habían

cambiado, no reconocí a ninguna de ellas, y todas llevaban velo. Una de ellas me entregó un formulario de solicitud de pensión, de una desconcertante sencillez; pude rellenarlo en el acto en una esquina de una mesa, lo firmé y se lo entregué. Al salir de nuevo al patio, tomé conciencia de que mi carrera universitaria acababa de concluir en pocos minutos.

Al llegar al metro de Censier me detuve, indeciso, ante las escaleras; no lograba decidirme a regresar directamente a casa, como si no ocurriera nada. Los puestos del mercado de Mouffetard acababan de abrir. Erraba por los alrededores de la charcutería auvernesa, contemplando pero sin realmente ver los salchichones aromatizados (al queso azul, con pistachos o nueces), cuando vi a Steve que subía por la calle. También me vio y tuve la sensación de que trataba de volverse sobre sus talones para evitarme, pero ya era demasiado tarde y caminé a su encuentro.

Como yo esperaba, había aceptado una plaza de profesor en la nueva universidad; daba un curso sobre Rimbaud. Estaba manifiestamente azorado al hablarme de ello, y añadió sin que se lo preguntara que las nuevas autoridades no intervenían en nada relativo al contenido de la enseñanza. Bueno, por descontado la conversión final de Rimbaud al islam se presentaba como una certeza, cuando como mínimo era una cuestión controvertida; pero en lo esencial, en el análisis de los poemas, no había ninguna intervención, de verdad. Dado que le escuchaba sin manifestar indignación, poco a poco se fue distendiendo y acabó proponiéndome tomar un café.

–Estuve dudando mucho tiempo... –me dijo después de pedir un Muscadet. Asentí vehemente y comprensivo; evaluaba la duración de su duda en diez minutos, como mucho–. Pero el salario es verdaderamente interesante...

–La pensión de jubilación no está nada mal.

–El salario es mucho más.

–¿Cuánto?

–El triple.

Diez mil euros al mes para un profesor mediocre, que no podía producir ninguna publicación digna de ese nombre, y cuya notoriedad era nula: realmente contaban con recursos muy importantes. Habían perdido la Universidad de Oxford en sus propias narices, me dijo Steve, los qataríes habían aumentado su oferta en el último minuto; así que los saudíes habían decidido invertirlo todo en la Sorbona. Incluso habían comprado pisos en los distritos V y VI para utilizarlos como viviendas para uso de los profesores; él

mismo tenía un apartamento muy bonito de dos dormitorios en la rue du Dragon, por un alquiler muy barato.

–Creo que les hubiera gustado que te quedaras... –añadió–, pero no sabían cómo localizarte. De hecho, hasta me pidieron si podía ayudarles a ponerse en contacto contigo; tuve que decirles que no, que no nos veíamos fuera de la facultad.

Poco después, me acompañó hasta el metro de Censier.

–¿Y las alumnas? –pregunté al llegar frente a la estación.

Sonrió con franqueza.

–En eso, evidentemente, las cosas han cambiado mucho; digamos que ha adoptado una forma diferente. Me he casado –añadió con un poco de brusquedad–. Me he casado con una alumna –precisó.

–¿También se ocupan de eso?

–La verdad es que no, pero no desalientan las posibilidades de contacto. El mes que viene tomaré una segunda esposa –concluyó antes de desaparecer en dirección a la rue de Mirbel, dejándome pasmado en la boca del metro.

Me quedé unos minutos inmóvil antes de decidirme a regresar a casa. Al bajar al andén, vi que el siguiente tren en dirección a Mairie d’Ivry llegaría en siete minutos; un tren entraba en la estación, pero se dirigía a Villejuif.

Estaba en *la flor de la edad*, ninguna enfermedad letal me amenazaba directamente, los problemas de salud que me asaltaban regularmente eran dolorosos pero a fin de cuentas menores; no sería hasta treinta años más tarde, o incluso cuarenta, cuando llegaría a esa zona oscura en la que las enfermedades se vuelven todas más o menos mortales, cuando las *expectativas de vida*, como se dice, se ven comprometidas casi cada vez. No tenía amigos, era cierto, pero ¿acaso alguna vez los había tenido? Y, pensándolo bien, ¿de qué servían los amigos? A partir de cierto nivel de degradación física –y eso iría mucho más rápido, en unos diez años, o probablemente menos, la degradación se haría visible y me calificarían de *aún joven*–, directa y realmente sólo puede tener sentido una relación de tipo conyugal (los cuerpos, de alguna manera, se mezclan; se produce, en cierta medida, un nuevo organismo; por lo menos, si creemos a Platón). Y, en el terreno de las relaciones conyugales, a todas luces no estaba muy bien situado. Los correos electrónicos de Myriam, al filo de las semanas, se habían hecho más raros y más breves. Desde hacía poco había renunciado al encabezamiento «Amor mío» para reemplazarlo por el más neutro de «François». En mi opinión era cuestión de semanas que me anunciara, como todas las que la precedieron, que había *conocido a alguien*. El encuentro ya había tenido lugar, de eso estaba seguro, no sé muy bien por qué pero algo en la elección de las palabras que empleaba, en la disminución constante del número de rostros sonrientes y corazoncitos esparcidos por sus correos electrónicos, me daba una absoluta certeza de ello; simplemente, aún no había reunido el valor para confesármelo. Se apartaba de mí, eso era todo, estaba rehaciendo su vida en Israel, ¿y qué otra cosa podía esperar yo? Era una chica guapa, inteligente y simpática, muy deseable: sí, ¿qué otra cosa podía esperar yo? En todo caso, seguía manifestando el mismo entusiasmo por Israel. «Es duro pero sabemos por qué estamos aquí», me escribió; evidentemente yo no podía decir lo mismo.

El fin de mi carrera universitaria –me llevó varias semanas tomar realmente conciencia de ello– me había privado de todo contacto con las alumnas; ¿y qué podía hacerse? ¿Tenía por eso que inscribirme en Meetic,

como habían hecho muchos otros antes que yo? Era un hombre cultivado, de buen nivel; estaba en la *flor de la edad*, como he dicho; y si después de unas semanas de un diálogo trabajoso a lo largo del cual algunos momentos de entusiasmo respecto a cualquier cosa –pongamos por ejemplo los últimos cuartetos de Beethoven– lograran provisionalmente disimular un hastío creciente y global, hacer resplandecer la esperanza de momentos mágicos o de una complicidad hecha de admiración y carcajadas, si después de esas semanas me decidía a quedar con una de mis numerosas homólogas femeninas, ¿qué podría suceder? Disfunción eréctil por un lado, sequedad vaginal por el otro; sería mejor evitar eso.

Sólo había recurrido muy ocasionalmente a webs de *escorts*, por lo general en los meses de verano, para garantizar en cierta forma la conjunción entre dos alumnas; por lo general había quedado satisfecho. Una rápida exploración en Internet me permitió constatar que el nuevo régimen islámico no había perturbado en absoluto el funcionamiento de esas páginas. Vacilé unas semanas, examinando numerosos perfiles, imprimiendo algunos para releerlos (las webs de *escorts* eran un poco como las guías gastronómicas en las que la descripción, de notable lirismo, de los platos del menú deja entrever delicias muy superiores a las que finalmente cabe disfrutar). Luego me decidí por Nadiamorita; a tenor de las circunstancias políticas globales, elegir una musulmana me excitaba bastante.

De hecho Nadia, de origen tunecino, había escapado completamente al movimiento de reislamización que había afectado masivamente a los jóvenes de su generación. Hija de un radiólogo, vivía desde su infancia en los barrios altos y nunca se había planteado llevar velo. Estudiaba máster 2 de letras modernas, hubiera podido ser una de mis antiguas alumnas; pero no era así, había cursado todos sus estudios en París-Diderot. Sexualmente, ejercía su oficio con mucha profesionalidad, pero encadenaba las posiciones de manera bastante mecánica, se la notaba ausente y sólo se animó un poco al sodomizarla; tenía un culito muy estrecho, pero no sé por qué razón yo no experimentaba ningún placer, me sentía capaz de darle por el culo, sin fatiga y sin alegría, durante horas enteras. En el momento en que comenzó a proferir leves gemidos me di cuenta de que ella empezaba a tener miedo de sentir placer, y quizá sentimientos a continuación; se volvió apresuradamente para rematarme en su boca.

Antes de marcharme hablamos aún unos minutos, sentados en el sofá cama

de La Maison du Convertible, esperando que pasara la hora por la que había pagado. Era inteligente, pero bastante convencional y sobre cualquier tema, de la elección de Mohammed Ben Abbas a la deuda del Tercer Mundo, pensaba exactamente lo que está convenido pensar. Su estudio estaba decorado con gusto, impecablemente ordenado; estaba seguro de que se comportaba de manera razonable, que lejos de gastarse todas sus ganancias en ropa de lujo ahorra con esmero la mayor parte de las mismas. En efecto, me confirmó que después de cuatro años de trabajo –empezó cuando tenía dieciocho años– había ganado lo suficiente para comprar el estudio en el que ejercía. Tenía intención de continuar hasta acabar los estudios y luego contemplaba hacer carrera en el mundo audiovisual.

Unos días más tarde me cité con Babeth la Guarra, que tenía unos comentarios ditirámicos en la web y se presentaba como «caliente y sin tabúes». De hecho, me recibió en su bonito apartamento de sala y dormitorio, un poco vetusto, vestida únicamente con un sujetador con los senos desnudos y un tanga abierto. Tenía el cabello largo y rubio y un rostro cándido, casi angelical. También le gustaba la sodomía pero no dudaba en manifestarlo. Al cabo de una hora aún no me había corrido y me dijo que era muy resistente; lo cierto era que, esta vez tampoco, y aunque mi erección no había desfallecido, en ningún momento había sentido el menor placer. Me pidió que me corriera en sus senos; obedecí. Extendiendo el semen sobre su pecho, me contó que le gustaba mucho estar cubierta de esperma; participaba regularmente en *gang bangs*, por lo general en clubs de intercambios, a veces en lugares públicos como aparcamientos. Aunque sólo pedía una participación mínima –cincuenta euros por persona–, esas veladas eran muy lucrativas para ella, puesto que a veces invitaba a cuarenta o cincuenta hombres, que utilizaban por turnos sus tres orificios antes de correrse sobre ella. Me prometió informarme la próxima vez que organizara un *gang bang*; le di las gracias. No me interesaba realmente, pero me caía simpática.

En resumidas cuentas, esas dos *escorts* eran *buenas*. Sin embargo, no lo suficiente como para que me apeteciera volver a verlas, ni para iniciar con ellas relaciones continuadas: ni para darme ganas de vivir. ¿Debía entonces morir? Me pareció una decisión prematura.

Fue mi padre quien murió, unas semanas más tarde. Lo supe por una llamada de Sylvia, su pareja. No habíamos tenido, se lamentó por teléfono,

«muchas ocasiones de hablar». Era verdaderamente un eufemismo: la verdad era que *nunca* había hablado con ella, sólo conocía su existencia por una alusión indirecta que me hizo mi padre durante nuestra última conversación, dos años atrás.

Vino a buscarme a la estación de Briançon; mi viaje había sido muy desagradable. El TGV hasta Grenoble aún funcionaba, la SNCF mantenía un nivel de servicio mínimo en los TGV; pero los TER estaban verdaderamente abandonados y el que iba a Briançon sufrió varias averías y llegó finalmente con un retraso de una hora y cuarenta minutos; los retretes estaban embozados, un charco de agua mezclada con mierda había invadido la plataforma y amenazaba con extenderse a los compartimentos.

Sylvia conducía un Mitsubishi Pajero Instyle, y para mi gran estupefacción los asientos delanteros estaban cubiertos con fundas de imitación de leopardo. El Mitsubishi Pajero, averigüé a mi regreso comprando un número especial de *L'Auto-Journal*, es «uno de los todoterrenos más eficaces en un medio hostil». En su acabado Instyle está equipado con asientos de cuero, techo deslizante eléctrico, cámara de visión trasera y un equipo de audio Rockford Acoustic de 860 vatios con veintidós altavoces. Todo eso era muy sorprendente; a lo largo de toda su vida –en fin, durante toda la parte de su vida que yo conocía– mi padre se había mantenido, casi hasta la ostentación, en los límites de un buen gusto burgués perfectamente convencional y su vestimenta –trajes de tres piezas grises de rayas finas, o eventualmente azul oscuro, corbatas inglesas de marca– correspondía exactamente a la función que ejercía: director financiero de una gran empresa. Cabello rubio ligeramente ondulado, ojos azules, guapo de cara: hubiera podido interpretar perfectamente un papel en una de esas películas de Hollywood producidas de vez en cuando sobre esos temas a la vez abstrusos y supuestamente cruciales que giran en torno al universo financiero, las *subprimes* y Wall Street. No lo había visto desde hacía diez años y desconocía su evolución, pero de ninguna manera me esperaba esa transformación en una especie de pendero de barrio.

Sylvia rondaba la cincuentena, veinticinco años menos que él aproximadamente; de no haber estado yo allí probablemente hubiera cobrado íntegramente la herencia y mi existencia la obligaba a concederme la parte que me correspondía, el 50 % por lo menos, puesto que era hijo único. En tales condiciones era difícil esperar que tuviera unos sentimientos muy

calurosos hacia mí; sin embargo, se comportaba razonablemente bien, me dirigía la palabra sin excesiva incomodidad. Había llamado varias veces para advertirla del creciente retraso de mi tren, y la notaria pudo aplazar la cita a las seis de la tarde.

La lectura del testamento de mi padre no deparó ninguna sorpresa: su patrimonio se repartía a partes iguales entre nosotros dos; no había ningún legado complementario. Pero la notaria había hecho bien su trabajo y había empezado a valorar la herencia.

Cobraba una buena pensión de Unilever, y tenía poco dinero en efectivo: dos mil euros en su cuenta corriente y unos diez mil euros en una cuenta de ahorro en acciones suscrita tiempo atrás, probablemente olvidada. Su bien principal era la casa donde vivían Sylvia y él: un agente inmobiliario de Briançon la había visitado y la había tasado en cuatrocientos diez mil euros. Su todoterreno Mitsubishi, casi nuevo, estaba estimado en cuarenta y cinco mil euros en el mercado de segunda mano. Lo que más me sorprendió fue la existencia de una colección de escopetas de valor, que la notaria había clasificado por orden de tasación: las más caras eran una Verney-Carron «Platines» y una Chapuis «Oural Elite». El conjunto representaba un montante de ochenta y siete mil euros, mucho más que el todoterreno.

—¿Coleccionaba armas? —pregunté a Sylvia.

—No eran armas de colección; iba mucho a cazar, se había convertido en su gran pasión.

Un antiguo director financiero de Unilever que se había comprado tardíamente un todoterreno de aventura y había recuperado su instinto de cazador y recolector: era sorprendente, pero al fin y al cabo posible. La notaria ya había acabado; iba a ser una herencia enormemente fácil. La extrema rapidez del proceso no me impidió, sin embargo, debido a mi retraso inicial, perder el tren de vuelta, y era el último del día. Eso colocaba a Sylvia en una posición delicada, como nos dimos cuenta los dos, sin duda casi en el mismo momento, al subir al coche. Disipé de inmediato el azoramiento afirmando que para mí lo mejor, y con diferencia, sería encontrar una habitación de hotel cerca de la estación de Briançon. Mi tren a París salía muy temprano a la mañana siguiente y no podía perderlo de ninguna manera, tenía unas citas muy importantes en la capital, afirmé. Mentía doblemente: no sólo no tenía citas al día siguiente, no más que cualquier otro día, sino que el primer tren del día salía un poco antes de mediodía, así que con suerte podía

esperar llegar a París a eso de las seis de la tarde. Tranquilizada por el hecho de que pronto iba a desaparecer de su vida, me invitó casi con entusiasmo a tomar una copa en «casa de ellos», como se obstinaba en decir. No sólo ya no era la «casa de ellos», puesto que mi padre había muerto, sino que pronto ya no sería «su casa»: a la vista de los importes que me habían comunicado, no tendría otra elección que poner la casa en venta para liquidarme mi parte de la herencia.

Situado en los contrafuertes del valle de Freissinières, su chalet era enorme; el aparcamiento, en el sótano, tenía capacidad para una decena de coches. Al recorrer el pasillo que conducía al salón me detuve ante los trofeos de caza disecados que debían de ser gamuzas, muflones, o mamíferos de ese tipo; había también un jabalí, más fácil de reconocer.

–Quítese el abrigo, si quiere... –me dijo Sylvia–. Eso de la caza era muy majo, ¿sabe? También fue un descubrimiento para mí. Ellos iban a cazar todo el domingo, y luego cenábamos con los otros cazadores y sus mujeres, una decena de parejas; por lo general, tomábamos el aperitivo aquí, y a menudo íbamos a un pequeño restaurante del pueblo de al lado, que reservábamos para nosotros solos para la ocasión.

Así que mi padre había disfrutado de un final de vida *majo*; eso también era una sorpresa. Durante toda mi juventud, nunca conocí a ninguno de sus compañeros de trabajo y creo que él tampoco veía a ninguno de ellos fuera del ámbito del trabajo. ¿Tenían amigos mis padres? Tal vez, pero no lograba recordarlo. Vivíamos en Maisons-Laffitte en una casa grande, no tan grande como aquélla, pero sí grande. No recordaba que nadie hubiera venido nunca a cenar a casa, a pasar el fin de semana o esas cosas que suelen hacerse cuando se es *amigo*. Tampoco creía, y era más inquietante, que mi padre hubiera tenido lo que se llaman *amantes*, de eso evidentemente no podía estar seguro, no tenía ninguna prueba; pero no conseguía en absoluto asociar la idea de una amante con el recuerdo que conservaba de él. En resumidas cuentas era un hombre que había vivido dos vidas, claramente separadas, y sin el menor punto de contacto.

El salón era muy amplio y debía de ocupar la totalidad de la planta; cerca de la cocina americana instalada a la derecha de la entrada había una gran mesa rústica. El resto del espacio estaba ocupado por mesas bajas y

profundos sofás de cuero blanco; en la pared había más trofeos de caza, y en un armero la colección de escopetas de mi padre: eran objetos bellos, con incrustaciones de metal finamente trabajadas que brillaban con un suave resplandor. El suelo estaba cubierto de pieles de animales diversos, esencialmente corderos, imagino; parecía que estuviéramos en una película porno alemana de los años setenta, una de esas que transcurren en un refugio de caza del Tirol. Me dirigí hacia el ventanal que abarcaba toda la pared del fondo y daba a un paisaje de montañas.

–Enfrente se ve el pico de la Meije –intervino Sylvia–. Y, más al norte, está la Barre des Écrins. ¿Le apetece tomar algo?

Nunca había visto un mueble bar tan bien surtido, había decenas de aguardientes de frutas y algunos licores cuya existencia ni siquiera sospechaba, pero me contenté con un Martini. Sylvia encendió una lamparita de mesa. El anochecer daba un brillo azulado a la nieve que cubría el macizo de los Écrins, y el ambiente se volvió un poco triste. Dejando incluso a un lado la cuestión de la herencia, no me imaginaba que a ella pudiera apetecerle quedarse sola en esa casa. Aún trabajaba, no sé qué empleo tenía en Briançon, me lo había dicho de camino a la notaría, pero lo había olvidado. A todas luces, aunque se instalara en un buen apartamento en el centro de Briançon, su vida iba a ser mucho menos divertida. Me senté un poco a regañadientes en el sofá y acepté un segundo Martini, pero ya había decidido que sería el último, que justo después le pediría que me acompañara al hotel. Nunca llegaría a entender a las mujeres, eso se me aparecía con creciente evidencia. Se trataba de una mujer normal, e incluso de una normalidad casi exagerada; sin embargo, había logrado encontrarle algo a mi padre; algo que ni mi madre ni yo habíamos descubierto. Y no podía creer que fuera únicamente, ni siquiera principalmente, una cuestión de dinero; ella tenía un salario alto, se veía por su ropa, su peinado, su manera de hablar. Había sido la primera que había sabido encontrar algo que amar en aquel hombre de edad avanzada, ordinario.

De regreso en París, descubrí el correo electrónico que temía recibir desde hacía varias semanas; pero eso no es exactamente cierto, creo que ya me había resignado; lo único que me preguntaba realmente era si Myriam iba a escribirme, ella también, que había *conocido a alguien*; si iba a emplear esa expresión.

Empleaba esa expresión. En el párrafo siguiente se declaraba profundamente apenada y me escribía que nunca pensaría en mí sin cierta tristeza. Creo que era verdad, aunque quizá también fuera verdad que ya no pensaría mucho en mí. Cambiaba a continuación de tema, fingía preocuparse enormemente por la situación política en Francia. Eso era amable, hacer como si nuestro amor en cierta forma se hubiera roto por el torbellino de las convulsiones históricas; es evidente que no era muy honesto, pero era amable.

Aparté la vista de la pantalla del ordenador, di unos pasos hacia la ventana; una nube lenticular aislada, de flancos teñidos de naranja por el sol poniente, flotaba muy alta sobre el estadio Charléty, inmóvil, indiferente como una nave espacial intergaláctica. Sólo sentía un dolor sordo, amortiguado, pero suficiente para impedirme pensar con claridad; todo cuanto veía era que una vez más estaba solo, con un deseo de vivir menguante y numerosos quebraderos de cabeza en perspectiva. Extremadamente sencilla en sí misma, mi dimisión de la universidad había desencadenado un montón de gestiones administrativas con la seguridad social, y accesoriamente con mi mutua, y no tenía valor para abordarlas. Sin embargo, había que hacerlo; aunque generosa, mi pensión de jubilación no me permitiría en ningún caso enfrentarme a una enfermedad grave; por el contrario, me permitía recurrir de nuevo a *escorts*. En el fondo no me apetecía nada, y la oscura noción kantiana del «deber hacia sí mismo» flotaba en mi mente cuando me decidí a recorrer las pantallas de mi página web de contactos habitual. Opté finalmente por un anuncio publicado por dos chicas: Rachida, una marroquí de veintidós años, y Luisa, una española de veinticuatro años, proponían «dejarse encantar por un dúo pícaro y diabólico». Era caro, evidentemente;

pero las circunstancias me parecían justificar un gasto un poco excepcional; fijamos la cita para esa misma tarde.

Las cosas transcurrieron al principio como de costumbre, es decir, bastante bien: tenían alquilado un bonito estudio cerca de la place Monge, habían encendido incienso y puesto una música suave del tipo del canto de las ballenas, las penetré y les di por el culo por turno, sin fatiga y sin placer. No fue hasta al cabo de media hora, mientras me follaba a Luisa a cuatro patas, cuando ocurrió algo nuevo: Rachida me besó y luego, con una pequeña sonrisa, se deslizó detrás de mí; puso primero una mano sobre mi culo, acercó luego su cara y empezó a lamerme los huevos. Poco a poco sentí renacer en mí, con creciente éxtasis, los olvidados estremecimientos del placer. Quizá el correo electrónico de Myriam, el hecho de que en cierta forma me dejara oficialmente, había liberado algo en mí, no lo sé. Loco de reconocimiento me volví, arranqué el preservativo y me ofrecí a la boca de Rachida. Dos minutos más tarde, me corrí entre sus labios y ella relamió meticulosamente las últimas gotas mientras yo le acariciaba el cabello.

Al marcharme, insistí en darles a cada una una propina de cien euros; mis conclusiones negativas tal vez fueran prematuras, esas dos chicas aportaban un testimonio que se añadía a la sorprendente mutación ocurrida, tardíamente, en la vida de mi padre; y quizá, si veía con regularidad a Rachida acabaría naciendo un sentimiento amoroso entre nosotros, nada permitía excluirlo del todo.

Ese breve raptó de entusiasmo se produjo en un momento en que, de forma generalizada, Francia recuperaba un optimismo que no había conocido desde el final de la edad de oro del capitalismo, medio siglo antes. Los primeros pasos del gobierno de unión nacional formado por Mohammed Ben Abbes eran saludados unánimemente como un éxito, nunca un presidente de la república recién elegido había gozado de tal «estado de gracia», los comentaristas eran unánimes al respecto. Recordaba a menudo lo que me había dicho Tanneur acerca de las ambiciones internacionales del nuevo presidente y seguí con interés una información de la que casi no se había hablado: el relanzamiento de las negociaciones sobre la próxima adhesión de Marruecos a la Unión Europea; en lo relativo a Turquía, ya se había fijado un calendario. Así que la reconstrucción del imperio romano estaba en marcha y, en el plano interior, Ben Abbes desarrollaba un recorrido impecable. La consecuencia más inmediata de su elección era que la delincuencia había disminuido, y en proporciones enormes: en los barrios más duros, se había reducido ni más ni menos a una décima parte. Otro éxito inmediato era el paro, cuyas curvas estaban en caída libre. Se debía sin duda a la salida masiva de las mujeres del mercado de trabajo, ligada a la considerable revalorización de las ayudas familiares, la primera medida presentada, simbólicamente, por el nuevo gobierno. El hecho de que el pago de las mismas estuviera condicionado al cese de toda actividad profesional hizo rechinar un poco los dientes entre la izquierda, al principio, pero a la vista de las cifras del paro el rechinar de dientes cesó rápidamente. El déficit presupuestario ni siquiera aumentaría: el incremento de los subsidios familiares estaba compensado por completo por la drástica disminución del presupuesto de Educación, que anteriormente era de lejos el presupuesto más importante del Estado. En el nuevo sistema, la escolarización obligatoria acababa al final de la primaria, es decir, más o menos, a los doce años de edad; se restablecía el certificado de estudios primarios y se consideraba la culminación normal de la formación escolar. Además, se alentaba la formación profesional del artesanado; la financiación de la enseñanza secundaria y superior, por su parte, pasaba a ser enteramente privada. Todas esas reformas tenían como objetivo «devolver su

justo lugar y toda su dignidad a la familia, célula de base de nuestra sociedad», declararon el nuevo presidente de la república y su primer ministro en una extraña alocución común en la que Ben Abbes adoptó unos acentos casi místicos mientras François Bayrou, con el rostro aureolado con una amplia sonrisa beatífica, desempeñaba el papel de «Juan Salchicha», el Hanswurst de las antiguas pantomimas alemanas, que repite de forma exagerada –y un poco grotesca– lo que acaba de decir el personaje principal. A todas luces, las escuelas musulmanas no tenían nada que temer, pues, en todo lo relativo a la enseñanza, la generosidad de las petromonarquías era ilimitada desde siempre. De manera más sorprendente, algunos centros católicos y judíos habían logrado al parecer salir adelante recurriendo a la colaboración de diversos empresarios; en todo caso, anunciaban que habían cerrado las negociaciones y que abrirían con normalidad al inicio del curso.

La implosión brutal del sistema de oposición binario entre centroizquierda y centroderecha que estructuraba la vida política francesa desde tiempos inmemoriales había sumido en un primer momento al conjunto de los medios de comunicación en un estado de estupor que los confinaba en la afasia. Se había podido ver al desventurado Christophe Barbier, con su inconfundible bufanda a media asta, arrastrándose miserablemente de un plató de televisión a otro, incapaz de comentar una mutación histórica que no había visto venir, que a decir verdad nadie había visto venir. Sin embargo, poco a poco, a medida que iban pasando las semanas, empezaron a formarse núcleos de oposición. Primero, entre los laicos de izquierdas. Bajo el impulso de personalidades tan improbables como Jean-Luc Mélenchon y Michel Onfray, hubo concentraciones de protesta; el Frente de Izquierdas seguía existiendo, por lo menos sobre el papel, y ya podía preverse que Mohammed Ben Abbes tendría un oponente presentable en 2027, además, por descontado, de la candidata del Frente Nacional. A la inversa, algunas formaciones como la Unión de Estudiantes Salafistas hicieron oír su voz, denunciando la persistencia de comportamientos inmorales y reclamando una aplicación real de la sharia. Así, poco a poco, se crearon los elementos de un debate político. Sería un debate de un nuevo tipo, muy diferente de los que Francia había conocido a lo largo de las últimas décadas, más parecido al que existía en la mayoría de los países árabes; pero, al fin y al cabo, sería una especie de debate. Y la existencia de un debate político aunque sea artificial es necesaria para el funcionamiento armonioso de los medios de comunicación, quizá

incluso para la existencia en el seno de la población de una sensación por lo menos formal de democracia.

Más allá de esa agitación superficial, Francia evolucionaba rápidamente, y evolucionaba a fondo. Pronto fue evidente que Mohammed Ben Abbes, incluso independientemente del islam, tenía ideas; durante una rueda de prensa, se declaró influido por el distributismo, lo que dejó estupefactos a todos sus oyentes. La verdad era que ya lo había declarado, en varias ocasiones, durante la campaña presidencial; pero dada la tendencia natural de los periodistas a ignorar las noticias que no comprenden, la declaración no fue recogida ni difundida. Esta vez, se trataba de un presidente de la república en ejercicio, así que era indispensable que actualizaran su documentación. El gran público supo así durante las semanas siguientes que el distributismo era una filosofía económica aparecida en Inglaterra a principios del siglo xx bajo los auspicios de los pensadores Gilbert Keith Chesterton e Hilaire Belloc. Pretendía ser una «tercera vía» tan alejada del capitalismo como del comunismo, asimilada a un capitalismo de Estado. Su idea de base era la supresión de la separación entre el capital y el trabajo. La forma normal de la economía era así la empresa familiar; cuando era necesario, para ciertas producciones, reunirse en entidades más vastas, debía hacerse lo necesario para que todos los trabajadores fueran accionistas de su empresa y corresponsables de su gestión.

El distributismo, precisaría más tarde Ben Abbes, era perfectamente compatible con las enseñanzas del islam. No era una precisión superflua, pues Chesterton y Belloc habían sido conocidos en vida sobre todo por su virulenta actividad como polemistas católicos. A pesar del aparente anticapitalismo de la doctrina, pronto se vio que en el fondo las autoridades de Bruselas no tendrían mucho que temer de esa orientación. Las principales medidas prácticas adoptadas por el nuevo gobierno fueron en efecto, por un lado, la supresión total de las ayudas de Estado a los grandes grupos industriales –medidas que Bruselas ya combatía desde hacía mucho tiempo como una vulneración del principio de libre competencia– y, por otro, la adopción de medidas fiscales muy favorables al artesanado y a los autónomos. De entrada, esas medidas fueron muy populares; desde hacía varias décadas, el sueño profesional universalmente expresado por los jóvenes era en efecto «montarse su negocio», o por lo menos tener un estatus de trabajador independiente. Además, correspondían perfectamente a las

evoluciones de la economía nacional: a pesar de los costosos planes de rescate, los grandes complejos industriales habían seguido cerrando en Francia, uno tras otro, mientras la agricultura y el artesanado salían adelante sin mayor problema, e incluso conquistaban, como se dice, partes de mercado.

Todas esas evoluciones conducían a Francia hacia un nuevo modelo de sociedad, pero la transformación permanecería implícita hasta la estruendosa publicación de un ensayo debido a un joven sociólogo, Daniel Da Silva, irónicamente titulado *Un día todo esto será tuyo, hijo mío*, y con el subtítulo más explícito de «Hacia la familia de conveniencia». En la introducción homenajeaba otro ensayo, aparecido diez años antes, del filósofo Pascal Bruckner, en el que éste, al constatar el fracaso del matrimonio por amor, abogaba por el retorno al matrimonio de conveniencia. Igualmente, Da Silva sostenía que el vínculo familiar, en particular el vínculo entre padre e hijo, no podía basarse en ningún caso en el amor sino en la transmisión de un conocimiento y un patrimonio. El paso al salariado generalizado provocaría necesariamente en su opinión la explosión de la familia y la completa atomización de la sociedad, que sólo podría refundarse cuando el modelo de producción normal se basara de nuevo en la empresa individual. Si las tesis antirrománticas habían obtenido a menudo un éxito escandaloso, antes de Da Silva a duras penas se mantuvieron en el horizonte mediático, pues en los medios dominantes seguía reinando un consenso universal acerca de la libertad individual, el misterio del amor y otras cosas. De mente aguda, excelente en el debate, bastante indiferente en el fondo a las ideologías políticas o religiosas, ciñéndose estrictamente en cualquier circunstancia a su ámbito de competencia –el análisis de la evolución de las estructuras familiares y de las consecuencias en las perspectivas demográficas de las sociedades occidentales–, el joven sociólogo fue el primero en romper el círculo de derechización que amenazaba con crearse en torno a él e imponerse como una voz autorizada en los debates de sociedad que nacieron (que nacieron muy lentamente, muy progresivamente, y sin gran virulencia dado que el ambiente general seguía siendo de una lánguida y tácita aceptación, pero que de todas formas nacieron) en torno a los proyectos de sociedad de Mohammed Ben Abbas.

Mi propia historia familiar era una perfecta ilustración de las tesis de Da Silva; en cuanto al amor, nunca había estado tan lejos de él. El milagro de mi primera visita a Rachida y Luisa no se había reproducido, y mi polla se había vuelto de nuevo un órgano tan eficaz como insensible; abandoné el estudio de ellas en un estado que rayaba la desesperación, consciente de que probablemente no volvería a verlas y de que las posibilidades vivas se me escabullían entre los dedos con creciente rapidez, dejándome, como diría Huysmans, «indolente y seco».

Poco después, un frente frío descendió bruscamente varios miles de kilómetros hacia Europa occidental; después de permanecer varios días sobre las Islas Británicas y el norte de Alemania, las masas de aire polar se abatieron en una noche sobre Francia, provocando unas temperaturas excepcionalmente bajas para la estación.

Mi cuerpo, que ya no podía ser fuente de placer, seguía siendo una fuente plausible de sufrimientos, y unos días más tarde me di cuenta de que, quizá por décima vez en los tres últimos años, sufría dishidrosis, que se manifestaba bajo la forma de un eczema vesicular. Unas minúsculas pústulas incrustadas en las plantas y entre los dedos de los pies tendían a unirse para formar una superficie purulenta, en carne viva. En una visita al dermatólogo averigüé que la afección se había complicado con una micosis debida a unos hongos oportunistas que habían colonizado la zona afectada. Había tratamiento pero era largo, no cabía esperar una mejora significativa hasta al cabo de varias semanas. Durante todas las noches siguientes me despertó el dolor y tenía que rascarme horas, hasta sangrar, para obtener un alivio temporal. Era sorprendente que los dedos de mis pies, esos pequeños pedazos de carne regordetes, absurdos, pudieran verse azotados por tan lacerantes torturas.

Una noche en que me había entregado a una de esas sesiones de rascado me levanté con los pies ensangrentados y fui hasta el ventanal. Eran las tres de la madrugada pero la oscuridad, como siempre en París, era sólo parcial. Desde mi ventana se distinguían una decena de rascacielos, varios cientos de

edificios de tamaño medio. En total miles de apartamentos, y también de *familias*, familias reducidas en general en París a una o dos personas, y cada vez más a menudo a sólo una. En ese momento, la mayoría de esas unidades familiares estaban apagadas. Carecía, al igual que la mayoría de esa gente, de una verdadera razón para matarme. Incluso, mirándolo bien, tenía muchas menos: mi vida se había visto jalonada de logros intelectuales concretos, y era reconocido e incluso respetado en un entorno determinado, a buen seguro extremadamente restringido. En el aspecto material, no podía quejarme: tenía la seguridad de beneficiarme hasta mi muerte de un sueldo elevado, dos veces superior a la media nacional, sin tener que llevar a cabo a cambio el menor trabajo. Sin embargo, podía sentirlo, me estaba aproximando al suicidio, sin sentir desesperación ni siquiera una tristeza particular, simplemente por una lenta degradación de la «suma total de las funciones que resisten a la muerte» de la que habla Bichat. Manifiestamente, la mera voluntad de vivir ya no me bastaba para resistir la suma de dolores y quebraderos de cabeza que jalonan la vida de un occidental medio, era incapaz de vivir por mí mismo, ¿y por quién más hubiera vivido? La humanidad no me interesaba, hasta me asqueaba, no consideraba ni remotamente a los humanos mis hermanos, y menos aún si pensaba en una fracción más restringida de la humanidad como la que constituían, por ejemplo, mis compatriotas o mis antiguos colegas. Sin embargo, esos humanos eran mis semejantes, en un sentido desagradable, tenía que reconocerlo, pero era justamente ese parecido lo que me hacía rehuirlos; hubiera necesitado a una mujer: ésa era la solución clásica, demostrada, pues una mujer es humana, por supuesto, pero representa un tipo ligeramente diferente de humanidad, y aporta a la vida cierto perfume de exotismo. Huysmans hubiera podido plantearse el problema prácticamente en los mismos términos, la situación no había cambiado mucho desde entonces más que de manera informal y negativa, por lenta descomposición, por allanamiento de las diferencias, pero sin duda incluso eso se había exagerado mucho. Finalmente Huysmans tomó otro camino, optó por el exotismo más radical de la *divinidad*; pero ese camino seguía dejándome perplejo.

Pasaron unos meses más; mi dishidrosis acabó remitiendo gracias al tratamiento, pero fue reemplazada, casi en el acto, por unos ataques de hemorroides extremadamente violentos. El tiempo se volvió cada vez más frío y mis desplazamientos cada vez más racionales. Una salida semanal hasta

el Géant Casino para renovar mis provisiones de productos alimentarios y de limpieza, una salida cotidiana hasta el buzón para recoger los libros que compraba en Amazon.

Atravesé, sin embargo, sin excesiva desesperación el periodo de las fiestas. El año anterior aún había recibido algunos correos electrónicos deseando un feliz año, de Alice en particular, y también de algunos colegas de la facultad. Ese año, por primera vez, no recibí ninguno.

El 19 de enero por la noche fui presa de una llorera imprevista, interminable. Por la mañana, cuando el alba despuntaba por Le Kremlin-Bicêtre, decidí regresar a la abadía de Ligugé, allí donde Huysmans recibió el oblató.

El TGV a Poitiers estaba anunciado con un retraso indeterminado y agentes de seguridad de la SNCF patrullaban los andenes para evitar que algún usuario cayera en la tentación de encenderse un cigarrillo; en resumidas cuentas, mi viaje empezó bastante mal y en el interior del vagón me aguardaban otras contrariedades. El espacio reservado al equipaje se había reducido aún más desde mi último desplazamiento, era ya casi inexistente, las maletas y bolsas de viaje se amontonaban en los pasillos, haciendo conflictiva y enseguida imposible la deambulaci3n entre los vagones que hasta entonces constituía el principal atractivo de un viaje en tren. El bar Servair, al que me costó veinticinco minutos llegar, iba a depararme otra decepci3n: la mayoría de los platos de una carta ya de por sí reducida no estaban disponibles. La SNCF y la empresa Servair se disculpaban por las molestias ocasionadas; tuve que contentarme con una ensalada de quinoa y albahaca y un agua con gas italiana. Me había comprado *Libération*, un poco por desesperaci3n, en un Relay de la estaci3n. Un artículo acabó llamándome la atenci3n, más o menos a la altura de Saint-Pierre-des-Corps: el distributismo del que hacía gala el nuevo presidente resultaba ser finalmente menos inofensivo de lo que había parecido en un primer momento. Uno de los elementos esenciales de la filosofía política introducida por Chesterton y Belloc era el principio de subsidiariedad. Según ese principio, ninguna entidad (social, económica o política) debía asumir una funci3n que pudiera confiarse a una entidad más pequeña. El papa Pío XI, en su encíclica *Quadragesimo Anno*, dio una definici3n de ese principio: «Como no se puede quitar a los individuos y dar a la comunidad lo que ellos pueden realizar con su propio esfuerzo e industria, así tampoco es justo, constituyendo un grave perjuicio y perturbaci3n del recto orden, quitar a las comunidades menores e inferiores lo que ellas pueden hacer y proporcionar y dárselo a una sociedad mayor y más elevada.» En tal caso, la nueva funci3n cuya atribuci3n a un nivel mayor constituía una «perturbaci3n del recto orden», como Ben Abbes acababa de caer en la cuenta, era ni más ni menos que la solidaridad social. ¡Qué hay más bello, se emocionó en su último discurso, que la solidaridad cuando se ejerce en el marco caluroso de la unidad familiar...! El «marco

caluroso de la unidad familiar» era aún, en ese estadio, sólo un *programa*: pero, más concretamente, el nuevo proyecto de presupuesto del gobierno preveía una disminución en tres años del 85 % del gasto social del país.

Lo más sorprendente era que la magia hipnótica que emanaba Ben Abbes desde el principio seguía operando y que sus proyectos no encontraban ninguna oposición seria. La izquierda siempre había tenido la capacidad de hacer aceptar reformas antisociales que hubieran sido violentamente rechazadas de haber venido de la derecha; pero, por lo que parecía, ése era más aún el caso del partido musulmán. En las páginas internacionales descubrí por ende que las negociaciones de adhesión de Argelia y Túnez a la Unión Europea avanzaban rápidamente, y que antes de fin de año esos dos países deberían sumarse a Marruecos en el seno de la Unión; se habían iniciado ya los contactos con Líbano y Egipto.

Mi viaje comenzó a adquirir un cariz más favorable en la estación de Poitiers. Había taxis en número suficiente, y el taxista no pareció sorprenderse en absoluto cuando le anuncié que me dirigía a la abadía de Ligugé. Era un hombre de unos cincuenta años, corpulento, de mirada serena y dulce; conducía con gran prudencia su monovolumen Toyota. Me explicó que cada semana llegaba gente de todo el mundo para alojarse en el monasterio cristiano más antiguo de Occidente; justo la semana anterior, había llevado a un actor norteamericano famoso, no lograba recordar el nombre pero estaba seguro de haberlo visto en varias películas; un breve interrogatorio estableció que podría tratarse, probablemente pero no con absoluta certeza, de Brad Pitt. Mi estancia sería agradable, presumió el taxista: era un lugar tranquilo y la comida deliciosa. Me di cuenta en el momento en que lo decía que no sólo lo pensaba sino que lo deseaba, que formaba parte de esa gente tan poco numerosa que se alegran a priori de la felicidad de sus semejantes, en resumidas cuentas era lo que se llama un *buen hombre*.

En el vestíbulo de entrada al monasterio se hallaba, a la izquierda, la tienda donde se podían comprar productos de artesanía monástica, pero de momento estaba cerrada; y la recepción, a la derecha, donde no había nadie. Un pequeño cartel indicaba que se llamara en caso de ausencia, pero que salvo por una urgencia, se rogaba abstenerse de hacerlo durante los oficios. El

horario de los oficios estaba indicado, pero no la duración de los mismos: después de un cálculo bastante largo, interpolando las horas de las comidas, concluí que para que todo cupiera en un día, la duración unitaria de un oficio no debía de superar probablemente la media hora. Un breve cálculo me indicó que, en ese preciso momento, debíamos de estar entre los oficios de sexta y de nona; así que podía llamar.

Unos minutos más tarde apareció un monje de elevada estatura, vestido con un hábito negro; sonrió ampliamente al verme. Su rostro de frente alta estaba rodeado de pequeños rizos de cabello castaño, apenas encanecido, y de un collar de barba también castaña, debía de tener como mucho cincuenta años.

–Soy el hermano Joël, yo contesté su correo electrónico –dijo y tomó con autoridad mi bolsa de viaje–, le acompañaré a su habitación.

Se mantenía muy tieso y llevaba sin dificultad alguna mi bolsa aunque era muy pesada, parecía en plena forma física.

–Nos alegramos mucho de volver a verle –prosiguió–, hará ya más de veinte años, ¿verdad?

Debí de mirarle con una expresión de incompreensión total, porque preguntó:

–Fue nuestro huésped hará unos veinte años, ¿verdad? En esa época, estaba usted escribiendo sobre Huysmans.

Era cierto, pero estaba estupefacto de que se acordara de mí, pues a mí su cara no me evocaba absolutamente nada.

–¿Usted es el hermano hospedero?

–No, no, para nada, pero sí lo era en esa época. Es una función que normalmente desempeñan los monjes jóvenes, en fin, jóvenes en la vida monástica. El hermano hospedero tiene que hablar con los huéspedes, aún está en contacto con el mundo; ser hermano hospedero es una especie de esclusa, de descansillo intermedio que se le concede al monje antes de que se sumerja en su vocación de silencio. En mi caso, fui hermano hospedero poco más de un año.

Pasamos junto a un edificio renacentista bastante bonito, bordeado por un jardín; un sol deslumbrante, invernal, centelleaba en los senderos cubiertos de hojas secas. Más lejos se hallaba una iglesia casi tan alta como el claustro, de gótico tardío.

–Es la antigua iglesia del convento, la que conoció Huysmans... –me dijo

el hermano Joël–, pero cuando logramos reformarnos después de la dispersión de la comunidad provocada por las leyes de Combes no logramos recuperarla, contrariamente a los edificios del claustro. Hubo que construir una nueva iglesia en los terrenos del monasterio.

Nos detuvimos frente a una pequeña construcción de una planta, en el mismo estilo renacentista.

–Ésta es nuestra hospedería, aquí se alojará... –añadió.

En el mismo instante, un monje achaparrado de unos cuarenta años, ataviado también con un hábito negro, apareció corriendo en el extremo del sendero. Vivaracho, con una calvicie resplandeciente bajo el sol, daba una impresión de entusiasmo y de competencia extremas; hacía pensar en un ministro de Finanzas, o mejor en un ministro del Presupuesto y me pareció que nadie hubiera dudado en confiarle responsabilidades importantes.

–Y aquí está el hermano Pierre, nuestro nuevo hermano hospedero, con él deberá tratar las cuestiones prácticas de su estancia... –me anunció el hermano Joël–. Yo sólo he venido a saludarle.

Diciendo esas palabras, se inclinó sobremanera ante mí, me estrechó la mano y se marchó hacia el claustro.

–¿Ha venido en TGV? –preguntó el hermano hospedero; lo confirmé–. Sí, es muy rápido, en TGV –prosiguió, manifiestamente deseoso de entablar conversación sobre unas bases consensuales. Luego, tomando mi bolsa de viaje, me condujo a mi habitación: cuadrada, de unos tres metros de lado, estaba empapelada con un papel pintado trenzado gris claro, el suelo estaba cubierto con una moqueta bastante pelada de un gris medio. La única decoración era un gran crucifijo de madera oscura, encima de la pequeña cama individual. Observé en el acto que el lavabo no tenía grifo; advertí también la presencia, en el techo, de un detector de humo. Afirmé al hermano Pierre que esa habitación me convenía perfectamente, pero ya sabía que eso era falso. Cuando se interroga en *En camino*, a veces interminablemente, sobre si soportará la vida monástica, uno de los argumentos en contra sostenidos por Huysmans es que probablemente le impedirán fumar en el interior de los edificios. Eran las frases de ese tipo las que desde siempre habían hecho que me gustara: al igual que ese pasaje en el que declara que una de sus únicas alegrías puras en la vida en esta tierra consiste en instalarse, solo, en su cama, con un montón de buenos libros y un paquete de tabaco al

alcance de la mano. Seguro que sí, sin duda; pero no conoció los detectores de humo.

Sobre una mesa de madera bastante coja reposaban una Biblia, un delgado opúsculo –debido a dom JeanPierre Longeat– sobre el sentido del retiro en un monasterio (estaba escrito: «No llevárselo») y una hoja de información que contenía, esencialmente, el horario de los oficios y de las comidas. Un breve vistazo me descubrió que era casi la hora del oficio de nonas, pero, en ese primer día, decidí abstenerme: su simbolismo no era fulgurante, los oficios de terciaria, de sexta y de nona tenían como vocación «ponerse en presencia de Dios a lo largo del día». Había siete oficios diarios, además de la misa cotidiana; con respecto a la época de Huysmans, allí nada había cambiado, el único alivio era que el oficio de maitines, que antes tenía lugar a las dos de la madrugada, se había avanzado a las diez de la noche. Durante mi primera estancia me gustó mucho ese oficio compuesto de largos salmos meditativos, en plena noche, tan alejado de las completas (y del adiós al día) como de las laudes que saludan una nueva aurora; ese oficio de pura espera, de esperanza última sin razón de esperar. Evidentemente, en pleno invierno, en tiempos en que la iglesia ni siquiera tenía calefacción, no debió de ser un oficio placentero.

Lo que más me impresionaba era que el hermano Joël me hubiera reconocido, más de veinte años después. No debía de haber habido muchos acontecimientos para él, en ese intervalo, desde que dejó sus funciones de hermano hospedero. Había trabajado en los talleres del monasterio, había asistido a los oficios cotidianos. Su vida había sido apacible, y probablemente feliz; ofrecía un vivo contraste con la mía.

Di luego un largo paseo por el jardín, fumando numerosos cigarrillos, esperando el oficio de vísperas, que precedía inmediatamente a la comida. El sol era cada vez más deslumbrante, hacía centellear el hielo, encendía brillos rubios en la piedra de los edificios y escarlatas sobre la alfombra de hojas. El sentido de mi presencia allí había dejado de parecerme muy claro; se me aparecía a veces, débilmente, y desaparecía casi en el acto; pero, a todas luces, ya no tenía mucho que ver con Huysmans.

A lo largo de los dos días siguientes me acostumbré a la letanía de los oficios, sin lograr empero que me gustara. La misa era el único elemento reconocible, el único punto de contacto con la devoción tal como se entiende en el mundo exterior. Por lo demás, se trataba de la lectura y del canto de los salmos apropiados al momento del día, a veces intercalados con breves lecturas de textos sagrados, efectuadas por uno de los monjes, unas lecturas que también acompañaban las comidas, ingeridas en silencio. La iglesia moderna, construida en los terrenos del monasterio, era de una sobria fealdad y recordaba un poco, por su arquitectura, el centro comercial Super-Passy de la rue de l'Annonciation, y sus vitrales, simples manchas abstractas y coloreadas, no merecían mucha atención; pero todo eso no tenía mayor importancia a mis ojos: no era un esteta, infinitamente menos que Huysmans, y la uniforme fealdad del arte religioso contemporáneo me dejaba casi indiferente. Las voces de los monjes se elevaban puras, humildes y benignas en el aire gélido; estaban llenas de dulzura, esperanza y expectativa. El señor Jesús tenía que regresar, pronto regresaría, y el calor de su presencia ya colmaba de alegría sus almas, ése era en el fondo el único tema de aquellos cánticos, cantos de espera orgánica y dulce. Nietzsche dio en el clavo, con su olfato de viejo cabrón: el cristianismo era en el fondo una religión femenina.

Todo aquello habría podido convenirme, pero al regresar a la celda se estropeaban las cosas: el detector de humo me miraba fijamente con su pequeño ojo rojo, hostil. Iba a veces a fumar a la ventana, para constatar que allí también se habían deteriorado las cosas desde Huysmans: la línea del TGV pasaba por el extremo del jardín, a doscientos metros a vuelo de pájaro, los trenes aún circulaban a toda velocidad y el estruendo de las locomotoras sobre los raíles rompía, varias veces cada hora, el silencio meditativo del lugar. Pero el frío se hacía cada vez más intenso, y cada uno de esos altos en la ventana me llevaba acto seguido a acurrucarme, durante largos minutos, contra el radiador de la habitación. Mi humor se agriaba y la prosa de dom Jean-Pierre Longeat, ciertamente un buen monje, lleno de buenas intenciones y de amor, me exasperaba cada vez más. «La vida debería ser un constante intercambio amoroso, en la pena y en la alegría», escribía el hermano, «así

que aprovecha estos pocos días para trabajar esa capacidad de amar y de dejarte amar en palabras y actos.» Meas fuera del tiesto, estoy solo en mi habitación, ironicé furioso. «Estás aquí para dejar tu equipaje y hacer un viaje a tu interior, en este lugar fuente donde se expresa la fuerza del deseo», escribía también. No hay que darle muchas vueltas a mi deseo, gilipollas, sólo quiero fumar un cigarrillo, en ésas estoy, ése es mi lugar fuente. Contrariamente a Huysmans, quizá no me sentía el corazón «endurecido y ahumado por las parrandas»; pero los pulmones endurecidos y ahumados por el tabaco, sí, sin duda.

«¡Escucha, saborea y bebe, canta y llora, llama a la puerta del amor!», exclamaba extasiado Longeat. A la mañana del tercer día comprendí que tenía que marcharme, esa estancia sólo podía ser un fracaso. Le hablé al hermano Pierre de responsabilidades profesionales absolutamente imprevistas, de un alcance literalmente increíble, que por desgracia me obligaban a acortar mi camino. Con su cara de Pierre Moscovici sabía que iba a creerme, y quizá fue una especie de Pierre Moscovici en una vida inmediatamente anterior, así que entre Pierres Moscovicis era posible entenderse, sabía que entre nosotros todo iría bien. Sin embargo, expresó el deseo, en el momento en que nos despedimos en el vestíbulo de acceso al monasterio, de que mi camino entre ellos hubiera sido un camino de luz. Dije que sí sin problema, todo había ido muy bien, pero en ese momento me sentí un poco por debajo de sus expectativas.

Durante la noche, una borrasca procedente del Atlántico abordó Francia por el sudoeste y la temperatura subió diez grados; una niebla espesa cubría la campiña alrededor de Poitiers. Había pedido el taxi con mucha antelación, me quedaba más o menos una hora libre; la pasé en el Bar de l’Amitié, cuya entrada estaba a menos de cincuenta metros del monasterio, bebiendo maquinalmente cervezas Leffe y Hoegaarden. La camarera era flaca e iba muy maquillada, los clientes hablaban muy alto, esencialmente del mercado inmobiliario y de las vacaciones. No sentía ninguna satisfacción al encontrarme de nuevo entre mis semejantes.

V

Si el islam no es político, no es nada.

AYATOLÁ JOMEINI

En la estación de Poitiers tuve que cambiar mi billete de tren. El siguiente TGV a París estaba casi completo, pagué el suplemento para acceder al espacio TGV Pro Première. Según la SNCF era un universo privilegiado que garantizaba una conexión wifi sin fallos, mesitas más amplias para depositar los documentos de trabajo y enchufes eléctricos para evitar encontrarse de repente con el ordenador portátil sin batería; aparte de eso, era una primera normal.

Encontré un asiento aislado, sin nadie enfrente y en el sentido de la marcha. Al otro lado del pasillo, un empresario árabe de unos cincuenta años, vestido con una larga chilaba blanca y *kufiyya* también blanca, que debía de venir de Burdeos, había extendido varias carpetas al lado de su ordenador sobre las mesas a su disposición. Frente a él, dos chicas apenas salidas de la adolescencia –sin duda sus esposas– habían llevado a cabo una razia de caramelos y revistas en el Relay. Eran vivarachas y sonrientes, lucían vestidos largos y velos multicolores. En ese momento una estaba absorta en *Picsou Magazine*, la otra en *Oops*.

El hombre de negocios, por su parte, parecía tener quebraderos de cabeza considerables; abrió su buzón de correo y descargó un archivo adjunto que contenía numerosos cuadros de Excel; el examen de esos documentos pareció incrementar su preocupación. Marcó un número en su móvil y entabló una larga conversación en voz baja, yo no comprendía de qué trataba y traté sin gran entusiasmo de sumergirme en la lectura de *Le Figaro*, que abordaba el nuevo régimen recién instalado en Francia desde el ángulo inmobiliario y del lujo. Desde ese punto de vista la situación era extremadamente prometedora: sabedores de que de ahora en adelante tratarían con un país amigo, los naturales de las monarquías del Golfo se mostraban cada vez más deseosos de contar con una segunda residencia en París o en la Costa Azul, ofreciendo más que los chinos y los rusos, en resumidas cuentas el mercado gozaba de buena salud.

Con grandes carcajadas, las dos muchachas árabes se habían concentrado en el juego de las siete diferencias de *Picsou Magazine*. Alzando la vista de

su hoja de cálculo, el hombre de negocios les dirigió una sonrisa de doloroso reproche. Le devolvieron la sonrisa y siguieron en modo de susurro excitado. Tomó de nuevo el móvil y entabló otra conversación, tan larga y confidencial como la primera. En un régimen islámico, las mujeres –o por lo menos las que eran suficientemente guapas como para despertar el deseo de un esposo rico– tenían en el fondo la posibilidad de seguir siendo niñas prácticamente toda su vida. Poco después de dejar atrás la infancia ellas mismas se convertían en madres y se sumergían de nuevo en el universo infantil. Sus hijos crecían, luego se convertían en abuelas, y así pasaba su vida. Sólo había unos años en los que compraban lencería sexy y cambiaban los juegos infantiles por juegos sexuales, lo que en el fondo venía a ser más o menos lo mismo. Evidentemente perdían autonomía, pero *fuck autonomy*, por mi parte estaba obligado a reconocer que había renunciado con facilidad, e incluso con verdadero alivio, a cualquier responsabilidad de orden profesional o intelectual, y que no envidiaba para nada a aquel hombre de negocios, sentado al otro lado del pasillo de nuestro compartimento de TGV Pro Première, cuya tez se volvía macilenta de angustia a medida que proseguía la conversación telefónica, visiblemente las cosas iban mal: en ese instante, el tren acababa de dejar atrás la estación de Saint-Pierre-des-Corps. Por lo menos tenía la compensación de dos esposas graciosas y encantadoras para distraerle de sus quebraderos de cabeza de hombre de negocios agotado, y quizá tuviera una o dos más en París, me parecía recordar que el número máximo de esposas era cuatro, según la sharia. Mi padre había tenido... a mi madre, esa puta neurótica. Me estremecí ante esa idea. Al fin y al cabo ahora estaba muerta, los dos estaban muertos; yo era el único testimonio vivo – aunque un poco fatigado en esos últimos tiempos– de su amor.

La temperatura también había subido en París, pero algo menos, una lluvia fina y fría se abatía sobre la ciudad; el tráfico era muy denso en la rue de Tolbiac, que me pareció inhabitualmente larga, me dio la sensación de no haber atravesado nunca una calle tan larga, monótona, aburrida e interminable. No esperaba nada en concreto de mi regreso, sólo problemas variados. Sin embargo, para mi sorpresa, había una carta en mi buzón: una que no era un anuncio, ni una factura, ni una solicitud de información administrativa. Eché un vistazo asqueado a mi salón, incapaz de escapar a la evidencia de que no sentía ningún placer particular ante la idea de regresar a mi casa, a ese apartamento en el que nadie se amaba, y que a nadie le gustaba. Me serví una buena copa de calvados antes de abrir la carta.

Estaba firmada por Bastien Lacoue, que aparentemente unos años atrás –no me enteré de la noticia en su momento– había sucedido a Hugues Pradier al frente de las ediciones de la Pléiade. Comentaba en primer lugar que, por una inexplicable omisión, Huysmans aún no había entrado en el catálogo de las ediciones de la Pléiade, a pesar de que era evidente que formaba parte del corpus de los clásicos de la literatura francesa; en eso no podía más que estar de acuerdo. Proseguía afirmando su convicción de que si había que confiar a alguien la edición de las obras de Huysmans en la Pléiade sólo podía ser a mí, en virtud de la excelencia universalmente reconocida de mis trabajos.

No era una propuesta que se pudiera rechazar. Evidentemente uno puede rechazarla, pero eso significa renunciar a cualquier forma de ambición intelectual o social, a cualquier forma de ambición simple y llanamente. ¿Estaba verdaderamente dispuesto a ello? Necesitaba una segunda copa de calvados para reflexionar acerca de la cuestión. Pensándolo mejor, incluso me pareció prudente bajar a comprar otra botella.

Obtuve fácilmente una cita con Bastien Lacoue, dos días más tarde. Su despacho era exactamente como lo había imaginado, voluntariamente anticuado, en una tercera planta a la que se subía por una empinada escalera de madera, con vistas a unos jardines interiores descuidados. Era un intelectual de tipo corriente, con gafitas ovaladas sin montura, bastante jovial,

con aspecto de estar satisfecho consigo mismo, con el mundo y con la posición que en el mismo ocupaba.

Había tenido tiempo de preparar un poco la entrevista y sugerí una ordenación de las obras de Huysmans en dos volúmenes: el primero reuniría las obras de *Le drageoir à épices* hasta *La retraite de Monsieur Bougran* (consideraba 1888 la fecha de escritura más probable) y el segundo estaría consagrado al ciclo Durtal, de *Allá lejos* a *L'oblat*, añadiendo por descontado *Les foules de Lourdes*. Esta ordenación simple, lógica e incluso evidente no presentaría dificultades. La cuestión de las notas era, como siempre, más espinosa. Algunas ediciones pretendidamente sesudas habían considerado conveniente consagrar notas informativas a los innumerables escritores, músicos y pintores citados por Huysmans. Eso me parecía del todo inútil, aunque las notas se relegaran al final del volumen. Aparte de que sobrecargarían enormemente la obra, nunca se podría determinar si se decía demasiado –o no lo suficiente– acerca de Lactance, Angèle de Foligno o Grünewald; aquellas personas que quisieran saber más sólo tenían que documentarse por sí mismas, y eso era todo. Y en cuanto a las relaciones de Huysmans con los escritores de su tiempo –Zola, Maupassant, Barbey d'Aurevilly, Gourmont o Bloy–, en mi opinión correspondía explicitarlas en el prólogo. En eso también Lacoue se mostró de acuerdo con mi opinión.

Por el contrario, las palabras difíciles y los neologismos empleados por Huysmans justificaban ampliamente recurrir a un aparato de notas que imaginaba a pie de página para no ralentizar en exceso la lectura. Asintió con entusiasmo.

–¡Ya ha llevado a cabo un trabajo considerable al respecto en su *Vértigos de los neologismos*! –espetó con alegría.

Alcé la mano derecha con un gesto que expresaba reservas, afirmando que, muy al contrario, en la obra que había tenido la bondad de citar sólo había logrado tratar superficialmente el tema; ahí se abordaba como mucho una cuarta parte del corpus lingüístico huysmansiano. Alzó a su vez el brazo izquierdo, en un gesto conciliador: naturalmente, en ningún caso pretendía subestimar el trabajo considerable que iba a llevarme la elaboración de esa edición; de momento ni siquiera se había fijado una fecha de entrega, así que podía estar tranquilo al respecto.

–Sí, usted trabaja para la eternidad...

–Siempre es un poco pretencioso afirmarlo; pero sí, ésa es nuestra

ambición, en todo caso.

Hubo un breve momento de silencio después de esa declaración, hecha con la pizca de unción necesaria: todo iba bien, me pareció, coincidíamos en los valores comunes, esos volúmenes de la Pléiade iban a ser una balsa de aceite.

–Robert Rediger lamenta mucho su marcha de la Sorbona después del... cambio de régimen, como se diría –prosiguió con una voz más doliente–. Lo sé porque se trata de un amigo. Un amigo personal –añadió con una punta de desafío–. Algunos docentes, de muy buen nivel, se han quedado. Otros, también de muy buen nivel, se han marchado. Cada una de esas partidas, como la suya, ha sido para él una herida personal –concluyó con cierta brusquedad, como si los deberes de la cortesía y los de la amistad se enfrentaran, dentro de él, en una lucha difícil.

No tenía nada que responder a eso, y acabó dándose cuenta de ello después de un silencio de alrededor de un minuto.

–¡Bueno, estoy muy contento de que haya aceptado mi pequeño proyecto! –exclamó frotándose las manos, como si se tratara de una broma amable que acabáramos de gastarle al mundo erudito–. Sepa que me parece absolutamente anormal y lamentable que un hombre como usted..., un hombre de su nivel, quiero decir, se encuentre de golpe sin docencia, sin publicaciones, ¡sin nada!

Después de esas últimas palabras, consciente de que su tono tal vez había sido demasiado dramático, se levantó imperceptiblemente de su asiento; yo también me levanté, con más vivacidad.

Sin duda para dar más lustre al pacto que acabábamos de sellar, Lacoue no sólo me acompañó hasta la puerta, sino que bajó conmigo las tres plantas («¡Cuidado, estos peldaños son de aúpa!»), luego a través de los pasillos («¡Es un laberinto!», espetó con humor; en realidad no era para tanto, había sólo dos pasillos que se cruzaban en ángulo recto, y se llegaba directamente al vestíbulo), hasta la salida de la editorial Gallimard, en la rue Gaston-Gallimard. El aire era de nuevo más frío y más seco, y me di cuenta entonces de que en ningún momento habíamos abordado el tema de la remuneración. Como si acabara de leerme el pensamiento, acercó una mano a mi hombro – sin llegar a tocarlo –, diciendo:

–Dentro de unos días le haré llegar una propuesta de contrato. –Y, sin

tomar aliento, añadió—: El próximo sábado habrá una pequeña recepción para celebrar la reapertura de la Sorbona. Haré que le manden una invitación. Sé que a Robert le hará mucha ilusión si puede asistir.

Esta vez me palmeó francamente el hombro y me estrechó la mano. Había pronunciado las últimas frases con una especie de ligero entusiasmo, como si de improviso hubiera pensado en ello, pero en ese momento tuve la sensación de que esas últimas frases eran, en realidad, lo que explicaba y justificaba todo lo demás.

La recepción empezaba a las seis de la tarde y tenía lugar en la última planta del Instituto del Mundo Árabe, cerrada para la ocasión. Estaba un poco inquieto al entregar mi invitación a la entrada: ¿a quién iba a encontrarme? A saudíes, sin duda, pues la tarjeta de invitación garantizaba la presencia de un príncipe saudí cuyo nombre había reconocido perfectamente, era el principal socio capitalista de la nueva Universidad de París-Sorbona. Probablemente también a mis antiguos colegas, por lo menos a los que habían aceptado trabajar en la nueva estructura, pero no conocía a ninguno aparte de Steve, y Steve era la última persona a la que me apetecía encontrarme en ese momento.

Sin embargo, sí reconocí a uno, a un antiguo colega, en cuanto di unos pasos en la gran sala iluminada con lámparas de araña, la verdad es que apenas le conocía personalmente, debíamos de haber hablado una o dos veces, pero Bertrand de Gignac gozaba de renombre mundial en el campo de la literatura medieval, daba regularmente conferencias en Columbia y en Yale, y era autor de la obra de referencia sobre el *Cantar de Roldán*. Era en el fondo el único verdadero éxito del que el rector de la nueva universidad podía presumir en términos de contratación. Pero, aparte de eso, en el fondo no tenía gran cosa que decirle, la literatura medieval era para mí un campo muy desconocido; acepté pues con formalidad unos *mezzes*, excelentes tanto los calientes como los fríos, y el vino tinto libanés que los acompañaba no estaba nada mal.

Sin embargo, no me daba la sensación de que la recepción fuera un éxito rotundo. Unos grupitos de entre tres y seis personas –árabes y franceses mezclados– circulaban por la sala magníficamente decorada intercambiando pocas palabras. La música árabe-andaluza emitida por los altavoces, cargante y siniestra, no contribuía a mejorar el ambiente, pero el problema no era ése y comprendí súbitamente, después de tres cuartos de hora deambulando entre los asistentes, después de una decena de *mezzes* y de cuatro copas de vino tinto, qué fallaba: sólo había hombres. No había sido invitada ninguna mujer y el mantenimiento de una vida social aceptable en ausencia de mujeres –y

sin el apoyo del fútbol, que hubiera sido inapropiado en ese contexto al fin y al cabo universitario— era un reto difícil de superar.

Inmediatamente después vi a Lacoue, en medio de un grupo más denso que se había refugiado en un rincón de la sala, compuesto aparte de él por una decena de árabes y otros dos franceses. Todos hablaban con viva animación, excepto un hombre de unos cincuenta años, de nariz muy encorvada, de cara gorda y severa. Vestía con sencillez, una larga chilaba blanca, pero comprendí inmediatamente que era el hombre más importante del grupo y probablemente el príncipe en persona. Expresaban por turno, con vehemencia, lo que parecían justificaciones y sólo él guardaba silencio y asentía con la cabeza de vez en cuando, pero su rostro permanecía adusto, había visiblemente un problema pero que no me incumbía, así que volví sobre mis pasos, acepté un *sambusek* de queso y una quinta copa de vino.

Un hombre de avanzada edad, delgado, muy alto, de larga barba rala, se aproximó al príncipe, que se alejó para hablar a solas con él. Privado de su centro, el grupo se dispersó en el acto. Errando al azar por la sala en compañía de uno de los otros franceses, Lacoue me vio y se me acercó haciéndome una vaga señal. Parecía inquieto e hizo las presentaciones de manera casi inaudible, no comprendí ni siquiera el nombre de su acompañante de cabello que parecía engominado, peinado hacia atrás con sumo cuidado y vestido con un magnífico traje de tres piezas azul marino surcado verticalmente por imperceptibles rayas blancas, el paño ligeramente brillante parecía de extrema suavidad, debía de ser seda, me apetecía tocarlo pero me contuve en el último instante.

El problema era que el príncipe estaba muy ofendido porque el ministro de Educación no había asistido a la recepción, a pesar de que se les había prometido formalmente. Y no sólo el ministro no estaba allí sino que no había ningún representante del ministerio, absolutamente nadie, «ni siquiera el secretario de Estado de Universidades...», concluyó con desasosiego.

—Desde la última remodelación del gobierno ya no hay secretario de Estado de Universidades, ¡ya se lo he dicho! —le interrumpió su acompañante, irritado. Para él, la situación era aún más grave de lo que Lacoue imaginaba: el ministro sí tenía intención de asistir, se lo había confirmado la víspera mismo, pero el presidente Ben Abbes en persona había intervenido para disuadirlo y con el objetivo explícito de humillar a los saudíes. Eso iba en el mismo sentido que otras medidas recientes, de mayor calado, como el

relanzamiento del programa nuclear civil y la creación de ayudas a los vehículos eléctricos: el gobierno trataba de obtener a corto plazo una independencia energética total respecto al petróleo saudí; evidentemente eso no beneficiaba a la Universidad Islámica de París Sorbona, pero era sobre todo su rector, a mi parecer, quien debería preocuparse de ello y en ese momento vi a Lacoue volverse hacia un hombre de unos cincuenta años que acababa de entrar en la sala y se dirigía hacia nosotros a paso rápido.

—¡Ahí está Robert! —exclamó con enorme alivio, como si llegara el Mesías.

Se tomó empero el tiempo para presentarme, esta vez de manera audible, antes de ponerle al corriente de la situación. Rediger me estrechó la mano con energía, casi triturándola entre sus poderosas palmas, asegurándome que se alegraba de verme, que esperaba ese momento desde hacía mucho tiempo. Físicamente, era un hombre sobresaliente: muy alto, sin duda algo más de metro noventa, también muy corpulento, ancho de pecho, con una musculatura desarrollada, a decir verdad tenía más aspecto de pilar de rugby que de profesor universitario. Su rostro bronceado, surcado por profundas arrugas, estaba coronado por un cabello enteramente blanco pero abundante, cortado a cepillo. Vestía, de forma bastante inusual, vaqueros y una cazadora de aviador de cuero negro.

Lacoue le explicó rápidamente el problema; Rediger asintió con la cabeza, murmuró que se había oído un lío de ese tipo, y luego, después de reflexionar unos segundos, concluyó:

—Llamaré a Delhommais. Él sabrá qué hacer.

Acto seguido sacó de la cazadora un minúsculo móvil de concha, casi femenino, que parecía aún más minúsculo en su palma, y se alejó unos metros para marcar un número. Lacoue y su acompañante lo observaban sin atreverse a acercarse, paralizados en una angustiosa espera, empezaban a hartarme con sus historias y sobre todo me parecían unos gilipollas, evidentemente había que hacerle la pelota a los petrodólares, hablando en plata, pero al fin y al cabo hubiera bastado con tomar a cualquier comparsa y presentarlo no como el ministro, pues ya se le había visto en la televisión, pero sí como su jefe de gabinete y el fante en traje de tres piezas sin ir más lejos hubiera dado el pego como el perfecto director de gabinete, y los saudíes ni se habrían oído el engaño, verdaderamente se complicaban mucho la vida por nada, pero eso era su problema, acepté una última copa de vino y salí a la terraza, la vista sobre Notre-Dame iluminada era realmente

magnífica, la temperatura había subido y había dejado de llover, la luz lunar jugaba sobre las olas del Sena.

Debí de permanecer mucho tiempo en esa contemplación y cuando regresé a la sala la asistencia eran menos numerosa, aunque por supuesto seguía siendo exclusivamente masculina, y no vi a Lacoue ni a traje-de-tres-piezas. Finalmente no había ido allí inútilmente, me dije recogiendo el folleto del restaurador libanés, sus *mezzes* eran verdaderamente buenos, además servían a domicilio y así variaría de comida. En el momento en que recogía mi abrigo, Rediger se acercó a mí.

–¿Ya se marcha...? –me preguntó extendiendo ligeramente los brazos con aire afligido.

Le pregunté si habían podido resolver el problema protocolario.

–Sí, finalmente he podido solucionar el asunto. El ministro no vendrá hoy, pero ha llamado por teléfono personalmente al príncipe y le ha invitado mañana a un desayuno de trabajo en el ministerio. De todas formas, me temo que Schrameck llevaba razón: era una humillación deliberada por parte de Ben Abbes, que reactiva cada vez más sus amistades de juventud con los qataríes. En resumidas cuentas, aún no se han acabado los problemas. Qué se le va a hacer... –sacudió su mano derecha como para deshacerse de ese tema fastidioso, la apoyó sobre mi hombro–, pero lamento sinceramente que este pequeño lío nos haya impedido charlar. Venga un día a tomar el té a mi casa, así tendremos más tiempo...

Me sonrió súbitamente; tenía una sonrisa encantadora, muy abierta, casi infantil, extremadamente sorprendente en un hombre de aspecto tan viril; creo que lo sabía, y que se valía de ello. Me tendió su tarjeta.

–¿Qué le parece el próximo miércoles, hacia las cinco de la tarde? ¿Está disponible?

Respondí que sí.

Una vez en el metro, examiné la tarjeta de visita de mi nuevo conocido; parecía elegante y de buen gusto, o así me lo parecía a mí. Rediger disponía de un número de teléfono personal, dos números de teléfono profesionales, dos números de fax (uno personal, otro profesional), tres direcciones de Internet con atribuciones mal definidas, dos números de móvil (uno francés, otro inglés) y un identificador de Skype; era un hombre que se dotaba de los medios para que se pusieran en contacto con él. Decididamente, después de Lacoue, empezaba a moverme en las altas esferas, era casi inquietante.

Disponía de una dirección, también, en el 5 de la rue des Arènes, y era la única información que iba a necesitar de momento. Creía recordar que la rue des Arènes era una callejuela encantadora que daba al square des Arènes de Lutèce, igualmente uno de los rincones más deliciosos de París. Allí había carnicerías y queserías recomendadas por Petitrenaud y Pudlowski, sin olvidar los productos italianos. Todo eso era muy tranquilizador.

En la parada de Place Monge, tuve la mala ocurrencia de tomar la salida Arènes de Lutèce. En el aspecto topográfico estaba perfectamente justificado, porque desembocaba directamente en la rue des Arènes; pero había olvidado que esa salida no tenía ascensor, y que el metro de Place Monge se halla a cincuenta metros por debajo del nivel de la calle, y salí agotado y sin resuello de esa curiosa boca de metro excavada en los muros que rodean el parque, con sus gruesas columnatas y su tipografía de inspiración cubista, y una apariencia de conjunto neobabilónica que era del todo incongruente en París y lo sería, igualmente, en cualquier otro lugar de Europa.

Al llegar al número 5 de la rue des Arènes me di cuenta de que Rediger no sólo vivía en una calle encantadora del distrito V, sino que vivía en una *mansión* en una calle encantadora del distrito V, y más aún vivía en una *mansión histórica*. El número 5 correspondía al inverosímil edificio neogótico, flanqueado por una torre cuadrada que evoca un torreón de esquina, donde Jean Paulhan vivió desde 1940 hasta su muerte en 1968. A título personal nunca había soportado a Jean Paulhan, ni su vertiente *eminencia gris* ni sus obras, pero era obligado reconocer que fue uno de los

personajes más poderosos de la edición francesa de posguerra; y que vivió en una casa muy bonita. Mi admiración ante los recursos financieros puestos a disposición de la nueva universidad por Arabia Saudí no dejaba de crecer.

Llamé y me recibió un mayordomo cuyo traje blanco crema, con una chaqueta de cuello Mao, evocaba un poco la vestimenta del difunto dictador Gadafi. Me presenté, se inclinó ligeramente, en efecto me esperaban. Me pidió que aguardara en un pequeño vestíbulo iluminado por vitrales mientras él iba a avisar al profesor Rediger.

Llevaba esperando dos o tres minutos cuando se abrió una puerta a la izquierda y una muchacha de unos quince años, vestida con vaqueros de cintura baja y una camiseta Hello Kitty, entró en la habitación; su largo cabello negro flotaba libremente sobre sus hombros. Al verme profirió un grito, trató torpemente de ocultar su rostro con las manos y se volvió sobre sus pasos corriendo. En el mismo instante Rediger apareció en el rellano superior y bajó la escalera a mi encuentro. Había asistido al incidente e hizo un gesto de resignación al tenderme la mano.

–Es Aïcha, mi nueva esposa. Se sentirá muy avergonzada, porque usted no debería haberla visto sin velo.

–Lo lamento mucho.

–No, no se disculpe, es culpa de ella; tendría que haber preguntado si había algún invitado antes de pasar por el vestíbulo. Aún no se ha acostumbrado a la casa, todo llegará.

–Sí, parece muy joven.

–Acaba de cumplir quince años.

Seguí a Rediger a la primera planta hasta un gran salón biblioteca, las paredes eran muy altas, la altura del techo debía de ser de unos cinco metros. Una de las paredes estaba enteramente cubierta de libros y vi a primera vista que había muchísimas ediciones antiguas, sobre todo del siglo XIX. Dos sólidas escaleras metálicas, montadas sobre raíles, permitían acceder a los estantes más altos. Enfrente, unas macetas de plantas verdes colgaban de un enrejado de madera oscura dispuesto sobre toda la altura de la pared. Había hiedras, helechos y viña virgen cuyo follaje caía en cascada del techo al suelo, serpenteando alrededor de cuadros, unos que reproducían versículos del Corán y otros que contenían fotos de gran formato, tiradas sobre papel

mate, que representaban cúmulos estelares galácticos, supernovas y nebulosas espirales. En el rincón, una gran mesa de trabajo estilo Directorio colocada en diagonal daba de frente a toda la habitación. Rediger me condujo a la esquina opuesta, donde unos sillones de tapicería desgastada de rayas rojas y verdes rodeaban una ancha mesa baja con bandeja de cobre.

–Efectivamente tengo té, si le apetece –dijo invitándome a sentarme–. También tengo aguardiente, whisky, oporto, lo que guste. Y un excelente Meursault.

–Tomemos el Meursault –respondí, un poco intrigado de todas formas, me parecía que el islam condenaba el consumo de alcohol, por lo menos por lo que yo sabía, en el fondo era una religión que conocía poco.

Desapareció, probablemente para pedir que nos trajeran la bebida. Mi sillón se hallaba frente a una alta ventana antigua, de cristales separados por una celosía de plomo, que daba a las arenas. Era una vista excepcional, creo que era la primera vez que tenía una panorámica tan completa del conjunto de las gradas. Sin embargo, al cabo de unos minutos, me acerqué a la biblioteca; también era impresionante.

Dos estantes de abajo estaban llenos de ejemplares en formato 21 × 29,7. Se trataba de tesis defendidas en diversas universidades europeas; leí los títulos de algunas antes de dar con una tesis de filosofía, defendida en la Universidad Católica de Lovaina la Nueva, firmada por Robert Rediger y titulada *Guénon, lector de Nietzsche*. Estaba sacándola del estante cuando Rediger reapareció en la habitación; me sobresalté, como si me hubieran pillado en falta, esbocé el gesto de dejarla de nuevo. Se aproximó, sonriendo:

–No se preocupe, no hay ningún secreto. Y además, para alguien como usted, la curiosidad en relación con el contenido de una biblioteca es casi un deber profesional...

Acercándose más aún, vio el título del ejemplar.

–Ah, ha encontrado mi tesis... –Meneó la cabeza–. Obtuve el doctorado, pero no era una buena tesis. Muy inferior a la suya, en cualquier caso. Digamos que forcé un poco los textos, como se dice. Guénon, pensándolo bien, no estaba tan influido por Nietzsche; su rechazo del mundo moderno es igualmente fuerte, pero procede de fuentes radicalmente diferentes. La verdad es que a buen seguro hoy no la escribiría de la misma manera. También tengo la suya... –prosiguió tomando otro ejemplar de la estantería–. Ya sabe que se

conservan cinco ejemplares en los archivos de la universidad. A la vista del número de investigadores que se presentan cada año para consultarlas, me dije que me podía apropiarse de uno.

Apenas lograba escucharle, estaba al límite del colapso. Hacía casi veinte años que no había estado en presencia de *Joris-Karl Huysmans, o la salida del túnel*; el grosor del volumen era increíble, abrumador: tenía, lo recordé en un destello, setecientos ochenta y ocho páginas. Le había dedicado nada menos que siete años de mi vida.

Con mi tesis aún en la mano, volvió hacia los sillones.

–Es realmente un trabajo importante... –insistió–. Me hizo pensar mucho en el joven Nietzsche, el de *El nacimiento de la tragedia*.

–Exagera...

–No lo creo. *El nacimiento de la tragedia* es, al fin y cabo, una especie de tesis; y en los dos casos hay esa increíble prodigalidad, esa profusión de ideas proyectadas sin la menor preparación en las páginas que, a decir verdad, hacen que el texto sea casi ilegible: lo más sorprendente, dicho sea de paso, es que usted mantuviera ese ritmo durante casi ochocientas páginas. A partir de las *Consideraciones intempestivas* Nietzsche se calmó, comprendió que no es posible infligir al lector una cantidad exagerada de ideas, que hay que contemporizar, dejarle recuperar el aliento. También usted, en *Vértigos de los neologismos*, tuvo la misma evolución, y eso lo convierte en un libro más accesible. La diferencia es que, después, Nietzsche continuó.

–Yo no soy Nietzsche...

–No, no es Nietzsche. Pero es usted algo, algo interesante. Y perdone que sea brutal, es usted algo que quiero. Será mejor poner las cartas sobre la mesa, puesto que ya lo habrá entendido: deseo persuadirle para que retome su puesto docente en la Universidad de París-Sorbona, que presido.

En ese momento se abrió la puerta, lo que me evitó tener que responder, y apareció una mujer de unos cuarenta años, regordeta y de aspecto bonachón, con una bandeja en la que había dispuestos unos pequeños hojaldres y una cubitera conteniendo la prometida botella de Meursault.

–Es Malika, mi primera esposa –dijo, cuando ella hubo salido–, parece que hoy está predestinado a conocer a mis esposas. Me casé con ella cuando aún estábamos en Bélgica. Sí, soy de origen belga... Y sigo siendo belga, además, nunca me he naturalizado, aunque ya llevo veinte años en Francia.

Los hojaldres eran deliciosos, especiados pero no excesivamente, reconocí

el sabor a coriandro. Y el vino era sublime.

–¡Considero que no se habla suficiente del Meursault! –exclamé con entusiasmo–. El Meursault es una síntesis, es como muchos vinos en uno, ¿no le parece?

Me apetecía hablar de cualquier cosa salvo de mi futuro universitario, pero no me hacía ilusiones, iba a volver sobre el tema.

Y volvió sobre él, después de un tiempo de silencio decente.

–Me alegra que haya aceptado supervisar la edición de la Pléiade. Es evidente, es legítimo y me alegra. Cuando me lo explicó Lacoue, ¿qué podía responderle? Que era una elección normal, una elección legítima; y que, además, era la mejor elección. Le hablaré con franqueza: aparte de Gignac, la verdad es que hasta ahora no he logrado conseguir la colaboración de profesores realmente respetados, de auténtico peso internacional; bueno, no es dramático, la universidad acaba de abrir; pero el hecho es que en nuestra conversación soy yo quien le solicita, no tengo gran cosa que ofrecerle. Bueno, sí, en el aspecto financiero tengo mucho que ofrecerle, ya lo sabe, y al fin y al cabo eso también cuenta. Pero en el terreno intelectual, ese puesto en la Sorbona es menos prestigioso que la supervisión de una edición de la Pléiade; soy consciente de ello. Dicho esto, puedo comprometerme, comprometerme a título personal, a que su verdadero trabajo no se vea perturbado. Sólo tendría que dar unas clases fáciles, clases en el aula de primer y segundo curso. Se le evitaría la asistencia a los doctorandos, que sé por propia experiencia que es una tarea fatigosa. No habrá ningún problema en el aspecto estatutario.

Calló. Tuve claramente la sensación de que había agotado una primera provisión de argumentos. Bebió un primer sorbo de Meursault, me serví una segunda copa. Nunca me había ocurrido, creo, sentirme *deseable* hasta ese punto. El mecanismo de la gloria es lento, quizá mi tesis era tan genial como pretendía, a decir verdad apenas la recordaba, las piruetas intelectuales que había llevado a cabo en mi primera juventud me parecían muy lejanas, pero el hecho era en todo caso que gozaba de una especie de *aura*, cuando ya no aspiraba más que a leer un poco, acostándome a las cuatro de la tarde con un cartón de cigarrillos y una botella de alcohol fuerte, pero también tenía que reconocer que a ese ritmo iba a morir, a morir rápidamente, desgraciado y solo, y ¿me apetecía morir rápidamente, desgraciado y solo? En definitiva, no mucho.

Apuré la copa y me serví una tercera. Por el ventanal veía el sol poniéndose sobre las arenas; el silencio se volvía un poco embarazoso. De acuerdo, quería jugar con las *cartas sobre la mesa*, y en el fondo yo también.

–Hay una condición, sin embargo... –dije prudentemente–. Una condición que no es anodina...

Asintió lentamente con la cabeza.

–¿Cree...? ¿Cree que soy una persona que podría convertirse al islam?

Agachó la cabeza, como si se abismara en intensas reflexiones personales; luego, alzando la mirada hacia mí, respondió:

–Sí.

Acto seguido me dedicó de nuevo su sonrisa luminosa, cándida. Era la segunda vez que me la ofrecía y la impresión no fue tan fuerte pero, de todas formas, su sonrisa seguía siendo terriblemente eficaz. En todo caso, ahora él tenía la palabra. Engullí uno tras otro dos hojaldres, ya tibios. El sol desapareció detrás de las gradas, la noche invadió las arenas; era sorprendente pensar que allí, unos dos mil años atrás, tuvieron lugar realmente combates de gladiadores y de bestias salvajes.

–No es católico, cosa que hubiera podido suponer un obstáculo... –prosiguió lentamente.

No, en efecto; eso no podía decirse.

–Y tampoco creo que sea realmente ateo. Los verdaderos ateos, en el fondo, escasean.

–¿Eso cree? A mí me daba la impresión, en cambio, de que el ateísmo estaba universalmente extendido por el mundo occidental.

–En mi opinión, es superficial. Los únicos verdaderos ateos a los que he conocido eran *rebeldes*; no se contentaban constatando fríamente la no existencia de Dios, rechazaban esa existencia, a la manera de Bakunin: «Y aunque Dios existiera, habría que deshacerse de él...», eran ateos a la manera de Kirilov, rechazaban a Dios porque querían colocar al hombre en su lugar, eran humanistas, tenían una idea muy elevada de la libertad humana, de la dignidad humana. ¿Supongo que tampoco se reconoce en ese retrato?

No, en eso tampoco, en efecto; sólo oír la palabra humanismo ya sentía unas ligeras ganas de vomitar, pero también podía ser cosa de los hojaldres, de los que había abusado; tomé otra copa de Meursault para digerirlos.

–Lo que ocurre –prosiguió– es que la mayoría de la gente vive la vida sin preocuparse de esas cosas, que les parecen demasiado filosóficas; sólo

piensan en ello cuando se ven confrontados a un drama, como una enfermedad grave o la muerte de un allegado. Y eso es lo que ocurre en Occidente, porque en el resto del mundo los seres humanos mueren y matan en nombre de esas cuestiones, llevan a cabo guerras sangrientas, y eso desde los orígenes de la humanidad: los hombres se matan por cuestiones metafísicas y no por puntos de crecimiento ni por el reparto de los territorios de caza. Pero, incluso en Occidente, en realidad el ateísmo no tiene ninguna base sólida. Cuando hablo de Dios a la gente, suelo comenzar prestándoles un libro de astronomía...

–Es verdad que sus fotos son muy bonitas.

–Sí, el universo es muy bello; y, sobre todo, su gigantismo es asombroso. Cientos de miles de galaxias, compuestas cada una de cientos de miles de estrellas, algunas de las cuales se hallan a millones de años luz, cientos de miles de millones de kilómetros. Y, a la escala del millón de años luz, empieza a constituirse un orden: los amasijos galácticos se distribuyen hasta formar un gráfico laberíntico. Exponga esos hechos científicos a cien personas elegidas al azar por la calle: ¿cuántas tendrán el valor de sostener que todo eso se ha creado *por casualidad*? Más aún puesto que el universo es relativamente joven, quince millones de años como mucho. Es el célebre argumento del mono mecanógrafo: ¿cuánto tiempo le llevaría a un chimpancé, tecleando al azar el teclado de una máquina, para reescribir la obra de Shakespeare? ¿Cuánto tiempo necesitaría un azar ciego para reconstruir el universo? ¡Seguro que más de quince millones de años...! Y no sólo es el punto de vista del ciudadano de a pie, también es el de los grandes científicos; seguramente no ha habido mente más brillante en la historia de la humanidad que la de Isaac Newton: ¡piense en ese extraordinario esfuerzo intelectual, inusitado, que consistió en unir en una misma ley la caída de los cuerpos terrestres y el movimiento de los planetas! Y Newton creía en Dios, era firmemente creyente, hasta el punto de que consagró los últimos años de su vida a estudios de exégesis bíblica, el único texto sagrado que le era realmente accesible. Einstein tampoco era ateo, aunque la naturaleza exacta de su creencia sea más difícil de definir; pero cuando le objeta a Bohr que «Dios no juega a los dados» no está bromeando, le parece inconcebible que las leyes del universo estén gobernadas por el azar. El argumento del «Dios relojero», que Voltaire juzgaba irrefutable, sigue siendo tan sólido como en el siglo XVIII, incluso ha ganado en pertinencia a medida que la ciencia teje

vínculos cada vez más estrechos entre la astrofísica y la mecánica de partículas. ¿No es en el fondo un poco ridículo ver a esa criatura enclenque, que vive en un planeta anónimo de un brazo periférico de una galaxia ordinaria, alzarse sobre sus patitas para proclamar: «Dios no existe»? Discúlpeme, soy demasiado prolijo...

–No, no tiene por qué disculparse, me interesa mucho... –dije con sinceridad, aunque la verdad era que empezaba a estar un poco borracho, vi de reojo que la botella de Meursault estaba vacía–. Es cierto –proseguí– que mi ateísmo no tiene unas bases muy sólidas; sería muy presuntuoso por mi parte afirmarlo.

–Presuntuoso, sí, ésa es la palabra; en la base del humanismo ateo hay un orgullo y una arrogancia inverosímiles. E incluso la idea cristiana de la encarnación delata, en el fondo, una pretensión un poco cómica. Dios se hizo hombre... ¿Por qué Dios no se encarnaría en habitante de Sirio o de la galaxia de Andrómeda?

–¿Cree en la vida extraterrestre? –le interrumpí sorprendido.

–No lo sé, no suelo pensar en ello, pero es una pura cuestión de aritmética: teniendo en cuenta las miríadas de estrellas que pueblan el universo, de los múltiples planetas que gravitan alrededor de cada una de ellas, sería muy sorprendente que la vida se hubiera manifestado únicamente en la Tierra. Pero poco importa, a lo que me refiero es a que el universo lleva a todas luces la señal de un diseño inteligente, que con toda evidencia es la realización de un proyecto concebido por una gigantesca inteligencia. Y esa idea simple iba, tarde o temprano, a imponerse de nuevo, eso lo supe de muy joven. Todo el debate intelectual del siglo xx se resumió en la oposición entre el comunismo (digamos, la variante *hard* del humanismo) y la democracia liberal, su variante blanda; era sin duda muy reductor. Creo que a los quince años supe que el retorno de lo religioso, del que se empezaba a hablar entonces, sería ineluctable. Mi familia era bastante católica (aunque ya empezaba a quedarme un poco lejos, los católicos fueron sobre todo mis abuelos), así que con toda naturalidad me orienté en primer lugar hacia el catolicismo. Y, desde mi primer año en la universidad, simpatiqué con el movimiento identitario.

Debí de hacer un gesto visible de sorpresa, porque se interrumpió y me miró esbozando una media sonrisa. En ese instante, llamaron a la puerta. Respondió en árabe, y Malika hizo su aparición, llevando una nueva bandeja

con una cafetera, dos tazas y un plato de *baklavas* de pistachos y de *briouats*. También había una botella de *boukha* y dos vasitos.

Rediger sirvió el café antes de proseguir. Era amargo, muy fuerte y me sentó muy bien, recobré inmediatamente toda mi lucidez.

–Nunca he ocultado mi militancia juvenil... –prosiguió–. Y a mis nuevos amigos musulmanes nunca se les ha ocurrido reprochármela; les parece muy normal que, en mi búsqueda de una manera de salir del humanismo ateo, me volviera en primer lugar a mi tradición de origen. Por otra parte, no éramos ni racistas, ni fascistas, o sí, para ser honesto, algunos identitarios no estaban muy lejos de ello; pero en todo caso, yo nunca lo fui. Los fascismos siempre me han parecido una tentativa espectral, de pesadilla y falsa de devolver a la vida a naciones muertas; sin la cristiandad, las naciones europeas no eran más que cuerpos sin alma, unos zombis. La cuestión era la siguiente: ¿podía revivir la cristiandad? Lo creí, lo creí unos años, con crecientes dudas, cada vez estaba más influido por el pensamiento de Toynbee, por su idea de que las civilizaciones no mueren asesinadas, sino que se suicidan. Y luego todo se desmoronó, en un día: exactamente, el 30 de marzo de 2013; recuerdo que era el fin de semana de Pascua. En esa época vivía en Bruselas, y de vez en cuando iba a tomar una copa al bar del Métropole. Siempre me ha gustado el estilo Art Nouveau: hay cosas magníficas en Praga o en Viena, también hay algunos edificios interesantes en París o en Londres, pero para mí, con razón o sin ella, la cumbre de la decoración Art Nouveau era el Hotel Métropole de Bruselas, y en particular su bar. La mañana del 30 de marzo pasé por delante por casualidad y vi un cartel que indicaba que el bar del Métropole cerraría definitivamente sus puertas esa misma noche. Me quedé estupefacto: me dirigí a los camareros. Lo confirmaron; desconocían las razones exactas del cierre. Pensar que hasta entonces se podían pedir bocadillos y cervezas, chocolates vieneses y pasteles de crema en esa obra maestra absoluta del arte decorativo, que uno podía vivir su vida cotidiana rodeado de belleza, y que todo eso iba a desaparecer, de golpe, ¡en pleno corazón de la capital de Europa...! Sí, en ese momento lo comprendí: Europa ya se había suicidado. Como lector de Huysmans, le fastidiaría como a mí su inveterado pesimismo, sus repetidas imprecaciones contra las mediocridades de su tiempo. ¡Y eso que vivía en una época en la que las naciones europeas en su apogeo, al frente de inmensos imperios coloniales, dominaban el mundo...! En una

época extraordinariamente brillante desde el punto de vista tecnológico (el ferrocarril, la iluminación eléctrica, el teléfono, el fonógrafo, las construcciones metálicas de Eiffel) y también desde el punto de vista artístico: ahí habría que citar demasiados nombres, tanto en la literatura como en la pintura, la música...

A todas luces, llevaba razón; e incluso desde el punto de vista más limitado del «arte de vivir», la degradación era considerable. Al aceptar un *baklava* que me tendía Rediger, recordé un libro que había leído unos años antes, consagrado a la historia de los burdeles. En la iconografía de la obra figuraba la reproducción del folleto de un burdel parisino de la Belle Époque. Me llevé una verdadera impresión al constatar que algunas de las especialidades sexuales propuestas por Mademoiselle Hortense no me evocaban absolutamente nada; no se me ocurría qué podían ser el «viaje a tierra amarilla» o el «jaboncillo imperial ruso». El recuerdo de ciertas prácticas sexuales había desaparecido, en un siglo, de la memoria de los hombres, al igual que desaparecen ciertas habilidades artesanales como las de los fabricantes de zuecos o los campaneros. ¿Cómo, en efecto, no adherirse a la idea de la decadencia de Europa?

—Esa Europa que era la cumbre de la civilización humana se ha suicidado, en el espacio de unas décadas —retomó Rediger con tristeza: no había encendido las luces, la habitación sólo estaba iluminada por la lámpara sobre su mesa—. Hubo en toda Europa movimientos anarquistas y nihilistas, llamamientos a la violencia y negación de toda ley moral. Y luego, unos años más tarde, todo acabó con esa locura injustificable de la Primera Guerra Mundial. Freud no se equivocó, tampoco Thomas Mann: si Francia y Alemania, las dos naciones más avanzadas, las más civilizadas del mundo, pudieron lanzarse a esa insensata carnicería, significa que Europa estaba muerta. Así que pasé esa última velada en el Métropole, hasta que cerraron. Regresé a mi casa a pie, atravesando media Bruselas, pasando por el barrio de las instituciones europeas, esa fortaleza lúgubre rodeada de tugurios. Al día siguiente fui a ver a un imam en Zaventem. Y dos días después, el lunes de Pascua, en presencia de una decena de testigos, pronuncié la fórmula ritual de conversión al islam.

No estaba seguro de compartir su punto de vista acerca del papel decisivo de la Primera Guerra Mundial; por supuesto, fue una carnicería inexcusable,

pero la guerra de 1870 ya fue bastante absurda, en todo caso tal como la describe Huysmans, y desacreditó seriamente cualquier forma de patriotismo; las naciones en conjunto no eran más que un despropósito mortífero, y todos los seres humanos un poco conscientes probablemente se dieron cuenta de eso a partir de 1871; de ahí procedían a mi entender el nihilismo, el anarquismo y demás porquerías. No estaba muy al corriente respecto a las civilizaciones más antiguas. Había anochecido en el square des Arènes de Lutèce, los últimos turistas ya habían abandonado el lugar; unas pocas farolas derramaban una débil claridad sobre las gradas. Justo antes de la caída de su imperio, seguro que los romanos tuvieron la sensación de ser una civilización eterna; ¿se suicidaron ellos también? Roma fue una civilización brutal, extremadamente competente en el aspecto militar, y también una civilización cruel, en la que los entretenimientos propuestos a las masas eran combates a muerte entre hombres, o entre hombres y bestias salvajes. ¿Hubo entre los romanos un deseo de desaparecer, una fisura secreta? Rediger debía de haber leído a Gibbon y a otros autores del mismo tipo, de los que yo conocía como mucho el nombre, así que no me sentía en condiciones de mantener la conversación.

–Decididamente hablo demasiado... –dijo esbozando un gesto de apuro. Me sirvió un vaso de *boukha*, me tendió de nuevo la bandeja de dulces; eran excelentes, el contraste con el amargor del aguardiente de higos era delicioso.

–Es tarde, será mejor que me marche –dije titubeando; de hecho, no me apetecía mucho marcharme.

–¡Espere! –Se levantó, se dirigió a su mesa de trabajo, justo detrás había varios estantes de diccionarios y obras de consulta.

Volvió con un librito escrito por él, publicado en una colección de bolsillo, ilustrado y titulado *Diez preguntas sobre el islam*.

–Le he infligido tres horas de proselitismo religioso cuando ya he escrito un libro sobre la cuestión, se está convirtiendo en una segunda naturaleza... ¿Pero quizá ha oído hablar de él?

–Sí, se ha vendido muy bien, ¿verdad?

–Tres millones de ejemplares –se disculpó–. Parece que he desarrollado un inesperado don para la divulgación. Evidentemente, es muy esquemático... –se disculpó de nuevo–, pero al menos podrá leerlo deprisa.

Tenía 128 páginas, y bastante iconografía, esencialmente reproducciones

de arte islámico; en efecto, no iba a llevarme mucho tiempo. Guardé el volumen en mi mochila.

Sirvió otros dos vasos de *boukha*. Fuera, había aparecido la luna, iluminando de lleno las gradas de las arenas, su luz era ahora más fuerte que la de las farolas; observé que las reproducciones fotográficas de los versículos del Corán y de las galaxias colgadas en medio de la pared vegetal estaban iluminadas con lamparillas individuales.

–Tiene una casa muy bonita...

–Me costó años conseguirla, no fue fácil, se lo aseguro... –Se repantigó en su asiento, y en esta ocasión me pareció, por vez primera desde mi llegada, que se abandonaba de verdad: lo que ahora iba a decirme era importante para él, no cabía duda alguna—. Evidentemente lo que me interesa no es Paulhan, ¿a quién puede interesarle Paulhan? Pero a mí me hace feliz a cada instante vivir en la casa donde Dominique Aubry escribió *Historia de O*, en todo caso donde vivía el amante por cuyo amor escribió ese libro. Es un libro fascinante, ¿no le parece?

Era de la misma opinión. *Historia de O* en principio lo tenía todo para no gustarme, las fantasías expuestas me asqueaban y el conjunto era de un kitsch pomposo: el apartamento en la isla Saint-Louis, el palacete del faubourg Saint-Germain, Sir Stephen, todo eso era una pura mierda. No obstante, el libro estaba habitado por una pasión y un aliento que prevalecían.

–Es la sumisión –dijo en voz queda Rediger—. La idea asombrosa y simple, jamás expresada hasta entonces con esa fuerza, de que la cumbre de la felicidad humana reside en la sumisión más absoluta. Es una idea que no me atrevería a exponer ante mis correligionarios, que quizá la juzgarían blasfema, pero para mí hay una relación entre la absoluta sumisión de la mujer al hombre, tal como la describe *Historia de O*, y la sumisión del hombre a Dios, tal como la entiende el islam. Mire –prosiguió–, el islam acepta el mundo, y lo acepta en su integralidad, acepta el mundo *tal cual*, para hablar como Nietzsche. El punto de vista del budismo es que el mundo es *dukkha*: inadecuación, sufrimiento. El cristianismo por su parte manifiesta serias reservas: ¿acaso no se califica a Satán de «príncipe del mundo»? Para el islam, en cambio, la creación divina es perfecta, es una obra maestra absoluta. ¿Qué es en el fondo el Corán sino un inmenso poema místico de alabanza? De alabanza al Creador y de sumisión a sus leyes. No suelo

aconsejar a la gente que desea acercarse al islam comenzar por la lectura del Corán, a menos por descontado que deseen hacer el esfuerzo de aprender árabe y sumergirse en el texto original. Les recomiendo en cambio leer los suras, y repetirlos, sentir su respiración y su aliento. El islam es la única religión que ha prohibido cualquier traducción para el uso litúrgico, porque el Corán está enteramente compuesto de ritmos, de rimas, de estribillos, de asonancias. Reposa sobre la idea básica de la poesía, la idea de una unión de la sonoridad y del sentido que permite decir el mundo.

Hizo un nuevo gesto de excusa, creo que en parte fingía que su propio proselitismo le azoraba, pero a la vez debía de ser muy consciente de que ese discurso ya se lo había hecho a numerosos docentes a los que deseaba convencer; supongo que la observación sobre la negativa de la traducción del Corán, por ejemplo, dio en el blanco con Gignac, los especialistas de la literatura medieval ven a menudo mal la transposición del objeto de su devoción al francés contemporáneo; pero al fin y al cabo, explotados o no, sus argumentos tenían mucha fuerza. Y no podía evitar pensar en su modo de vida: una esposa de cuarenta años para la cocina, una de quince años para otras cosas..., sin duda tenía una o dos esposas de edad intermedia, pero no me imaginaba preguntárselo. Me puse en pie decididamente esta vez para despedirme, le agradecí esa tarde apasionante, que se había alargado hasta el anochecer. Me dijo que también él había pasado muy buen rato, y hubo una especie de duelo de cortesías en el umbral de la puerta; pero los dos éramos sinceros.

De regreso en casa, después de dar vueltas en mi cama durante una hora, me di cuenta de que no iba a lograr dormirme de ninguna manera. No me quedaba gran cosa que beber, sólo una botella de ron que se mezclaría mal con el *boukha*, pero lo necesitaba. Por primera vez en mi vida me había puesto a pensar en Dios, a contemplar seriamente la idea de una especie de Creador del universo que vigilaba todos mis actos, y mi primera reacción fue muy clara: era, simplemente, miedo. Poco a poco me calmé, con la ayuda del alcohol, repitiéndome que era un individuo relativamente insignificante, que seguro que el Creador tenía cosas mejores que hacer, etc., pero a pesar de todo persistía la idea, aterradora, de que de golpe se percataría de mi existencia, *descargaría su puño* y yo sufriría, por ejemplo, un cáncer de mandíbula, como Huysmans, era un cáncer frecuente entre los fumadores, Freud también tuvo uno, sí, un cáncer de mandíbula parecía verosímil. ¿Cómo me las apañaría, después de una ablación de la mandíbula? ¿Cómo podría salir a la calle, ir al supermercado, hacer la compra, soportar las miradas de compasión y de asco? Y si ya no podía hacer la compra, ¿quién la haría por mí? La noche iba a ser aún larga, y me sentía dramáticamente solo. ¿Tendría al menos el elemental valor del suicidio? Ni siquiera tenía esa certeza.

Desperté hacia las seis de la mañana con un fuerte dolor de cabeza. Mientras se hacía el café busqué *Diez preguntas sobre el islam*, pero al cabo de un cuarto de hora tuve que rendirme ante la evidencia: mi mochila no estaba allí, debía de haberla olvidado en casa de Rediger.

Después de dos Aspegic, recuperé la energía suficiente para sumergirme en un diccionario del argot teatral, publicado en 1907, y logré encontrar dos palabras raras utilizadas por Huysmans que fácilmente hubieran podido pasar por neologismos. Era la parte divertida de mi trabajo, divertida y relativamente fácil; lo más difícil sería el prólogo, ahí irían a por mí, era muy consciente. Tarde o temprano, tendría que ponerme de nuevo con mi propia tesis. Esas ochocientas páginas me asustaban, casi me aplastaban; si mal no recordaba, había tendido a releer la obra de Huysmans a la luz de su futura conversión. El propio autor incitaba a ello, y sin duda me dejé manipular por

él, su propio prólogo de *Al revés*, escrito veinte años después, era sintomático. ¿*Al revés* conducía inevitablemente a un retorno al seno de la Iglesia? Ese retorno se había producido finalmente, no cabía dudar de la sinceridad de Huysmans, y *Les foules de Lourdes*, su último libro, era auténticamente el libro de un cristiano, en el que aquel esteta misántropo y solitario, superando la aversión que le inspiraban las beaterías sansulpicianas, lograba por fin dejarse transportar por la fe elemental de la multitud de los peregrinos. Por otro lado, en el terreno práctico, ese retorno no le costó grandes sacrificios: su condición de oblato en Ligugé le permitía vivir fuera del monasterio; tenía su propia sirvienta, que le preparaba aquellos platos de la cocina burguesa que tan importante papel habían desempeñado en su vida; tenía su biblioteca, y sus paquetes de tabaco holandés. Asistía a todos los oficios, y sin duda le gustaba, su dilección estética y casi carnal por la liturgia católica afloraba en todas las páginas de sus últimos libros; pero nunca mencionaba las cuestiones metafísicas suscitadas por Rediger la víspera. Nunca vio los espacios infinitos que asustaban a Pascal, que sumían a Newton y a Kant en el asombro y el respeto. Huysmans era un converso, por descontado, pero no a la manera de Péguy o de Claudel. Mi propia tesis, lo comprendí en ese momento, no me sería de gran ayuda; y las declaraciones del propio Huysmans, tampoco.

Hacia las diez de la mañana estimé que era una hora decente para presentarme en el número 5 de la rue des Arènes; el mayordomo de la víspera me recibió con una sonrisa, vestido aún con su traje blanco de cuello Mao. El profesor Rediger no estaba en casa, me informó, y en efecto había olvidado un objeto. Me trajo mi mochila Adidas en menos de treinta segundos, seguramente la había apartado enseguida: era cortés, eficaz y discreto, en cierto sentido me impresionaba más aún que sus mujeres. Debía de resolver las gestiones administrativas como el rayo, en un chasquido de dedos.

Al descender por la rue de Quatrefages, me hallé sin haberlo buscado ante la gran mezquita de París. Mis pensamientos no se volvieron hacia el eventual Creador del universo sino, prosaicamente, hacia Steve: estaba muy claro, me dije, que el nivel de la enseñanza había bajado. Yo no tenía la notoriedad de Gignac; pero, a pesar de eso, si me decidía a regresar, podía estar seguro de que sería bienvenido.

Sin embargo, sí continué plenamente consciente por la rue Daubenton en

dirección a la Sorbona-París III. No tenía intención de entrar, sólo de pasar frente a la verja; pero tuve un auténtico gesto de alegría al reconocer al vigilante senegalés. Y él también estaba radiante:

–¡Cuánto me alegro de verle, señor! ¡Qué bien que esté usted de vuelta...!

No tuve el valor de sacarle del error, y entré tal como él me invitó al patio principal. Al fin y al cabo, había pasado quince años de mi vida en esa facultad y me agradaba reconocer, por lo menos, a una persona. Me pregunté si también se había visto obligado a convertirse para ser contratado de nuevo; pero tal vez ya fuera musulmán, algunos senegaleses lo son, por lo menos eso me parecía.

Paseé durante un cuarto de hora bajo las arcadas de viguetas metálicas, un poco sorprendido por mi propia nostalgia, sin dejar de ser consciente de que el entorno era verdaderamente feo, aquellos espantosos edificios habían sido construidos durante el peor periodo del modernismo, pero la nostalgia no es un sentimiento estético, ni siquiera está ligada al recuerdo de la felicidad, se siente nostalgia de un lugar simplemente porque uno ha vivido allí, poco importa si bien o mal, el pasado siempre es bonito, y también el futuro, sólo duele el presente y cargamos con él como un absceso de sufrimiento que nos acompaña entre dos infinitos de apacible felicidad.

Poco a poco, de tanto caminar entre las viguetas metálicas, mi nostalgia se disipó e incluso dejé de pensar completamente. Aún pensaba a veces en Myriam, brevemente pero de manera muy dolorosa, al pasar frente al bar de la planta baja donde tuvo lugar nuestro primer encuentro. Por descontado, ahora las alumnas se cubrían con el velo, en general un velo blanco, y paseaban en grupos de dos o tres bajo las arcadas, lo que recordaba un poco un claustro, y la impresión de conjunto era innegablemente estudiosa. Me pregunté qué debía de pasar en el marco más antiguo de la Sorbona-París IV, si uno se sentía de vuelta a la época de Abelardo y Eloísa.

Diez preguntas sobre el islam era en efecto un libro sencillo, estructurado de manera muy eficaz. El primer capítulo, que respondía a la pregunta: «¿Cuáles son nuestras creencias?», casi no me aportó nada nuevo. Era a grandes rasgos lo que Rediger me había dicho la víspera, a lo largo de la tarde que pasé en su casa: la inmensidad y la armonía del universo, la perfección del diseño, etc. Seguía luego un breve desarrollo sobre la sucesión de profetas, que concluía con Mahoma.

Como sin duda la mayoría de los hombres, me salté los capítulos consagrados a los deberes religiosos, a los pilares del islam y al ayuno, para ir directamente al capítulo VII: «¿Por qué la poligamia?». La verdad era que el argumento era original: para llevar a cabo sus sublimes designios, exponía Rediger, el Creador del universo pasaba, en lo relativo al cosmos inanimado, por las leyes de la geometría (obviamente no una geometría euclidiana; tampoco una geometría conmutativa; pero geometría al fin y al cabo). En cuanto a los otros seres vivos, por el contrario, los designios del Creador se manifestaban a través de la selección natural: gracias a ésta, las criaturas animadas alcanzaban su máxima belleza, vitalidad y fuerza. Y entre todas las especies animales, de las que el hombre formaba parte, la ley era la misma: sólo algunos individuos estaban llamados a transmitir su espermia y a engendrar la generación futura, de la que a su vez dependería un número indefinido de generaciones. En el caso de los mamíferos, y teniendo en cuenta el tiempo de gestación de las hembras comparado con la capacidad de reproducción casi ilimitada de los machos, la presión selectiva se ejercía principalmente sobre los machos. La desigualdad entre machos –si a unos se les concedía el goce de varias hembras, otros forzosamente se verían privados de ello– no debía verse como un efecto perverso de la poligamia, sino como pura y llanamente su objetivo real. Así se cumplía el destino de la especie.

Esas curiosas consideraciones le llevaban directamente al capítulo VIII, más consensual, consagrado a «La ecología y el islam», que le permitía accesoriamente tratar la cuestión de la alimentación halal, asimilada por él a una especie de alimentación biológica mejorada. En cuanto a los capítulos IX

y X, consagrados a la economía y a las instituciones políticas, parecían hechos a medida para conducir a la candidatura de Mohammed Ben Abbas.

En esa obra destinada al gran público, y que además había llegado a muchos lectores, Rediger multiplicaba los acomodamientos dirigidos a un público humanista y comparaba el islam con las civilizaciones pastorales y brutales que lo precedieron. Subrayaba así que el islam no había inventado la poligamia, sino que había contribuido a reglamentar su práctica; que no se hallaba en el origen de la lapidación, ni de la ablación; que el profeta Mahoma consideró meritoria la liberación de los esclavos y que, al establecer la igualdad de principio de todos los hombres ante su Creador, puso fin a toda forma de discriminación racial en los países que dominaba.

Conocía todos esos argumentos, los había oído mil veces; eso no impedía que fueran exactos. Pero lo que me impresionó en nuestro encuentro, y que aún me impresionaba más en su libro, era ese aspecto de *discurso bien ensayado*, que inevitablemente aproximaba a Rediger al terreno político. Durante la tarde en la casa de la rue des Arènes no hablamos para nada de política; pero no me sorprendió en absoluto cuando, una semana más tarde, vi que, en el marco de una pequeña remodelación ministerial, acababa de ser nombrado secretario de Estado de Universidades, un cargo recuperado para la ocasión.

Mientras, había tenido ocasión de constatar que se había mostrado mucho menos prudente en artículos destinados a revistas más confidenciales como la *Revue d'études palestiniennes* u *Oummah*. La falta de curiosidad de los periodistas era una auténtica bendición para los intelectuales, porque todo eso estaba hoy en día fácilmente al alcance en Internet y me parecía que exhumar algunos de esos artículos le hubiera causado problemas; pero, al fin y al cabo, quizá me equivocaba, pues a lo largo del siglo XX muchos intelectuales habían apoyado a Stalin, Mao o Pol Pot sin que ello se les hubiera reprochado nunca verdaderamente; el intelectual en Francia no tenía que ser *responsable*, eso no estaba en su naturaleza.

En un artículo publicado en *Oummah*, en el que se preguntaba si el islam estaba destinado a dominar el mundo, Rediger respondía al final afirmativamente. Apenas examinaba el caso de las civilizaciones occidentales porque le parecían a buen seguro condenadas (el individualismo liberal podía llegar a triunfar si se contentaba disolviendo las estructuras intermedias que eran las patrias, las corporaciones y las castas, pero si atacaba a esa estructura

última que era la familia, y por lo tanto a la demografía, firmaría su fracaso final; entonces llegaría, lógicamente, el tiempo del islam). Se mostraba más prolijo en el caso de India y China; de haber conservado sus civilizaciones tradicionales, escribía, India y China habrían podido escapar a la influencia del islam permaneciendo ajenas al monoteísmo, pero, a partir del momento en que se dejaron contaminar por los valores occidentales, también ellas estaban condenadas: detallaba el proceso y proporcionaba un calendario provisional del mismo. El artículo, claro y documentado, delataba claramente la influencia de Guénon, su distinción fundamental entre las civilizaciones tradicionales, tomadas en conjunto, y la civilización moderna.

En otro artículo, se pronunciaba claramente a favor de un reparto muy poco igualitario de las riquezas. Si la miseria propiamente dicha debía quedar excluida de una sociedad musulmana auténtica (el auxilio mediante la limosna constituía incluso uno de los cinco pilares del islam), sí debía mantenerse, sin embargo, una diferencia considerable entre la gran masa de la población, que vivía en una pobreza decorosa, y una ínfima minoría de individuos fastuosamente ricos, lo suficiente para entregarse a gastos exagerados, disparatados, que aseguraban la supervivencia del lujo y de las artes. Esa posición aristocrática procedía esta vez directamente de Nietzsche; en el fondo, Rediger se había mantenido notablemente fiel a los pensadores de su juventud.

Era también nietzscheana su hostilidad sarcástica e hiriente respecto al cristianismo, que reposaba únicamente según él en la personalidad decadente, marginal de Jesús. El fundador del cristianismo había disfrutado de la compañía de las mujeres y *eso se notaba*, escribía. «Si el islam desprecia el cristianismo», citaba, retomando al autor de *El anticristo*, «tiene mil razones para ello; el islam se basa en “hombres”...» La idea de la divinidad de Cristo, proseguía Rediger, era el error fundamental que ineluctablemente conducía al humanismo y a los «derechos del hombre». Eso también ya lo había dicho, y en términos más duros, al igual que sin duda se habría adherido a la idea de que el islam tenía la misión de purificar el mundo desembarazándolo de la doctrina deletérea de la encarnación.

Al envejecer me acercaba yo también a Nietzsche, como es sin duda inevitable cuando se tienen problemas de fontanería. Y me sentía más interesado por Elohim, el sublime ordenador de las constelaciones, que por su desaborido retoño. Jesús había amado demasiado a los hombres, ése era el

problema; dejarse crucificar por ellos delataba por lo menos una *falta de buen gusto*, como hubiera dicho el viejo cabrón. Y el resto de sus acciones no denotaba tampoco grandes entendederas, como por ejemplo el perdón a la mujer adúltera, con argumentos del género «quien esté libre de culpa», etc. No era tan complicado, además, bastaba llamar a un crío de siete años y claro que hubiera tirado la piedra, el jodido mocoso.

Rediger escribía muy bien, era claro y sintético, con algunas pinceladas de humor, como cuando se reía de uno de sus colegas, sin duda un intelectual musulmán con el que competía, que introdujo en un artículo la noción de *imames 2.0*, los que tenían como misión la reconversión de los jóvenes franceses surgidos de la inmigración musulmana. Ahora mismo, le corregía, habría que hablar ya de *imames 3.0*: los que convertían a los jóvenes franceses de pura cepa; el humor nunca le duraba mucho tiempo a Rediger: acto seguido siempre se imponía una consideración seria. Pero reservaba sus sarcasmos en particular para sus colegas *islamoizquierdistas*: el islamoizquierdismo, escribía, era un intento desesperado de los marxistas descompuestos, en plena podredumbre, en estado de muerte clínica, para salir del cubo de la basura de la historia agarrándose a las fuerzas ascendientes del islam. En el plano conceptual, despertaban tantas sonrisas como los famosos «nietzscheanos de izquierdas». Nietzsche era decididamente su obsesión; sus artículos de inspiración nietzscheana, sin embargo, me fatigaron enseguida, sin duda yo mismo había leído mucho a Nietzsche, lo conocía y lo comprendía perfectamente y había perdido cualquier posibilidad de seducirme. Extrañamente, me sentía más atraído por su vena guénoniana: es cierto que Guénon es un autor bastante cargante si hay que leerlo en su totalidad, pero Rediger ofrecía una versión accesible de su obra, una versión *light*. Me gustaba particularmente un artículo titulado «Geometría del vínculo», aparecido en la *Revue d'études traditionnelles*. Volvía de nuevo sobre el fracaso del comunismo –que era al fin y al cabo una primera tentativa de lucha contra el individualismo liberal– y subrayaba que finalmente Trotski había tenido razón frente a Stalin: el comunismo sólo podría triunfar a condición de ser mundial. La misma regla, advertía, valía para el islam: sería universal, o no sería. Pero lo esencial del artículo era una curiosa meditación, no desprovista de una especie de kitsch spinoziano, con escolios y demás zarandajas, acerca de la teoría de los gráficos. Sólo una

religión, intentaba demostrar el artículo, podía crear una relación total entre los individuos. Si consideramos, escribía Rediger, un gráfico de vínculo, o lo que es lo mismo unos individuos (unos puntos) unidos por relaciones personales, es imposible construir un gráfico plano que una entre ellos al conjunto de los individuos. La única solución es pasar por un plano superior, conteniendo un punto único llamado Dios, al que estaría unido el conjunto de los individuos y éstos estarían unidos entre ellos a través de ese intermediario.

Era una lectura muy agradable pero, a la vez, la demostración me parecía falaz en el aspecto geométrico; sin embargo, me distraía de mis problemas de fontanería. Mi vida intelectual, por lo demás, se hallaba en un punto muerto: avanzaba en la fijación del aparato de notas, pero seguía encallado para el prólogo. Fue, curiosamente, haciendo una búsqueda en Internet acerca de Huysmans cuando di con uno de los artículos más notables de Rediger, aparecido esta vez en la *Revue européenne*. Huysmans aparecía citado sólo incidentalmente como el autor en el que quedaba más patente el callejón sin salida del naturalismo y del materialismo, pero el conjunto del artículo era una proposición alusiva a sus antiguos camaradas tradicionalistas e identitarios. Era trágico, defendía con fervor, que una hostilidad irracional hacia el islam les impidiera reconocer esta evidencia: en lo esencial, estaban totalmente de acuerdo con los musulmanes. En el rechazo del ateísmo y del humanismo, en la necesaria sumisión de la mujer, en el retorno del patriarcado: su combate, desde todos los puntos de vista era exactamente el mismo. Y ese combate necesario para la instauración de una nueva fase orgánica de civilización ya no podía llevarse a cabo hoy en día en nombre del cristianismo; era el islam, religión hermana, más reciente, más simple y más verdadera (¿por qué, por ejemplo, Guénon se había convertido al islam? Guénon era ante todo una mente científica, y eligió el islam como científico, por economía de conceptos; y para evitar, también, ciertas creencias irracionales marginales, como la presencia real en la Eucaristía), era el islam, pues, el que hoy había tomado el relevo. A fuerza de melindrerías, zalamerías y vergonzoso peloteo de los progresistas, la Iglesia católica se había vuelto incapaz de oponerse a la decadencia de las costumbres. De rechazar clara, vigorosamente, el matrimonio homosexual, el derecho al aborto y el trabajo de las mujeres. Había que rendirse a la evidencia: llegada a un grado de descomposición repugnante, Europa occidental ya no estaba en condiciones

de salvarse a sí misma, como no lo estuvo la Roma antigua en el siglo V de nuestra era. La llegada masiva de poblaciones inmigrantes impregnadas de una cultura tradicional marcada aún por las jerarquías naturales, la sumisión de la mujer y el respeto a los ancianos constituía una oportunidad histórica para el rearme moral y familiar de Europa, abría la perspectiva de una nueva edad de oro para el viejo continente. Esas poblaciones eran a veces cristianas; pero por lo general, había que admitirlo, eran musulmanas.

Rediger era el primero en reconocer que la cristiandad medieval fue una gran civilización, cuyos logros artísticos permanecerían eternamente vivos en la memoria de los hombres; pero poco a poco perdió terreno, tuvo que transigir con el racionalismo, renunciar a someter el poder temporal, y así poco a poco se condenó, ¿y ello por qué? En el fondo, era un misterio; Dios así lo decidió.

Poco después recibí el *Dictionnaire d'argot moderne* de Rigaud, publicado por Ollendorff en 1881, que había encargado mucho tiempo atrás, y que me permitió aclarar algunas dudas. Como sospechaba, el *claquedent* no era una invención de Huysmans, sino que designaba un lupanar; y el *clapier*,¹ más generalmente, un lugar de prostitución. Casi todas las relaciones sexuales de Huysmans tuvieron lugar con prostitutas y su correspondencia con Arij Prins era muy detallada acerca de los burdeles europeos. Revisando esa correspondencia, tuve de repente la sensación de que debía ir a Bruselas. No tenía para ello una razón evidente. Por supuesto, Huysmans fue publicado en Bruselas, pero, a decir verdad, casi todos los autores importantes de la segunda mitad del siglo XIX tuvieron que recurrir en algún momento a un editor belga para evitar la censura, Huysmans igual que los demás, y mientras redactaba mi tesis ese viaje no me pareció indispensable; fui allí unos años más tarde, sobre todo por Baudelaire; lo que más me impresionó fue la suciedad y la tristeza de la ciudad, así como el odio palpable, más aún que en París o en Londres, entre las comunidades: en Bruselas uno se sentía, más que en cualquier otra capital europea, al borde de la guerra civil.

Ahora, el Partido Musulmán de Bélgica acababa de llegar al poder. En general, se consideraba un acontecimiento importante, desde el punto de vista del equilibrio político europeo. Naturalmente, ya había partidos musulmanes nacionales que formaban parte de coaliciones de gobierno en Inglaterra, Holanda y Alemania; pero Bélgica era el segundo país, después de Francia, donde el partido musulmán contaba con una posición mayoritaria. El tremendo fracaso de la derecha europea tenía en el caso de Bélgica una explicación simple: mientras los partidos nacionalistas flamenco y valón, con diferencia las primeras formaciones políticas en sus respectivas regiones, nunca habían logrado entenderse y ni siquiera habían entablado un verdadero diálogo, los partidos musulmanes flamenco y valón, sobre la base de una religión común, habían llegado fácilmente a un acuerdo de gobierno.

La victoria del Partido Musulmán de Bélgica fue saludada inmediatamente con un caluroso mensaje de Mohammed Ben Abbas: la biografía de su secretario general, Raymond Stouvenens, presentaba además algunos puntos

en común con la de Rediger: había pertenecido al movimiento identitario, en el que fue un cuadro importante sin llegar a comprometerse nunca con las facciones abiertamente neofascistas antes de convertirse al islam.

El servicio de restauración del Thalys ofrecía ahora un menú tradicional y un menú halal. Era la primera transformación visible y también la única: las calles seguían igual de sucias y el hotel Métropole, a pesar de que el bar estuviera cerrado, había conservado buena parte de su antiguo esplendor. Salí de allí hacia las siete de la tarde, hacía aún más frío que en París, las aceras estaban cubiertas de nieve negruzca. Fue en un restaurante de la rue de la Montagne-aux-Herbes-Potagères donde, mientras dudaba entre un *waterzooi* de pollo y una anguila en salsa verde, tuve de repente la certeza de que comprendía totalmente a Huysmans, mejor de lo que se había comprendido él mismo, y que ahora podía redactar mi prólogo, tenía que regresar al hotel para tomar notas, salí del restaurante sin haber pedido la cena. El servicio de habitaciones ofrecía un *waterzooi* de pollo, y así resolví definitivamente la cuestión. Hubiera sido un error conceder demasiada importancia a los «excesos» y a las «parrandas» complacientemente evocados por Huysmans, aquello era sobre todo un tic naturalista, un tópico de la época, ligado también a la necesidad de escandalizar, de contrariar a los burgueses, formaba parte en definitiva de un plan de carrera; y la oposición que establecía entre los apetitos carnales y los rigores de la vida monástica tampoco era pertinente. La castidad no era un problema, nunca lo había sido, ni para Huysmans ni para nadie, y así me lo confirmó mi breve estancia en Ligugé. Si se somete al hombre a estímulos eróticos (además extremadamente estandarizados, los escotes y las minifaldas siempre funcionan, *tetas y culo*, como dicen gráficamente los españoles), sentirá deseos sexuales; si se suprimen dichos estímulos, dejará de sentir esos deseos y al cabo de unos meses, a veces después sólo de unas semanas, perderá hasta el recuerdo de la sexualidad, en realidad eso nunca les había planteado el menor problema a los monjes e incluso yo mismo, desde que el nuevo régimen islámico había hecho evolucionar la vestimenta femenina hacia una mayor decencia, sentía poco a poco que mis impulsos se calmaban y a veces pasaba días enteros sin pensar en ello. La cuestión era quizá ligeramente diferente para las mujeres, dado que el impulso erótico femenino es más difuso y en consecuencia más difícil de dominar, pero a fin de cuentas no

tenía tiempo de entrar en detalles ajenos a la cuestión, tomaba notas con frenesí, en cuanto acabé el *waterzooi* pedí un surtido de quesos, no sólo el sexo nunca tuvo para Huysmans la importancia que le atribuía, sino que tampoco la tuvo la muerte, las angustias existenciales no eran lo suyo, lo que tanto le impresionó en la célebre crucifixión de Grunewald no era la representación de la agonía de Cristo sino puramente su sufrimiento físico, y en eso Huysmans también era exactamente como los demás hombres, su propia muerte suele serles bastante indiferente, su única preocupación real, su verdadero quebradero de cabeza, es evitar en la medida de lo posible el sufrimiento físico. Incluso en el terreno de la crítica artística, las posiciones expresadas por Huysmans eran engañosas. Tomó partido fervientemente a favor de los impresionistas cuando se enfrentaron con el academicismo de su época y escribió páginas admirativas sobre pintores como Gustave Moreau u Odilon Redon; pero él mismo, es sus propias novelas, no se apegaba tanto al impresionismo o al simbolismo como a una tradición pictórica mucho más antigua, la de los maestros flamencos. Las visiones oníricas de *En rada*, que en efecto hubieran podido recordar algunas extravagancias de la pintura simbolista, no estaban muy logradas, en todo caso dejaban un recuerdo menos vivo que sus descripciones entusiastas, intimistas, de las comidas en casa de los Carhaix en *Allá lejos*. Me di cuenta entonces de que había olvidado *Allá lejos* en París y tenía que regresar, me conecté a Internet, el primer Thalys salía a las cinco, a las siete de la mañana estaba en casa y localicé los párrafos donde describía la cocina de «mamá Carhaix», como él la llamaba, el único verdadero tema de Huysmans era en verdad la felicidad burguesa, una felicidad burguesa dolorosamente inaccesible para el soltero, y que ni siquiera era la de la alta burguesía, la cocina celebrada en *Allá lejos* era más bien lo que podría llamarse una honrada cocina casera, y era aún menos la de la aristocracia, siempre manifestó desprecio hacia los «bobos blasonados» fustigados en *L'oblat*. A sus ojos, lo que realmente representaba la felicidad era una alegre comida entre artistas y entre amigos, un cocido con su salsa de rábano picante, acompañado de un vino «honrado», y después un aguardiente de ciruela y tabaco, junto a la chimenea, mientras las ráfagas de viento invernal batían las torres de Saint-Sulpice. La vida le había negado a Huysmans esos sencillos placeres, y sólo alguien tan insensible y brutal como Bloy podía sorprenderse al verle llorar a la muerte en 1895 de Anna Meunier, su única relación femenina duradera, la única mujer con la que, brevemente,

pudo «formar una familia», hasta que la enfermedad nerviosa de Anna, incurable en esa época, la obligó a internarse en Sainte-Anne.

Durante el día salí a comprar cinco cartones de cigarrillos, luego encontré la tarjeta del restaurador libanés, y dos semanas más tarde mi prólogo estaba acabado. Una borrasca procedente de las Azores acababa de abordar Francia, había algo ligeramente húmedo y primaveral en el aire, como una vaga bonanza. El año anterior sin ir más lejos, en esas condiciones meteorológicas, ya hubieran aparecido las primeras faldas cortas. Después de la avenue de Choisy continué por la avenue des Gobelins y luego tomé la rue Monge. En un bar próximo al Instituto del Mundo Árabe, releí mis cuarenta páginas. Había que revisar algunos detalles de puntuación pero, de todas formas, no cabía duda alguna: era lo mejor que había hecho: y era, también, el mejor texto jamás escrito sobre Huysmans.

Regresé andando despacio, como un viejecito, tomando conciencia progresivamente de que, esta vez, era verdaderamente el fin de mi vida intelectual; y que era también el fin de mi larga, muy larga relación con JorisKarl Huysmans.

Naturalmente no iba a anunciarle la noticia a Bastien Lacoue; sabía que tardaría por lo menos un año, quizá dos, en empezar a preocuparse por la finalización del encargo; dispondría mucho tiempo para pulir mis notas a pie de página, así que me adentraba en un periodo *supercool* de mi vida.

Cool a secas, atemperé al abrir mi buzón, por primera vez desde mi regreso de Bruselas; quedaban los problemas administrativos, y la administración «nunca duerme».

De momento, no tenía valor para abrir ninguno de aquellos sobres; durante dos semanas en cierta forma había sido *transportado a las regiones del ideal*, a mi modesto nivel había *creado*; regresar desde ese instante a mi estatus de sujeto administrativo ordinario me parecía un poco rudo. Había un sobre intermedio, procedente de la Universidad de París IV-Sorbona. ¡Ah, ah!, me dije.

Mi «¡ah, ah!» ganó en consistencia cuando descubrí el contenido: estaba invitado a la ceremonia que tendría lugar al día siguiente con motivo de la entrada en funciones de Jean-François Loiseleur como profesor de la universidad. Habría una recepción oficial en el aula Richelieu, y discursos; luego un cóctel en una sala contigua prevista a tal efecto.

Recordaba perfectamente a Loiseleur, fue él quien me hizo entrar en el *Journal des dix-neuviémistes*, muchos años atrás. Ingresó en la carrera universitaria después de una tesis original consagrada a los últimos poemas de Leconte de Lisle. Considerado junto a Heredia el cabecilla de los parnasianos, Leconte de Lisle era en general despreciado por ello, considerado un «honrado artesano sin genio», como dirían los autores de antologías. Sin embargo, bajo el efecto de una especie de crisis místico-cosmológica, escribió en su vejez unos extraños poemas que no se parecían en nada a lo que hasta entonces había escrito, ni a lo que se escribía en su época, que a decir verdad no se parecían a casi nada y de los que a primera vista sólo cabía decir que eran *completamente locos*. Loiseleur tuvo el primer mérito de exhumarlos y el segundo de lograr decir algo de ellos, sin llegar empero a inscribirlos en una filiación literaria real: según él era más conveniente relacionarlos con ciertos fenómenos intelectuales

contemporáneos de aquel parnasiano ya viejo, como la teosofía y el movimiento espiritista. Adquirió así cierta notoriedad en ese terreno en el que no tenía ningún competidor y, sin poder aspirar a la estatura internacional de Gignac, le invitaban regularmente a dar conferencias en Oxford y en St. Andrews.

A título personal, Loiseleur correspondía muy bien al objeto de su estudio; nunca había conocido a nadie que evocara como él al personaje del sabio Cosinus: su cabello largo, canoso y sucio, gafas enormes, ropa desparejada y en tal estado que a menudo parecía al límite de la higiene, inspiraban una especie de respeto teñido de piedad. A buen seguro no tenía intención de *interpretar un personaje*: era simplemente así y no podía ser de otra manera; era además el hombre más amable y dulce del mundo, absolutamente desprovisto de vanidad. La docencia en sí misma, al implicar cierta forma de contacto con seres humanos de naturaleza variada, siempre le había aterrorizado: ¿cómo había logrado convencerlo Rediger? Sí, por lo menos iría al cóctel; tenía curiosidad por averiguarlo.

En mis tiempos, las salas de recepción de la Sorbona, que contaban con cierta reputación histórica y una dirección realmente prestigiosa, nunca se utilizaban para festejos universitarios, sino que a menudo se alquilaban, a tarifas indecentes, para desfiles de moda y otros eventos mundanos; quizá no fuera muy honorable, pero sí muy útil para redondear el presupuesto de funcionamiento. Los nuevos propietarios saudíes habían puesto orden en ese aspecto y bajo su impulso el lugar había recuperado cierta dignidad académica. Al acceder a la primera sala, me reencontré felizmente con el emblema del restaurador libanés que me había acompañado a lo largo de la redacción del prólogo. Ahora me sabía el menú de carrerilla y pedí mi plato con autoridad. El público asistente se componía de la mezcla habitual de universitarios franceses y dignatarios árabes, pero esta vez había muchos franceses, tenía la impresión de que habían acudido todos los profesores. Era comprensible: doblegarse ante la férula del nuevo régimen saudí aún era considerado por muchos un acto vergonzoso, un acto por así llamarlo de *colaboracionismo*; reuniéndose todos ellos eran más numerosos, se infundían valor mutuamente y sentían una gran satisfacción cuando se les presentaba la ocasión de dar la bienvenida a un nuevo colega.

Inmediatamente después de que me sirvieran los *mezzes*, me encontré cara

a cara con Loiseleur. Había cambiado: sin ser absolutamente presentable, en su aspecto exterior se observaba un claro progreso. Llevaba el cabello aún largo y sucio pero bastante peinado; la americana y el pantalón de su traje eran más o menos del mismo color y no lucían ninguna mancha de grasa ni quemadura de cigarrillo; se sentía, o por lo menos ésa era la impresión que me daba, que una mano femenina había empezado a obrar.

–Pues sí... –me confirmó sin que le preguntara nada–, he *dado el paso*. Es curioso, nunca lo había pensado, y finalmente es muy agradable. Me alegra volver a verle, la verdad. ¿Cómo está?

–¿Quiere decir que se ha *casado*? –Yo necesitaba una confirmación.

–Sí, sí, casado, eso es. En el fondo eso de ser una sola carne es muy extraño, pero estoy la mar de bien. Y a usted, ¿cómo le va?

De la misma forma hubiera podido anunciarme que se había hecho yonqui, o aficionado a los deportes de tabla, nada podía sorprenderme, respecto a Loiseleur; pero de todas formas me asombraba y repetía estúpidamente, con la mirada puesta en la cinta de la Legión de Honor que decoraba su mugrienta americana azul petróleo:

–¿*Casado*? ¿Con una *mujer*?

Debía de imaginarme que seguía siendo virgen a sus sesenta años y, a fin de cuentas, era posible.

–Sí, sí, una mujer, me la han encontrado –confirmó, asintiendo vigorosamente con la cabeza–. Una alumna de segundo curso.

Me quedé sin palabras, y entonces le abordó un colega, un viejecito excéntrico de su cuerda, pero más limpio, un especialista en el siglo XVII, creía, versado en el *burlesque* y autor de una obra sobre Scarron. Poco después vi a Rediger en medio de un grupito, en el otro extremo de la galería donde tenía lugar la recepción. En esos últimos tiempos, ensimismado en mi prólogo, no había pensado mucho en él, y me di cuenta entonces de que realmente me alegraba de verle. Por su parte, me saludó efusivamente. Ahora tenía que llamarle «señor ministro», bromeé.

–¿Qué tal la política? ¿Es realmente tan duro? –pregunté más seriamente.

–Sí. Lo que se cuenta no es ninguna exageración. Estaba acostumbrado a las luchas de poder en el contexto universitario, pero eso es peor. Dicho esto, Ben Abbes es en verdad un tipo notable; estoy orgulloso de trabajar con él.

Me acordé entonces de Tanneur, de la comparación que hizo con el emperador Augusto la noche en que cenamos juntos en su casa del Lot; la

comparación pareció interesar a Rediger, hacerle reflexionar. Las negociaciones con Líbano y Egipto avanzaban bien, me dijo; y se habían iniciado los contactos con Libia y Siria, donde Ben Abbes había reactivado amistades personales con los Hermanos Musulmanes locales. En realidad, simplemente trataba de rehacer en menos de una generación, y sólo por vías diplomáticas, lo que al imperio romano le llevó siglos materializar, añadiendo asimismo, de forma incruenta, los vastos territorios del norte de Europa hasta Estonia, Escandinavia e Irlanda. Tenía además el sentido del valor de los símbolos, y se disponía a presentar una propuesta de directiva europea para trasladar la sede de la Comisión a Roma y la del Parlamento a Atenas.

–Hay pocos forjadores de imperios... –añadió pensativamente Rediger–. Mantener unidas a naciones separadas por la religión y la lengua, lograr que se adhieran a un proyecto político común, es un arte difícil. Aparte del imperio romano, sólo se me ocurre el imperio otomano, a una escala más reducida. Napoleón sin duda habría tenido las cualidades necesarias, pues su gestión del asunto israelí fue notable y en la expedición a Egipto demostró que también era capaz de tratar con el islam. Ben Abbes, sí... Puede que Ben Abbes sea del mismo fuste...

Asentí con la cabeza con entusiasmo, aunque la referencia al imperio otomano me superara, pero me sentía cómodo en ese ambiente etéreo, flotante, de conversación cortés entre personas instruidas. Forzosamente, a continuación, nos pusimos a hablar de mi prólogo; me costaba desprenderme de ese trabajo sobre Huysmans que me había ocupado más o menos sordamente durante años: mi vida, en definitiva, no había tenido otro objetivo, constaté con un poco de melancolía, sin traslucírsele a mi interlocutor, quizá fuera demasiado enfático pero no por ello dejaba de ser cierto. Además me escuchaba con atención, sin manifestar signo alguno de aburrimiento. Pasó un camarero y nos sirvió de nuevo.

–También he leído su libro –dije.

–Ah... Me alegra que se haya tomado la molestia de leerlo. Para mí, fue una novedad hacer ese modesto ejercicio de divulgación. Espero que le haya parecido claro.

–Sí, muy claro en conjunto, pero de todas formas tengo algunas preguntas.

Dimos unos pasos hacia el vano de una ventana, no era gran cosa pero bastaba para apartarnos del flujo principal de los invitados, que circulaban de

un extremo al otro de la galería. Por el ventanal se distinguían, bañadas por una luz blanca y fría, las columnatas y la cúpula de la capilla que mandó construir Richelieu: recordé que allí se conservaba su cráneo.

–Richelieu también fue un gran hombre de Estado... –dije sin haber pensado realmente en ello, pero Rediger respondió en el acto:

–Sí, estoy absolutamente de acuerdo, lo que Richelieu hizo por Francia es asombroso. Los reyes de Francia a veces eran mediocres, es fruto del azar de la genética; pero los grandes ministros no podían serlo, en ningún caso. Lo curioso es que la diferencia sigue siendo igual de grande ahora que estamos en una democracia. Le he expresado mi buena opinión acerca de Ben Abbes; pero Bayrou, por el contrario, es un auténtico cretino, un animal político sin consistencia, que sólo vale para figurar en los medios; afortunadamente, en la práctica es Ben Abbes quien tiene todo el poder. Me dirá que estoy obsesionado con Ben Abbes, pero Richelieu también me lleva a él: porque, al igual que Richelieu, Ben Abbes se dispone a rendir un inmenso servicio a la lengua francesa. Con la adhesión de los países árabes, el equilibrio lingüístico europeo se desplazará a favor de Francia. Tarde o temprano, ya lo verá, habrá una propuesta de directiva imponiendo el francés, paritariamente con el inglés, como lengua de trabajo de las instituciones europeas. Pero no hago más que hablar de política, discúlpeme... ¿Me ha dicho que tenía algunas preguntas acerca de mi libro?

–Verá... –retomé después de un prolongado silencio–, es un poco embarazoso, pero naturalmente he leído el capítulo de la poligamia y me cuesta un poco imaginarme como un macho dominante. Pensaba en ello esta tarde al llegar a la recepción, al ver a Loiseleur. Francamente, los profesores de universidad...

–Se lo diré con claridad: en esa cuestión, está usted equivocado. La selección natural es un principio universal que se aplica a todos los seres vivos, pero adopta formas muy diferentes. Existe incluso entre los vegetales, pero en ese caso está ligada al acceso a los nutrientes del suelo, al agua, a la luz solar... El hombre, en cambio, es un animal, por descontado; pero no es un perrito de la pradera, ni un antílope. Lo que le garantiza su posición dominante en la naturaleza no son las garras, ni los dientes, ni la rapidez de su carrera; es ni más ni menos su inteligencia. Así que se lo digo con toda seriedad: no hay nada anormal en situar a los profesores universitarios entre los machos dominantes.

Sonrió de nuevo.

–Sabe... La tarde que pasamos en mi casa hablamos de metafísica, de la creación del universo, etcétera. Soy muy consciente de que eso no es lo que de verdad suele interesar a los hombres; los verdaderos temas, como dice usted, es más embarazoso abordarlos. Incluso ahora seguimos hablando de selección natural, tratamos de mantener la conversación en un nivel razonablemente educado. Evidentemente es difícil preguntar de manera directa: ¿cuál será mi salario?, ¿a cuántas mujeres tendré derecho?

–En lo relativo al salario, ya estoy más o menos al corriente.

–Pues el número de mujeres, a grandes rasgos, es en consecuencia. La ley islámica impone que las esposas sean tratadas con igualdad, lo que ya supone ciertas limitaciones, de entrada en términos de vivienda. En su caso, creo que podría tener tres esposas sin gran dificultad, pero por supuesto, no está obligado a ello.

Eso, sin duda, daba que pensar; pero tenía otra pregunta, aún más embarazosa; eché un rápido vistazo en derredor, para comprobar que nadie pudiera oírnos, antes de proseguir.

–Está también... Bueno, esto es muy delicado... Digamos que la vestimenta islámica tiene sus ventajas, el ambiente general de la sociedad se ha apaciguado, pero a pesar de todo es muy... tapada –dije–. Cuando uno se halla en situación de tener que elegir, eso puede comportar ciertos problemas...

La sonrisa de Rediger se amplió aún más.

–No le dé apuro hablar de ello, ¡de verdad! No sería usted un hombre de no tener ese tipo de preocupaciones... Pero le haré una pregunta que quizá le parezca sorprendente: ¿realmente desea elegir?

–Pues... sí. Creo que sí.

–¿No será una ilusión? Se ha observado que, cuando se les plantea la posibilidad de elegir, todos los hombres eligen lo mismo. Eso es lo que ha conducido a la mayoría de las civilizaciones, y en particular a la musulmana, a la instauración de las casamenteras. Es una profesión muy importante, reservada a las mujeres de gran experiencia y gran sabiduría. Evidentemente, como mujeres, tienen derecho a ver a las muchachas desnudas, de proceder a lo que cabe llamar una especie de evaluación y relacionar su físico con el

estatus social de los futuros maridos. En su caso, puedo garantizarle que no se lamentará...

Callé. La verdad es que me había quedado boquiabierto.

–Incidentalmente –prosiguió Rediger–, si la especie humana está en condiciones de evolucionar se debe a la maleabilidad intelectual de las mujeres. El hombre, en cambio, es rigurosamente ineducable. Ya sea un filósofo del lenguaje, un matemático o un compositor de música serial, inexorablemente siempre tomará sus decisiones reproductivas sobre criterios puramente físicos, y son criterios inmutables desde hace miles de años. Originalmente, por supuesto, las mujeres también se sienten cautivadas ante todo por los atractivos físicos; pero, con una educación apropiada, se puede lograr convencerlas de que lo esencial no está ahí. Se puede, sin ir más lejos, llevarlas a sentirse atraídas por los hombres ricos, y al fin y al cabo enriquecerse ya exige una inteligencia y una astucia por encima de la media. Se puede incluso, en cierta medida, persuadirlas del alto valor erótico de los profesores universitarios... –Sonreía más aún, y por un instante me pregunté si ironizaba, pero de hecho no, no me lo pareció–. Y también se les puede conceder a los profesores un salario elevado, eso siempre simplifica las cosas... –concluyó.

En cierta forma se me estaban abriendo nuevos horizontes y me pregunté si Loiseleur habría recurrido a los servicios de una casamentera; pero la misma pregunta contenía en sí la respuesta: ¿podía imaginar a mi antiguo colega *ligando* con alumnas? En un caso como el suyo, el matrimonio concertado era a todas luces la única fórmula.

La recepción llegaba a su fin, y la noche era muy agradable; regresé a casa a pie, sin pensar verdaderamente, en cierta forma soñando despierto. Que mi vida intelectual había acabado era una evidencia cada vez más obvia, aún participaría en vagos congresos, viviría de mis restos y de mis rentas; pero empezaba a adquirir consciencia –y eso era una verdadera novedad– de que, probablemente, habría otra cosa.

Aún pasarían unas semanas, como una especie de moratoria de decencia, durante las cuales iría subiendo la temperatura y la primavera se instalaría en la región parisina; y luego, por descontado, llamaría a Rediger.

Exageraría ligeramente su propia alegría, sobre todo por delicadeza, para mostrarse sorprendido y darme la sensación de un *libre albedrío*; mi aceptación le haría muy feliz, lo sabía, aunque en el fondo ya la daba por sentada, sin duda desde hacía mucho tiempo, quizá incluso desde la tarde que pasé en su casa en la rue des Arènes: no intenté entonces en absoluto disimular la impresión que me causaban el atractivo físico de Aïcha, ni los hojaldres de Malika. Las mujeres musulmanas eran abnegadas y sumisas, de eso podía estar seguro, así las educaban, y en el fondo eso basta para dar placer; en cuanto a la cocina, me daba igual, era menos delicado que Huysmans al respecto, pero de todas formas recibían una educación apropiada, debía de ser muy raro que no logaran hacer de ellas unas amas de casa por lo menos pasables.

La ceremonia de conversión, en sí misma, sería muy sencilla: probablemente tendría lugar en la Gran Mezquita de París, era lo más práctico para todo el mundo. Dada mi relativa importancia estaría presente el rector, o por lo menos uno de sus colaboradores directos. Rediger también asistiría, por descontado. El número de asistentes, sin embargo, no era una imposición; también habría sin duda algunos fieles corrientes, la mezquita no se cerraba para la ocasión, era un testimonio que tenía que prestar ante mis nuevos hermanos musulmanes, mis pares ante Dios.

De madrugada me abrirían expresamente el hamam, cerrado por lo general a los hombres; vestido con un albornoz, recorrería largos pasillos de columnatas coronadas con arcos, de paredes decoradas con mosaicos de extremada delicadeza; luego, en una sala más pequeña, también decorada con refinados mosaicos, bañada por una luz azulada, dejaría correr el agua largamente, muy largamente, sobre mi cuerpo, hasta que mi cuerpo estuviera

purificado. Luego me vestiría, habría previsto ropa nueva; acto seguido entraría en la gran sala, dedicada al culto.

A mi alrededor se haría el silencio. Me vendrían a la mente imágenes de constelaciones, de supernovas, de nebulosas espirales; también imágenes de fuentes, de desiertos minerales e inviolados, de grandes bosques casi vírgenes; poco a poco, me dejaría penetrar por la grandeza del orden cósmico. Luego, con voz serena, pronunciaría la fórmula siguiente, que me habría aprendido fonéticamente: «*Ašhadu anna lā ilāha illā-llāh wa ašhadu ānna Mu.hammadan rasūlu-llāh.*» Lo que exactamente significaba: «Doy fe de que no hay sino un Dios y Mahoma es su profeta.» Y acto seguido se habría acabado; sería, a partir de entonces, musulmán.

La recepción en la Sorbona sería mucho más larga. Rediger se orientaba a la carrera política y acababa de ser nombrado ministro de Asuntos Exteriores, ya no tenía mucho tiempo que dedicar a sus funciones de rector universitario; exigiría, sin embargo, pronunciar en persona el discurso de entronización (y lo sabía, estaba seguro de que habría preparado un excelente discurso, y que sería para él una alegría pronunciarlo). Estarían presentes todos mis colegas, la noticia de mi Pléiade había circulado en el entorno universitario y todos estaban ya enterados, no era una relación que pudieran descuidar; y todos vestirían toga, pues las autoridades saudíes habían restablecido recientemente la obligación de utilizar esa prenda de ceremonia.

Antes de pronunciar mi discurso de respuesta (que, de acuerdo con la tradición, sería muy breve), tendría a buen seguro un último pensamiento para Myriam. Ella viviría su vida, lo sabía, en condiciones mucho más difíciles que las mías. Desearía sinceramente que su vida fuera feliz, aunque me costara creerlo.

El cóctel sería animado y se prolongaría hasta tarde.

Unos meses más tarde empezarían de nuevo las clases y, por supuesto, reaparecerían las alumnas: bellas, con velo y tímidas. No sabía cómo circulaban las informaciones acerca de la notoriedad de los profesores entre las alumnas, pero circulaban desde siempre, era inevitable, y no creía que las cosas hubieran cambiado significativamente. Cualquiera de esas chicas, por guapa que fuera, se sentiría feliz y orgullosa de que yo la eligiera, y honrada

al compartir mi lecho. Serían dignas de ser amadas; y, por mi parte, conseguiría amarlas.

Un poco como le había ocurrido unos años antes a mi padre, se me ofrecería una nueva oportunidad; y sería la oportunidad de una segunda vida, sin mucha relación con la precedente.

No extrañaría nada.

AGRADECIMIENTOS

No he cursado estudios universitarios y todas mis informaciones sobre esa institución las he obtenido de Agathe Novak-Lechevalier, profesora de la Universidad de París X-Nanterre. Si mis fabulaciones se inscriben en un marco más o menos creíble, se lo debo únicamente a ella.

Título de la edición original:
Michel Houellebecq

Edición en formato digital: marzo de 2015

© de la traducción, Joan Riambau, 2015

© Michel Houellebecq y Flammarion, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2015
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3597-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

1. Apodo que acuñó el propio Lorrain (a partir de *enfiler*, sodomizar) y con el que hacía gala de su homosexualidad. (*N. del T.*)

1. Sede de la Escuela Normal Superior de París. (*N. del T.*)

1. Émile Combes (1835-1921), apodado «curita» por su paso por el seminario y por haber sido ministro de los Cultos. (*N. del T.*)

1. Personaje prototípico del campesino francés utilizado en la publicidad de una marca de charcutería. (*N. del T.*)

1. *Claquedent* designa a un miserable (al que le castañetean los dientes) y también una casa de juego o un burdel; un *clapier* es, literalmente, una conejera y figuradamente un cuchitril, además del lugar donde se ejerce la prostitución. (*N. del T.*)

Michel Houellebecq

Sumisión



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA